

Treball de fi de grau

Títol

AutorDe

XXXXX TutorDe

Grau

Data

Full Resum del TFG

Títol del Treball Fi de Grau:

Autor/a:

Tutor/a:

Any:

Titulació:

Paraules clau (mínim 3)

Català:

Castellà:

Anglès:

Resum del Treball Fi de Grau (extensió màxima 100 paraules)

Català:

Castellà:

Anglès

LA VIOLENCIA SEXUAL

RADIOGRAFÍA PERIODÍSTICA DE UNA LACRA SOCIAL:
DEL CINE A LA CRUDA REALIDAD



- TRABAJO FINAL DE GRADO -

· Pol Torres Criado ·
· Tutorizado por Toni Vall ·
· Grado en Periodismo ·
· 01/06/2018 ·

Ignoramos nuestra verdadera estatura hasta que nos ponemos de pie.

Emily Dickinson



Este proyecto no habría sido posible sin la voluntad, valentía, entereza y calidez de todas y cada una de las mujeres con las que he tenido el placer de compartir este viaje. A todas ellas, gracias por confiar en mí, en mi trabajo y en mi juicio como periodista. Les debo una imborrable lección de vitalidad y esperanza que me acompañará siempre que siga mi camino.

Un agradecimiento especial a Toni Vall, mi tutor académico, quien me ha enseñado que el periodismo no es escoger una puerta específica, sino abrir la mayor cantidad de ventanas posibles.



ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN: UNA VERDAD INCÓMODA.....	1
2. ESTRUCTURA Y METODOLOGÍA.....	6
3. MARCO TEÓRICO.....	9
3.1. Concepto.....	9
3.2. Dimensión histórica.....	10
3.2.1. Las tres olas del feminismo.....	10
3.2.2. Postfeminismo y libertad sexual.....	12
3.3. Campos académicos y referentes autorales.....	13
3.3.1. Internacionales.....	13
3.3.2. Nacionales.....	15
3.3.3. Locales.....	17
3.4. La cultura de la violación.....	18
4. CONTEXTO FÍLMICO.....	21
4.1. Cine y violencia de género.....	21
4.2. La violencia sexual en pantalla.....	23
5. MUESTRA FÍLMICA.....	26
5.1. Showgirls – Sexualización de la mujer.....	27
5.2. Irreversible – Banalización de la violencia sexual.....	32
5.3. Te doy mis ojos – El mito del agresor.....	37
5.4. Paulina (La patota) – El mito de la víctima.....	42
5.5. I spit on your grave – Justicia paralela.....	47
5.6. The Accused – La voz de la víctima.....	52
5.7. Straw Dogs – Culpabilidad y sistema.....	57
5.8. Bad Guy – Más allá de la violación.....	62

6. ENTREVISTAS.....	67
6.1. Fina Rubio – Fundació SURT.....	68
6.2. Cèlia Romea – Filósofa cultural y académica.....	72
6.3. Violeta García - AADAS.....	75
6.4. Laia Boixeda – Terapeuta sexual.....	79
6.5. A.D. – Mujer agredida sexualmente.....	83
6.6. María José Varela – Abogada.....	86
6.7. Margot Pujal – Psicóloga social.....	90
6.8. Rocío Mora – APRAMP.....	94
 7. REPORTAJE: UNA HISTORIA DE SEXO Y PODER.....	 97
7.1. Errar el tiro.....	102
7.2. Foco desenfocado.....	104
7.3. Luchar contra la historia.....	105
7.4. La singularidad.....	108
7.5. Falla conceptual.....	110
7.6. Sexualidad sexualizada.....	113
7.7. Pólvora mojada.....	117
7.8. El principio del fin.....	120
 8. BIBLIOGRAFÍA.....	 121

1. UNA VERDAD INCÓMODA



CREATIVE COMMONS

La historia de la violencia sexual, sus víctimas y, por causalidad, las luchas sociales cambiaron para siempre el 5 de octubre de 2017. Las periodistas del *The New York Times* Jodi Kantor y Megan Twohey revelaban al mundo las perversiones sexuales del magnate Harvey Weinstein, la personificación del poder más oscuro, contra decenas de mujeres. Weinstein, la punta del iceberg de un gigantesco glaciar subterráneo, destapó una cultura de abusos de poder, chantaje laboral y acoso sexual en la industria cinematográfica y del entretenimiento. En poco más de cuatro meses miles de mujeres alrededor del mundo han transformado radicalmente el *zeitgeist* de una era que se resume en dos lemas: 'Me Too' y 'Time's Up'. Tiempos de efervescencia, de revolución y, quizás, de cambio político-social.

Podría comenzar hablando de este proyecto con una justificación de causa centrada en lo difíciles y complejos que son los tiempos que nos ha tocado vivir, pero no lo voy a hacer. No es justo ni con nuestro recorrido histórico ni con la verdad misma. Los actuales son tiempos extraños, de infinidad de prismas por donde ver, mirar e interpretar. Son tiempos de digitalización y redes sociales, de globalización e interrelación masiva. Es también hipersensibilidad, activismo en la red y poder ciudadano, irónicamente cada vez más limitado.

Son tiempos donde resulta cada vez menos habitual ver una acción sin reacción. Respuestas constructivas, en muchos casos; poco comedidas y de carácter especialmente visceral y vitriólico en otros muchos. El excesivo filtrado de actos y opiniones está a la orden del día, sea cual sea el tema o el grado de conocimiento del que se tenga de él. Aunque trae consigo juicios paralelos, riñas evitables y agotamiento emocional, también es justo reconocer que aporta concienciación social, justicia, compromiso y movilización.

Movimientos como el feminismo o actitudes sociales como el machismo han visto como su hegemonía social se han visto seriamente aupadas y lesionadas, respectivamente. La muestra más clara de esto es la toma de conciencia colectiva que deriva de la denuncia de los abusos y acoso sexual en Hollywood, con su epicentro en la figura del productor Harvey Weinstein y posteriormente con réplicas que afectan a un largo espectro de personalidad y figuras de la farándula norteamericana y mundial. Su impacto mediático ha ayudado en gran medida a enfocar con mayor precisión el concepto y justicia la igualdad de género, pero quizá, y solo quizá, dice muy poco de la sociedad que haya sido necesario un caso tan altamente mediático como el de Hollywood para tratar la temática con la seriedad que exige y merece.

Este trabajo, por improbable que pueda parecer, no surge originariamente a raíz de la ola de denuncias sobre estas desagradables prácticas, aunque es indudable que obtiene de su exposición y expansión públicas una inmejorable justificación y marco en el que acoplarse. Seguramente no ha existido ni existirá en décadas anteriores y posteriores un mejor momento para tratar con seriedad y justicia una temática que durante largo tiempo –y todavía hoy en día, en amplias capas de la sociedad– ha sido recucida a mitos y roles predefinidos por los medios de difusión más tradicionales, entre ellos la prensa, el cine o la televisión.

Este nuevo clima masivo a favor de la igualdad y la dignidad ha impulsado también un puritanismo inquisitorial peligroso. La violencia de género, y más su vertiente sexual, es un tema que despierta muchas emociones de ira, indignación y rechazo, de ahí que el dedo acusador tenga un gatillo cada vez más frágil y que una acusación sea sinónimo de culpabilidad inmediata e irreversible. Más allá de los agresores total o parcialmente demostrados, como Weinstein o Kevin Spacey, personajes de la farándula como James Franco, Lars von Trier o Woody Allen –lo suyo viene de lejos– han visto peligrar su extensa y notable carrera en la industria por *tweets* o declaraciones puntuales sin recorrido judicial.

Sin embargo, el movimiento ‘Me Too’, el lema de este nuevo movimiento que nació hace más de 20 años, no se expande entre la sociedad con voluntad de destruir, sino de empoderar a la mujer –u hombre– agredida, darle voz y voto en un mundo donde no los tiene. Es aquí donde las redes sociales, muchas veces demonizadas por los que las temen, cumplen con una función que debería ser esencial: ser una plataforma de comunicación, de denuncia y de movilización ciudadana para romper un silencio temeroso y, en algunos casos, cobarde.

La revista TIME eligió a las mujeres ‘rompedoras de silencio’ como persona del año 2017. A partir de su testimonio, y cuando los hombres y mujeres cómplices más se sentían amenazados, éstos y éstas respondieron con condescendencia, falsa sorpresa u oportunismo, denunciando aquello que antes habían ignorado, convencidos y convencidas de la adecuación contextual de su impoluta moralidad –ahí están las chapas, los *hashtags*, las declaraciones prefabricadas–. En cuestión de semanas, el panorama ha cambiado tanto y tan radicalmente que la violencia sexual ya no es que se traduzca en multas o penas de cárcel, sino que provoca un rechazo generalizado y absoluto de toda la sociedad. Esta nueva cultura va más allá de la legalidad o no de un acto: se trata de comportarse con justicia y proporción.

Ya sea por una sincera concienciación o por miedo al linchamiento, la percepción sobre la violencia sexual ha dado un giro de 180° grados, al menos en las altas esferas y el mundo mediático –en la sociedad de a pie no estoy tan convencido–. Algunas personas están escandalizadas por una deriva que consideran un exceso de lo “políticamente correcto”, que se prendan hogueras con un simple chasquido de dedos o que se exige demasiado y demasiado rápido. En realidad, y entiendo que no todo el mundo sepa verlo, es que se exige lo mínimo que se puede exigir: la igualdad de trato. Es una cuestión de generaciones.

No es casualidad que este cambio se haya dado en plena era Trump, donde una nueva e imparable generación de jóvenes –tendente igualmente hacia el progresismo y la trivialidad– colisiona contra un inamovible mundo dominado por el conservadurismo. Nueva generación, nuevos tiempos, nuevas luchas, avivadas por un dirigente mundial que se define como una perfecta alegoría de todo aquello que se quiere revocar: racismo, xenofobia, misoginia e indecencia. Trump ganó las elecciones de 2016 con justicia, pero representa tanto las perversiones humanas más vetustas como el letargo en el que ha vivido la sociedad durante muchos, demasiados años, y del que ahora parece despertar con furia.

A pesar de ocurrir a miles de kilómetros de distancia y tratarse inicialmente de un grito sectorial con aires elitistas, los ecos del ‘Me Too’ han copado medio mundo hasta convertirse en una de las conversaciones sociales más urgentes de los últimos años. Además de una inmensa campaña de concienciación a través de Internet, se han impulsado fondos para ayudar a las víctimas de violencia sexual, se han modificado legislaciones o normativas contra ella y las mujeres agredidas han salido en masa a denunciar sus propias experiencias. Algunas medidas han sido muy celebradas, como una mayor igualdad en el mundo de las artes escénicas, pero otras, como prescindir de las azafatas en el automovilismo, han despertado mucha polémica sobre la libertad individual de la mujer.

La gran ola que iniciaron Jodi Kantor y Megan Twohey en The New York Times rompió con una fuerza inaudita el 8 de marzo de 2018, el Día Internacional de la Mujer. Cientos de miles de mujeres alrededor del mundo se manifestaron contra el machismo sistemático de la sociedad; una jornada marcada para marcar los pasos a una revolución que ambiciona más la historia que la estética. Algunas voces sugieren, seguramente con acierto, que una nueva ola feminista se ha iniciado en estos pocos meses, no ya por el derecho laboral, la sexualidad o la libertad, sino contra el machismo estructural y el anquilosado sistema patriarcal.

Preciamente el feminismo es quien más ha notado este frenético cambio de mentalidad, obteniendo en el proceso una legitimación que muchos ya no pueden negarle. Los postulados feministas se han instalado en las agendas políticas, las tertulias televisivas y las conversaciones a pie de calle. E incluso el hombre, otrora agresor por condición o evasor por voluntad, se ha sumado a este renovado *zeitgeist* más allá de demagogias u oportunismos.

Del entorno cinematográfico surgió el cambio, y es de ahí de donde partiremos para analizar este problema. Porque al margen de filias personales, la capacidad de este arte de influir en la mentalidad y el comportamiento de la masa social es inmensa, en tanto que es un medio de difusión y comunicación de masas, de contundente fuerza visual y con una capacidad de penetración en el subconsciente tan elevada fuera de toda duda. Las películas siempre han sido un modelo de conducta inseparables de su contexto social, y es el periodismo cultural, entre otras disciplinas, el que debe encargarse de descifrarlas, deconstruirlas e identificar roles y estructuras que van más allá del entretenimiento y el espectáculo.

Se ha escrito mucho y muy bueno sobre la violencia sexual contra la mujer, pero este proyecto no pretende ser un compendio de escritos ni abordar el tema desde ámbitos que no le corresponden. El fin, más bien, pretende dar una respuesta a una inquietud, casi convicción, personal y latente desde hace años, que ha ido mutando en curiosidad periodística y humana. ¿Por qué he elegido la violencia sexual? Porque es el sexo, un concepto ya de por sí genuinamente interesante, lo que muchas veces despierta sensaciones únicas como el placer o el amor, al mismo tiempo que refleja lo peor del ser humano en forma de actos depravados, ignominiosos y primitivos. No se me ocurre un mejor concepto o punto de partida para tratar de entender nuestro mundo, la sociedad en la que vivimos y el ser humano.

Este proyecto no nació con el fin de responder a las llamadas de una era, pero irremediablemente es hijo de su tiempo. El enfoque y los objetivos cambian, como también lo hace la responsabilidad del periodista no solo ante él mismo, sino con decenas de miles de personas que se ven afectadas por un problema estructural como la violencia sexual. Encararlo con honestidad, más que con objetividad, es nuestro trabajo y legado.

2. ESTRUCTURA Y METODOLOGÍA

El que tienes en tus manos es un trabajo de final de grado tutelado por el *Departament de Mitjans, Comunicació i Cultura* del Grado de Periodismo de la Universitat Autònoma de Barcelona. Cómo se deduce de su título, la temática de este proyecto se ubica de forma tangencial en los ámbitos social y cultural, pero bajo una mirada y tratamiento periodístico de un mismo objeto de estudio: la violencia sexual. En este apartado describiré los elementos formales en relación con los objetivos, principales hipótesis y estructura del trabajo a partir del contexto y punto de vista mencionados en la introducción del proyecto.

El trabajo completo está dividido en cuatro partes diferenciadas en contenido, forma y estilo, formando cada parte una unidad con identidad y entidad propia pero directamente relacionada con sus antecesoras o precededoras. El objetivo final es realizar un trabajo que contenga diversos géneros y estilos periodísticos, pero que éste vaya más allá de la suma de las partes y tenga la suficiente entereza como para ser un proyecto completo, variado y pulcro.

La primera parte consiste en un **marco teórico** que precede al trabajo práctico y genuino del autor, un apartado en el que se repasa la dimensión histórica, ámbitos y disciplinas en los que se ha trabajado y conceptos relacionados con el objeto de estudio, así como los referentes académicos más destacados y destacables, tanto globales como nacionales y locales. En este apartado, como es tradicional, se ha optado por un estilo más sobrio y formal, trabajando a partir de documentos y obras ajenas y citándolas mediante las normas APA estándar. El objetivo de esta parte del proyecto es crear una base de conocimiento adecuada como para abordar el objeto de estudio desde una perspectiva multilateral y documentada.

Para ello se han consultado libros, artículos periodísticos, artículos académicos, hemerotecas, monografías y ponencias de diferentes ámbitos relacionados con el objeto de estudio, tanto vía online como consultas físicas. Estas obras pertenecen mayormente a los campos de la cinematografía, derecho, estadística, psicología individual, psicología social y la sociología, y están adecuadamente referenciadas en la bibliografía que acompaña el cuerpo del trabajo.

Una vez configurado el trabajo teórico previamente descrito, el trabajo práctico posterior del proyecto ocupa la mayor parte del conjunto del proyecto. Dado que el cine tiene una parte importante en este proyecto no solo como catalizador de ideas y mecanismo de manipulación de masas, sino como motor de la inquietud profesional del autor, la primera parte del trabajo de campo consistente en la selección de ocho películas representativas de los diferentes aspectos del objeto de estudio que se quieran tratar a lo largo del trabajo y sirvan como hilo conductor tanto de la experiencia periodística como del relato general del proyecto.

Esta selección se ha realizado siguiendo unos criterios propios en relación al objeto de estudio, como pueden ser la adecuación a la temática, los temas desarrollados, la posibilidad de desarrollar ideas a partir de su visionado, su grado de extrapolación en su contexto o el contexto actual, el tratamiento general del sexo, la sexualidad y la violencia, su repercusión y, en menor medida, su calidad cinematográfica, nacionalidad o antigüedad.

La **muestra fílmica** es el resultado final de un largo proceso de criba que ha significado el visionado de decenas de películas, la búsqueda de alternativas y perfiles variados dentro del subgénero y la posterior contrastación de los títulos con el tutor académico. Una vez seleccionadas las películas adecuadas, se ha procedido a un análisis periodístico en relación con el objeto de estudio siguiendo los estamentos que el género de la crítica establece y, al mismo tiempo, orientando los mecanismos críticos al objeto de estudio principal.

De cada una de las películas se ha extraído un tema principal –aunque pueden identificarse características relativas a otras temáticas dentro del propio filme– de acuerdo con el aspecto connotativo más importante del relato que se manifiesta. A partir del visionado fílmico y la extracción de los temas que vertebran el objeto de estudio, se ha realizado una búsqueda de fuentes (testimonios, expertos, vehiculares) pertinentes en relación a la adecuación, interés periodístico y disponibilidad que cada una de ellas podrían aportar a la temática seleccionada.

Con cada una de esas fuentes se ha realizado una **entrevista** temática y puramente informativa, a excepción del caso de la mujer afectada por un caso de violencia sexual que incluye elementos de carácter. De esta forma se perfila un escenario en el que ocho entrevistas que comparten forma y parte del fondo dan respuesta a las inquietudes, reflexiones y preguntas que planteaba el visionado de la muestra fílmica.

Dichas entrevistas han sido realizadas de forma presencial mediante el registro de audio. Todas las fuentes sin excepción han expresado de forma explícita y total su consentimiento para la reproducción y el volcado de contenido a papel, no así en el caso de un hipotético reportaje audiovisual o radiofónico por los cuáles es necesario un segundo contacto.

Como paso último y definitivo y pieza clave del proyecto completo, un **reportaje periodístico** recoge toda la información de los apartados previos, experiencias personales del autor en relación con la experiencia del proyecto, datos y cifras públicas en relación con el objeto de estudio e información contextual para hilvanar un relato que sirva, al mismo tiempo, como trabajo periodístico con entidad propia y reflexión-conclusión definitiva como parte del proyecto en el que se ubica. Se trata de un escrito original, de estructura libre y estilo narrativo, situándose siempre en un objetivo e interés meramente periodístico.

Más allá de los apartados centrales, una bibliografía aglutina todas las fuentes consultadas tanto para construir y realizar el marco teórico como el contexto que precede a la muestra fílmica, todas ellas citadas según las normas APA más recientes y ordenadas por orden alfabético. No se hace distinción entre documentos físicos ni digitales, aunque los documentos consultados y disponibles en la red disponen de enlace y fecha de consulta.

3. MARCO TEÓRICO

Como paso previo a la realización del trabajo de campo es indispensable realizar una aproximación teórica al objeto de estudio y su tratamiento, lo que nos permite ubicar el proyecto entre los trabajos e investigaciones ya realizados, definir y delimitar los conceptos relevantes y conocer su dimensión histórica.

3.1. Concepto

El término ‘violencia sexual’ ha adoptado y adopta diferentes significados en función del contexto social y cultural de una sociedad. En términos actuales, con un marcado auge de la sensibilización social y del movimiento feminista, y según la definición de la Organización Mundial de la Salud, la violencia sexual podría definirse como:

“Todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones para comercializar o utilizar de cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de la relación de esta con la víctima, en cualquier ámbito, incluidos el hogar y el lugar de trabajo” (OPS, 2016)

La violencia sexual es una categoría amplia que engloba distintas formas de violencia, tales como las violaciones o los abusos sexuales, pero también puede darse en los matrimonios, abortos, embarazos o las esterilizaciones cuando se practican de manera forzada (Palafox Menegazzi, 2017). Aunque tenga relación con la búsqueda de la gratificación sexual por parte del agresor, la mayoría de expertos e instituciones dedicadas a su investigación atribuyen el acto violento de cariz sexual a una expresión de poder y dominio sobre la persona agredida (OPS, 2016), normalmente mujer, en lo que resulta una variación de los conceptos de violencia doméstica o violencia machista.

De igual modo entran en la categoría de violencia sexual las actitudes que pueden no presentar violencia física y específica, como el acoso sexual, definido por el Parlamento Europeo (2002) como “la situación en que se produce cualquier comportamiento verbal, no verbal o físico no deseado de índole sexual con el propósito o el efecto de atentar contra la dignidad de una persona, en particular cuando se crea un entorno intimidatorio, hostil, degradante, humillante u ofensivo”.

Muchos expertos en derecho e igualdad consideran esta expresión de la violencia de género como una de las mayores manifestaciones del sometimiento y la desigualdad en el que viven las mujeres en el mundo, ya que como afirma Bonorino Ramírez en su obra *La violación en el cine* (2011), los procesos de cosificación y reducción de la mujer a objeto sexual servil y controlado conlleva un grave proceso de deshumanización.

3.2. Dimensión histórica

La violencia sexual ha acompañado a las sociedades humanas desde el principio de las civilizaciones. Desde la antigüedad abundan mitos y representaciones que hacen referencia a hombres sexualmente agresivos, como por ejemplo los mitos fundacionales de Roma (*Rapto de las sabinas*) o los relatos que aludían a violaciones y embarazos forzados en la mitología griega (Palafox Menegazzi, 2017). Durante cientos de años los relatos y representaciones de la violencia sexual no fueron objeto de estudio o crítica en tanto que el propio acto estaba plenamente interiorizado y normalizado en el seno de una sociedad que ignoraba sistemáticamente los derechos de la mujer.

3.2.1. Las tres olas del feminismo

Con la llegada de la primera ola del feminismo, localizada por la mayoría de autores en el marco de la Ilustración (siglo XVIII)¹, las mujeres comienzan a reclamar sus derechos básicos en igualdad de inteligencia y educación. La obra más representativa de esta corriente, según la genealogía feminista, es *Vindicações de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft (De Miguel, 1995), en la que las denuncias se centran en la posición de la mujer en el estamento social de la época.

La violencia machista o las actitudes vejatorias o degradantes más estructurales no serán percibidas en dicho contexto, como tampoco surgirán al calor de la segunda ola feminista (1850-1950), conocida como feminismo liberal sufragista. Sus demandas, relativas a alcanzar un sufragio universal y el derecho al trabajo, se cumplirán de forma desigual y progresiva. Durante esta época, el activismo se extenderá a las clases media y baja (De Miguel, 1995), a la larga un proceso decisivo en el establecimiento de un feminismo sólido y cohesionado.

¹ Las teorías anglosajonas feministas señalan el inicio de la primera ola feminista en el sufragismo de los siglos XIX y principios del XX, aunque no existe un verdadero y sólido consenso sobre esta afirmación.

El estudio e investigación de la violencia sexual, tanto a nivel estadístico como en ámbitos académicos como la psicología social o, sobre todo, la sociología, recibe un impulso relevante y definitivo en el marco de la tercera ola del feminismo (1960 – 1980)², y sobre todo durante el periodo del *postfeminismo*, cuyo activismo comienza en 1990 y se extiende hasta el presente. Estos dos periodos serán definitivos tanto para la identificación de la problemática como para primar su denuncia desde las esferas feministas.

La tercera ola del feminismo surge como respuesta a los fallos percibidos en la segunda, poniendo el acento en la acción política y la toma de conciencia de que no existe un único modelo de mujer, sino múltiples, determinados por cuestiones sociales, étnicas, de nacionalidad o religión (Valcárcel, 2016). Al mismo tiempo se cuestiona la feminidad por considerarla una proyección del deseo masculino sobre la mujer, y desarrolla una actitud de sospecha frente a la imagen de la mujer en la cultura popular y los medios de comunicación tradicionales (Bonorino Ramírez 2011).

Por primera vez, el feminismo pide la abolición del patriarcado y se toma conciencia de que más allá del derecho al voto, la educación y otros logros de las primeras feministas, es la estructura social la que provoca desigualdades y sigue estableciendo jerarquías que benefician a los hombres. Con el lema “lo personal es político” entran en el debate la sexualidad y la salud femenina, el aborto o la violencia contra la mujer (Valcárcel, 2016).

El punto de inflexión en la incorporación de la violencia sexual en la conciencia colectiva político-social se dio en la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer organizada por la ONU en la ciudad de Pekín, en 1995, en pleno marco de consolidación de los postulados de la tercera ola feminista. Por primera vez, el propio sistema reconocía que toda la estructura de la sociedad debía ser revaluada a la luz del desarrollo de los estudios de género para generar los cambios necesarios en pos de la igualdad (De Miguel, 1995). También fue la primera que vez un organismo supranacional definía la violencia sexual como concepto independiente de la violencia doméstica:

“La violencia sexual es cualquier acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual u otro acto dirigido contra la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de su relación con la víctima, en cualquier ámbito [...] La violación es un tipo de violencia sexual” (UN, 1995)

² No hay un consenso sobre el periodo que abarca esta tercera ola feminista. Algunos autores y autoras consideran que es aún vigente, mientras que otros –la mayoría, defensores de la existencia del postfeminismo– lo conciben como un contexto superado.

3.2.2. Postfeminismo y libertad sexual

El *postfeminismo* debe situarse en el contexto del neoliberalismo del nuevo milenio, una sociedad tardo-capitalista caracterizada por su cultura consumista, el individualismo, el postmodernismo y un decrecimiento del interés en las instituciones políticas y el activismo por parte del feminismo tradicional (Adriens, 2009). Las características del *postfeminismo*, que marcarán los sucesivos trabajos sobre feminismo, violencia doméstica y sexual y libertad sexual, son definidas por el investigador y académico Fien Adriens en su blog *Politics and Culture*:

“El postfeminismo es una nueva forma de empoderamiento e independencia, libertad individual, placer sexual, cultura de consumo, moda, hibridismo, humor y un foco renovado sobre el cuerpo femenino [...] Es nueva y crítica forma de entender las relaciones cambiantes entre feminismo, cultura popular y femineidad” (Adriens, 2009)

El *postfeminismo* limita las posiciones tradicionales de la tercera ola feminista, defiende la esfera personal y la libertad individual. Hay un marcado regreso a la feminidad y a la sexualidad, mutando el movimiento en una versión despolitizada, versátil y popular del feminismo (Valcárcel, 2016). Además, los contenidos adquieren un cariz menos dogmático y más profesionalizado, con trabajos extensos y bien fundados en nuevos ámbitos como la psicología social e individual y el derecho jurídico.

No solo eso, pues como señala Bonorino Ramírez (2011) en la introducción de su escrito, la violación, entendida como máximo exponente de la violencia sexual, no solo denotará violencia física o verbal de tintes sexuales, sino que en la cinematografía y los trabajos, estudios e investigaciones del nuevo siglo –sobre todo la década de 2010– se ha utilizado el concepto como dispositivo retórico para aludir a cuestiones políticas, económicas y sociales, tales como las desigualdad de clase y género, el machismo estructural, el clasismo derivado del binomio campo-ciudad y el racismo.

3.3. Campos académicos y referentes autorales

3.3.1. Internacionales

Aunque con algunos contenidos publicados anteriormente de poca relevancia cualitativa, la década de 1980 marca un verdadero punto de inflexión en la literatura académica relativa a la violencia sexual contra las mujeres. Las revistas científicas y académicas comienzan a hacerse eco del nuevo discurso feminista, y sus focos de estudio comienzan a girar apuntando a la imagen de la mujer en los medios de comunicación tradicionales y de masas, como la prensa, la literatura y, en menor grado, el cine y la televisión (De Miguel, 1995). Uno de los principales efectos de esta corriente, tal y como afirma Valcárcel en su *Historia del feminismo* (2016), será que el asalto sexual o violación tenga un contexto socio-cultural identificable en las obras dedicadas posteriores.

La década de los 80 y los 90 será el periodo en que buena parte de la sociología feminista internacional centre su mirada hacia la violencia machista en la violencia sexual. La autora más destacada de este contexto es la académica británica Liz Kelly, que abordaría la temática desde la sociología (*Women, violence, and social control*, 1987) y la psicología social (*Beyond victim or survivor: sexual violence: identity and feminist theory and practice*, 1996) a lo largo de las décadas, convirtiéndose en una de las voces más prolíficas y destacadas de la materia en el último tercio del siglo XX.

The Journal of Sex Research, una revista científica interdisciplinaria fundada en 1965 por la Sociedad para el Estudio Científico de la Sexualidad, en Nueva York, comienza a reorientar su estudio de la sexualidad desde la medicina y la biología en virtud de un análisis enfocado a la sociología. Eventualmente será una de las primeras publicaciones en hablar de la normalización de la violencia sexual como acto criminal (*Exposure to sexual violence, sex differences and the “normality” of rapists*, 1980) y como fenómeno social (*A longitudinal content analysis of sexual violence in the best-selling erotic magazines*, 1980) en la sociedad norteamericana de la época.

Los trabajos del *Women's Studies Internacional Forum*, una institución dedicada a la investigación feminista fundada en 1978, fueron una de las primeras en abordar los casos de violencia sexual en escenarios bélicos o militarizados (*The second front: the logic of sexual violence in wars*, 1996). Este tipo de estudios, entra la estadística y la psicología social, tuvieron una enorme repercusión en términos cuantitativos y mediáticos durante las Guerras de Yugoslavia (1991-2001) y el Genocidio de Ruanda (1994). Desde entonces han tenido un largo recorrido por todo tipo de territorios a lo largo del globo, especialmente en Hispanoamérica y México, con un último brote ubicado en las crisis de refugiados y los conflictos armados actuales en Oriente Medio y el norte de África.

Con la entrada al **nuevo milenio**, el concepto de violencia sexual comienza a disponer de monografías y obras completas dedicadas a su estudio independiente. En plenos inicios del *postfeminismo*, el foco de los trabajos y estudios comienza a apuntar por primera vez a las generaciones más jóvenes y, sobre todo desde Europa, al entorno íntimo de la mujer. De hecho, los primeros trabajos relevantes desde la psicología sexual nacen durante el primer lustro del siglo XXI, abriendo nuevas vías para el estudio de las consecuencias del asalto sexual a nivel psicológico y las posibles respuestas por parte de la víctima.

Los escritos relativos a la violencia doméstica como los realizados por el *American Journal of Public Health* –organismo vinculado al sector sanitario público norteamericano– incorporan por primera vez la violencia sexual como variable independiente (*Frequency and correlates of intimate partner violence by type: physical, sexual and psychological battering*, 2000), y a lo largo de la década el sector educativo será uno de los más examinados en las investigaciones sobre violencia sexual, tanto desde la psicología social como desde la prevención educativa.

Es adecuado destacar el trabajo de una de las autoras que más ha influenciado en el feminismo y la percepción social de la violencia sexual desde finales del siglo XX y el siglo XXI, la historiadora inglesa Joanna Bourke. Su trabajo sobre historia de género³ y su retrospectiva sobre la violación (*Sexual violence, bodily pain, and trauma: a history*, 2012) le han valido numerosos reconocimientos, entre los que se haya haberse convertido en una de las primeras voces autorizadas en denunciar el mal endémico de la violencia sexual en la sociedad desde hace centenares de años.

³ 'Historia de género' es aquella disciplina de la historia que analiza el pasado con perspectiva de género.

En los últimos 8 años, los estudios e investigaciones sobre violencia sexual han proliferado de forma exponencial. La globalización comunicativa y el aumento de la sensibilización han provocado que la violencia sexual deje de ser un tema tabú a ojos de la opinión pública. Organizaciones como la OMS han realizado estudios significativos (*Understanding and addressing violence against women: Sexual violence*, 2012), y se ha ampliado el espectro de territorios y países a investigar, sobre todo desde la estadística y la sociología, tanto de forma retrospectiva como en el contexto actual.

Los trabajos tradicionales sobre violencia sexual han incorporado matices a los del alcohol, las drogas o los entornos en los que sucede, al igual que se han diseñado políticas estratégicas para la intervención del problema desde diversos campos científicos y han aumentado los trabajos jurídicos que revisan la concepción de la materia en las leyes y normativas de diferentes territorios. Al mismo tiempo, han surgido nuevas voces críticas vinculadas al *postfeminismo*, como la de la socióloga Heather Hlavka (*Normalizing sexual violence: Young women account for harassment and abuse*, 2014), que denuncian un estado de normalización sistemática de la violencia sexual –al que se le conoce como *cultura de la violación*– y como ésta sigue afectando tanto a la percepción social del problema como a las propias víctimas.

3.3.2. Nacionales

En España, los efectos de la tercera ola feminista llegarán a partir de la década de 1980, aunque con anterioridad, y después de la caída del régimen dictatorial, algunos juristas como Alberto Bovino (*Delitos sexuales y feminismo legal: [algunas] mujeres al bordo de un ataque de nervios*, 1976) ya reflexionarán sobre el nuevo feminismo y su sitio en la naciente democracia española.

En las décadas de los 80 y los 90, y en el marco de los estudios sobre violencia doméstica, la violencia sexual todavía no se considerará un elemento identificable dentro de la violencia de género o machista, por lo que la mayoría de referencias vendrán incluidas en dichas obras, que si dispondrán de un amplio recorrido académico, con los trabajos de la filósofa Celia Amorós (*Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales*, 1990) y la antropóloga social María Nieves Rico (*Violencia de género: un problema de derechos humanos*, 1996) como máximos exponentes de esta corriente.

El nuevo milenio marca un verdadero auge académico-científico respecto a lo anteriormente publicado. A lo largo del periodo 2000-2010 convergerán algunas tendencias que paulatinamente aparecieron en los trabajos feministas anglosajones y europeos en el siglo XX, como el estudio de la cobertura mediática de la violencia sexual (*La violencia sexual y su representación en la prensa*, de Natalia Fernández Díaz [2003]), aunque el foco estará centrado en las tendencias del momento: la violencia sexual adolescente-universitaria y en el entorno conyugal y familiar.

Así pues, el concepto entra con solidez en el mundo académico español con una cantidad limitada de trabajos provenientes de la sociología estadística (*Violencia física, psicología y sexual en el ámbito de la pareja: papel del contexto psicología social*, de José Cáceres Carrasco [2004]) y la psicología social aplicada al campo de la educación (*Coerción sexual, compromiso y violencia en las relaciones de pareja de los universitarios*, de Elena Hernández [2009]). Esta limitación cuantitativa se explica por la tendencia histórica del academicismo español por estudiar la violencia sexual contra los menores en disonancia con lo que marcaban las tendencias feministas internacionales del momento.

Hispanoamérica y Centroamérica, hasta entonces con escasa producción académica relativa a la temática, vivirán una tendencia similar a la española, aunque incorporando los estudios sobre violencia sexual contra la mujer a elementos diferenciales y autóctonos como los conflictos armados o contextos represivos del momento o anteriores, como la dictadura cívico-militar argentina (1976-1983) o el conflicto armado interno de Colombia (1960-en desarrollo)⁴.

En la última década, la percepción social de la violación ha sido uno de los temas recurrentes en el estudio de la violencia sexual en España. Ejemplos como el de Mercedes Durán (*Sexismo benévolo y violencia sexual: percepción social de la violación en relaciones íntimas*, 2010) o Rosa Cobo (*Hacia una nueva política sexual: las mujeres ante la reacción patriarcal*, 2011) han adoptado parte de los nuevos estudios *postfeministas* internacionales, pero la realidad es que el academicismo español no ha acompañado ni estas corrientes ni la nueva conciencia colectiva popular que ha aparecido en los últimos años respecto al feminismo, la libertad sexual y la sexualidad femenina.

⁴ Ejemplo de estas corrientes son los trabajos de la politóloga colombiana Sonia Fiscó (*Atroces realidades: la violencia sexual contra la mujer en el conflicto armado colombiano*, 2005) o la revista sociológica argentina *Conflicto Social* (*Grietas en el silencio. Una investigación sobre la violencia sexual en el marco del terrorismo de Estado*, 2014).

3.3.3. Locales

En Catalunya, los primeros trabajos sobre violencia sexual surgieron durante el periodo de la tercera ola feminista o *postfeminismo*, aunque históricamente el foco de los escritos académicos ha recaído sobre la violencia doméstica y de género, un objeto de estudio que goza de un largo historial estadístico, teórico y analítico en la región.

Las primeras referencias a elementos de la violencia sexual se encuentran en publicaciones progresistas de los 80 y los 90 que recogían las tendencias intelectuales de la sociología feminista del momento. *Debates actuales en torno a la pornografía y la prostitución*, escrito por Raquel Osborne en la revista *Papers*, en 1988, exploraba la temática desde la óptica de la sociología, incorporando debates y conceptos inéditos hasta el momento, mientras que en julio de 1994 la revista de tirada mensual *Capçalera*, vinculada al mundo periodístico, fue pionera en dedicar reportajes y monografías al erotismo desmesurado que los medios de comunicación catalanes exponían como reclamo comercial, lo que representa una de las primeras denuncias sólidas de la sexualización y cosificación de la mujer en Catalunya a nivel mediático y social.

Más allá de la violación, que fue objeto de manifiestos y publicaciones desde hacía años —aunque era tratada como un fenómeno criminal independiente—, la denuncia institucional se consolidaría con propuestas como *L'assejament sexual en el món del treball a Catalunya*, un estudio sociológico realizado en 1995 y encargado por el Departament de Treball de la Generalitat de Catalunya y el Institut Català de la Dona. Un trabajo teórico-estadístico, éste, muy completo, extenso y de gran calidad analítica que representa el primer gran estudio institucional sobre la violencia sexual en Catalunya.

Los primeros trabajos académicos relevantes dedicados a la violencia sexual en Catalunya llegaron con el nuevo milenio como un aspecto consustancial a la violencia de género. Trabajos de género como las de Esperanza Bosch Fiol (*Assejament sexual i violencia de gènere*, 2000), escritos jurídico-legislativos como Josep Niubó (*Legislació sobre delictes contra la llibertat sexual i violencia domèstica*, 2001) abrieron el camino para tratar la violencia sexual, si bien no de forma independiente, como elemento identificable dentro de la violencia doméstica y machista.

El término ‘violencia sexual’ no será ampliamente utilizado como fenómeno sociocultural independiente hasta la década de 2010, cuando el foco feminista sobre los procesos migratorios y conflictos armados se consolida a nivel local en autoras como Sonia Herrera (*Atrapades als llimbs: dones, migracions i violència sexual*, 2013) u otros autores comiencen a hablar abiertamente de términos como “delincuencia sexual” (*Delinqüència sexual i violència*, de Santiago Redondo y Marian Martínez, también del 2013), surgidos a raíz de la emancipación real y efectiva del concepto. Aun así, el número de trabajos será limitado en ámbitos tradicionales como la sociología, la psicología o el derecho.

En el último lustro la tendencia se ha centrado en tratar la problemática de la violencia sexual y su percepción social en el ámbito educativo, especialmente primaria y secundaria. Estos estudios, realizados en su mayoría por instituciones públicas y organizaciones filántropas (ayuntamientos, oenegés, colectivos sin ánimo de lucro...) presentan un estilo teórico-estadístico muy orientado a la prevención y la concienciación social desde la base del sistema, un enfoque en liza con las tendencias académicas, el discurso feminista y las corrientes populares de pensamiento.

3.4. *La cultura de la violación*

Los trabajos sociológicos que tratan la violencia sexual proferida por los hombres hacia las mujeres suelen estar enfocados en el estudio o investigación en lo que comúnmente se conoce como sistema patriarcal, sociedad machista o, más recientemente, la ‘cultura de la violación’. Especialmente importante es este último, abarcable desde diferentes puntos de vista y flexible en su definición, pero generalmente entendido como el conjunto de características sociales, culturales y psicológicas en las que se enmarca la concepción de la violencia sexual en la sociedad actual.

En su obra *La violencia sexual y el cine*, Pedro Raúl Bonorino Ramírez (2011: 16) desarrolla su análisis fílmico de la violencia sexual a partir de la concepción de la ‘cultura de la violación’ como “un conjunto de creencias que dan cobertura a la agresión sexual de hombres a mujeres, que hacen ver la violencia como sexualmente atractiva y en la que se exculpa y trata con condescendencia al agresor y se estigmatiza a la víctima”. Si bien dicha cultura no incita directamente a la violaciones, sí normalizan ese tipo de actitudes al considerarlas naturales y prácticamente inherentes a la condición humana, en concreto a la condición humana varonil (Palafox Menegazzi, 2017).

A raíz del escándalo de abusos sexuales que salpicó el mundo de Hollywood y la televisión norteamericana a finales de 2017, conceptos como ‘la cultura de la violación’ o la propia violencia sexual como problemática social han tenido un amplio recorrido en los medios de comunicación, tertulias y debates académicos. Gemma Altell, directora técnica de la asociación feminista Fundació SURT, definía en El Periódico (2017) esta ‘cultura de la violación’ como “una condición estructural escrita a fuego en el sistema patriarcal en el que la sociedad aprende a normalizar que las mujeres y sus cuerpos están a disposición del mercado androcéntrico para el placer masculino hegemónico”.

Esta ‘cultura de la violación’ se cimenta en una serie de mitos, definidos por la RAE define como “persona o cosa a la que se atribuyen (popularmente) cualidades o excelencias que no tiene”. Esta clase de mitos, adquiridos de forma irracional por el seno de una cultura (Bonorino, 2011: 16), se ponen de manifiesto cada vez que un hombre agrede o acosa sexualmente a una mujer y pretende excusar su conducta, y a los que toda mujer víctima de este tipo de agresión se ve sometida cuando pretende ponerla en conocimiento de las autoridades o de la opinión pública (Valcárcel, 2016).

Estos mitos no tienen una clasificación estándar ni son fruto de un consenso universal, pero los más habituales y referenciados tanto en medios de comunicación como en la cultura popular son definidos por Bonorino Ramírez en su libro *La violación en el cine*:

1. Es imposible violar a una mujer que se resiste.
2. Las mujeres acusan falsamente a los hombres de violación para obtener con ello algún provecho.
3. Hay actos sexuales forzados que no se pueden considerar una violación.
4. Cuando una mujer le dice que “no” a un hombre que pretende mantener relaciones sexuales con ella en realidad le está diciendo “sí”.
5. El principal peligro para las mujeres lo constituyen personas desconocidas (en ocasiones psicópatas sexuales) que pueden atacarlas en lugares o circunstancias donde no deberían estar solas.
6. Las mujeres desean ser violadas y manifiestan ese deseo vistiendo de forma provocadora, comportándose de forma insinuante o consintiendo ciertos escauceos amorosos (2011:16)

La ‘cultura de la violación’ representa tanto la visión de la violencia sexual desde la óptica *postfeminista* actual como la síntesis final de toda una serie de estudios sociológicos, psicosociales y jurídicos que se publican desde la década de los 80 (Valcárcel, 2016). Aunque pone su foco en los casos de asalto sexual, en su propio concepto se enfatiza el carácter sistemático y cultural de la violencia sexual contra la mujer, además de la normalización y/o banalización de ésta por parte de instituciones y estamentos sociales.

El origen del concepto se remonta a los manifiestos feministas escritos en la década de los 70, durante la tercera ola del feminismo, a partir de los cuales fue reproducido puntualmente en sucesivas obras relativas a la violación o a la violencia sexual y en medios de comunicación. No ha sido hasta la última década cuando se ha comenzado a hablar del concepto con concreción y consistencia, como en la obra del historiador e intelectual estadounidense Michel Parenti, *The Culture Struggle* (2005), donde analizaba el control cultural de la sociedad norteamericana a través del arte, la ciencia o la psiquiatría dedicando un capítulo entero al análisis de “la cultura global de violación”.

A partir de la consolidación y extensión del concepto, y sobre todo con la popularización y mediatización de casos de violencia sexual (Harvey Weinstein) y el auge del movimiento feminista, la producción de escritos sobre violencia sexual han proliferado enormemente. Como resultado, la percepción de la violencia sexual ha sufrido una mutación determinante: este tipo de violencia ha pasado a considerarse una cuestión de dominación, poder y desigualdad, y menos relacionada con el deseo sexual (Gil, 2015), se ha enfatizado el poder de la opinión pública como perpetuadora de dicha cultura a través de la inculcación a la víctima (Canto, Perles & San Martín, 2017) o se ha identificado a la comunicación audiovisual y la cultura popular como mecanismos decisivos para la banalización y/o la espectacularización de la violencia sexual (Morera Hernández, 2015).

4. CONTEXTO FÍLMICO

4.1. Cine y violencia de género

Muchos de los autores que han escrito sobre violencia sexual contra la mujer han considerado y consideran a los medios de comunicación de masas y la cultura popular como factores decisivos en la formación de la llamada ‘cultura de la violación’. Esta correlación se cimenta en la máxima esgrimida por Bonorino Ramírez en la cual se concibe el arte como “una actividad que produce consecuencias sociales aparentemente ajenas a su función primordial de servir como fuente de entretenimiento” (2011:14).

Uno de los principales medios a los que se refiere esta definición es el cine, el cual mediante técnicas formales y narrativas ha contribuido a difundir ciertos mitos sobre la violación y violencia sexual (ver 3.4) que han generado y generan graves perjuicios a las mujeres víctimas de la violencia sexual por la perpetuación de determinadas conductas, actitudes y pensamientos en el imaginario colectivo. Unos mitos, tal y como afirma Bonorino Ramírez en *La violación en el cine*, que han dado fundamento a leyes y prácticas institucionales condescendientes con los agresores sexuales (2011: 8-9), lo que a su vez ha influido e influye en la percepción social del concepto.

La representación visual de la mujer y su rol social en el cine han sido estudiados por movimientos feministas, así como por estudios de género y corrientes culturales desde los años setenta hasta nuestros días. La violencia de género en concreto comenzó a ser ampliamente analizada en el ámbito audiovisual y cinematográfico entre finales de los 90 y principios del 2000. En ese momento, el estudio de la erotización y sexualización de la figura de la mujer en los medios de comunicación tradicionales (prensa, literatura) deja paso al audiovisual y la cinematografía, que pone gran parte de su foco en la violencia de género o la violencia machista y sus efectos psicosociales.

Entre 2010-2018, numerosas obras tratarán la temática en función del director, la industria y tendencias estilísticas, y confirmarán la consolidación de este ámbito de estudio en el academicismo feminista internacional y español. Las obras relativas al cine y la violencia sexual, sin embargo, aparecerán en cantidades ínfimas, representadas por los trabajos especializados del British Board of Film Classification¹ u obras de particulares relativas, sobre todo, a la violación o el asalto sexual violento².

La violencia contra la mujer, por lo tanto, ya sea física o moral, ha sido y es una estrategia narrativa tradicional recurrente en las obras cinematográficas. En su obra *Mujer, violencia y cine: la agresión masculina como estrategia narrativa*, Coral Morera realiza un estudio de la violencia masculina hacia la mujer como instrumento narrativo en el cine de distintos géneros. En dicho trabajo, Morera define brevemente y con claridad los principales esquemas que el cine ha reproducido en relación a la violencia machista:

“En su larga andadura, el cine ha filmado escenas caracterizadas por conductas contrarias a las normas sociales. [...] Asimismo, ha incluido de forma reiterativa una serie de esquemas en la relación entre hombres y mujeres que han pasado a formar parte del juego narrativo: la utilización de la violencia como coacción física, la lógica de la dominación mediante la agresión y la desigualdad que protagoniza las relaciones e interacciones entre ambos sexos” (Morera, 2015: 5).

Siguiendo la lógica del progreso social y la consecución de libertades, las obras cinematográficas, al igual que todos los medios de comunicación y modos de representación audiovisual, se han hecho eco de la evolución de las preocupaciones sociales. Con el auge del cine social, el aumento de la sensibilización y la expansión del discurso feminista, la visualización de hechos violentos, tal como afirma la analista de medios Virginia Guarínós, como violaciones sexuales y maltratos, aparecidos a lo largo de todo el cine y no cuestionados, se convierten ahora en buena medida en una visualización simbólica, expuesta para ser recriminada con intencionalidad (2008: 118).

¹ Barker, M., Mathijs, E., Sexton, J., Egan, K., Hunter, R., & Selfe, M. (2007). *Audiences and receptions of sexual violence in contemporary cinema*.

² Russell, D. (Ed.). (2010). *Rape in art cinema*. A&C Black.

4.2. La violencia sexual en pantalla

El cine, al igual que otros artes, ha representado la violencia sexual, sobre todo en sus primeros estadios, como un ideal romántico bello, natural y erotizado. A lo largo de los años ha difundido como criticado esta proyección, a menudo combinando las dos acciones y abriendo debates sobre el *voyeurismo* y la ambivalencia de mirar y empatizar –con ambos bandos, agresor y víctima- por parte de los espectadores.

Tal y como afirma Bonorino Ramírez en su obra *La violación en el cine*, durante las primeras década de su existencia, en el cine solo se representaban intentos de violación o violaciones simbólicas –las primeras y más evidentes representaciones de violencia sexual-, constreñidos por los códigos de decencia de la época, y se enmarcaban en un acto vengativo (masculino) del bien contra el mal (2011, 42).

Después de la IIGM, la tendencia cinematográfica intenta asociar el asalto sexual con la emancipación económica y sexual de la mujer (Russell, 2010), y las narraciones de violación-venganza proliferan. En estos casos, como ilustra el de *El manantial de la doncella* (Ingmar Bergman, 1960) la venganza la cometerá una figura masculina –sea un padre o un marido- como represalia por agredir a la mujer entendida como un concepto de “propiedad”, una de las percepciones de violación más clásicas del medio audiovisual.

Como afirma Colaizzi en *Feminismo y teoría fílmica*, la imagen de la mujer reverencial de los primeros años del cine se transforma paulatinamente a través de formas cada vez menos sutiles de menosprecio, como las insinuaciones y la violencia verbal, hasta la violencia explícita de los años sesenta y primeros setenta tipificada en películas como *La naranja mecánica* (Stanley Kubrick, 1971) o *Perros de paja* (Sam Peckinpah, 1971)³.

³ Ver Capítulo 5.

La violencia sexual contra la mujer ya no se oculta al espectador, sino que se la representa cada vez de manera más explícita y gráfica, ensalzando el machismo y la autoridad masculina como respuesta al deterioro de la idea de masculinidad dominante en décadas anteriores (Russel, 2010). Con el paso del tiempo, las descripciones explícitas de violencia sexual contra las mujeres se incrementarán cuantitativamente, llegando a un nivel de realismo y crueldad inimaginable hace unos años hasta llegar a cotas hiperrealistas como la de *Irreversible* (2002), de Gaspar Noé, con el aparente y polémico objetivo de convertirse en un arma efectiva de denuncia social.

Ninguna víctima (o mujer) cumplirá la función de vengadora o superará el arquetipo de juguete roto dichas producciones de los 70. A medida que avanza dicha década, las mujeres violadas o asaltadas sexualmente comienzan a sobrevivir a la agresión y se encargan de ajustar cuentas personalmente con sus violadores. *I spit on your grave* (1978), dirigida por Meir Zarchi y traducida en España como *La violencia del sexo*, marca un antes y un después en la representación de la violencia sexual con la consolidación de un nuevo género: el conocido como *rape and revenge film*. En este género, de amplio recorrido cinematográfico, Bonorino Ramírez distingue tres actos en su estructura narrativa (2011, 35):

- Agresión (asalto sexual)
- Transformación (en la víctima o alguno de sus allegados)
- Venganza (violencia retributiva)

Dicha estructura tomará diferentes formas y estilos a partir de los 70 y bajo la influencia de la tercera ola feminista. Las películas empiezan a narrarse desde el punto de vista de la mujer, y es con ella con la que simpatiza el espectador, produciéndose lo que Russell califica como “identificación de género cruzada” (2010). Sin embargo, para Bonorino Ramírez (2011: 46) muchas producciones de la época tenderán a ‘erotizar la violencia’ o masculinizar el comportamiento de la mujer, privándola en el proceso de identidad propia.

En el contexto de los 80 y los 90, un puñado de producciones apostarán un discurso feminista atrevido y novedoso que incorporarán las tendencias feministas y académicas del momento, muchas de ellas relativas a la ‘cultura de la violación’. Así, *Acusados* (Jonathan Kaplan, 1988) representa una de las primeras denuncias en la pantalla grande de la normalización de la violación en un sistema sociocultural, mientras que producciones como *Días extraños* (Kathryn Bigelow, 1995) utilizan géneros inéditos como la ciencia ficción para cuestionar la complicidad y participación de las escenas de violencia de las que somos testigos, sean reales o ficticios.

En la década de los 90, la violencia sexual será adoptada por la escena alternativa de la cinematografía. En los primeros años del *postfeminismo*, el Nuevo extremismo francés, influenciado por el movimiento feminista estadounidense *Riot Grrrl*⁴, tratará la temática desde una óptica transgresora, rompiendo tabúes y en muchas ocasiones haciendo apología del sexo, de la violencia retributiva y de la pornografía (. Una de los máximos exponentes de esta corriente, además e *Irréversible*, es *Baise-moi* (Virginie Despentes, 2000), traducida en España como *Fóllame*.

La violencia sexual ha seguido siendo un tema recurrente como estrategia narrativa o elemento secundario en multitud de películas, aunque con un marcado aumento de la sensibilización. Su variedad de perspectivas, desde el empoderamiento hasta la banalización, pasando por la denuncia social o la morbosidad, ha marcado su representación en el cine del siglo XXI.

⁴ Movimiento feminista surgido en la escena musical *underground* de la década de los 90, en Estados Unidos. Esta subcultura combina consciencia feminista, acción política y estilo *punk*.

5. MUESTRA FÍLMICA

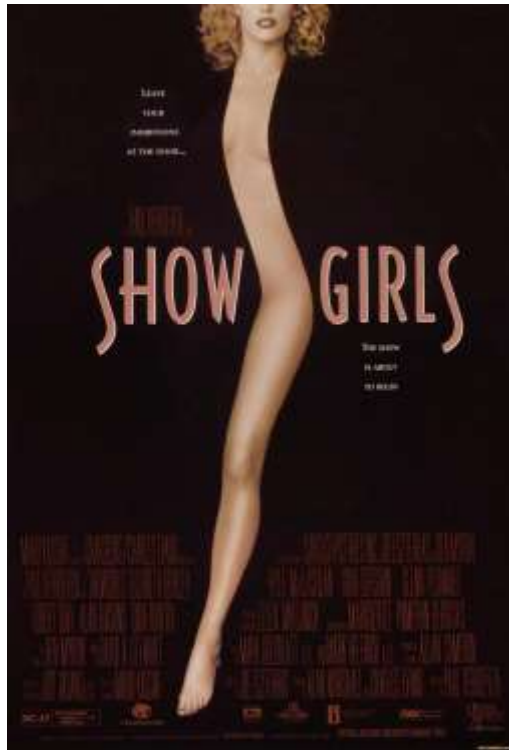
UNA DECONSTRUCCIÓN DE LA VIOLENCIA SEXUAL A
TRAVÉS DE OCHO PELÍCULAS



SHOWGIRLS · IRRÉVERSIBLE · TE DOY MIS OJOS

PAULINA · I SPIT ON YOUR GRAVE

THE ACCUSED · STRAW DOGS · BAD GUY



SHOWGIRLS

PAUL VERHOEVEN, 1995

PAÍS: ESTADOS UNIDOS

DURACIÓN: 128 MIN.

GUION: JOE ESZTERHAS

FOTOGRAFÍA: JOST VACANO

REPARTO: ELIZABETH BERKLEY, KYLE MACLACHLAN

CONTEXTO

Paul Verhoeven, reconocido director holandés de clásicos comerciales como *Robocop* (1960), *Desafío total* (1990), había adquirido un buen *status* dentro de la industria con sus recientes éxitos de taquilla. Por ese motivo, para su siguiente proyecto gozó de inusual libertad creativa y temática, y decidió continuar apostar por un *thriller* erótico –que ya había tocado en *Instinto básico* (1992)- desinhibido y sin ataduras morales.

Estrenada en 1995, *Showgirls* es una de las consideradas como peores películas de la historia, ganadora de 7 Premios *Razzie* (los anti-Oscars) y calificada como peor película de la década en 1999. Su estética *kitsh*, así como la representación hipersexualizada de la mujer, no gustó al espectador medio ni a la crítica especializada. Sin embargo, la película sigue contando con una amplia legión de defensores, que la califican de película de culto y reivindican en ella un posible canto a la libertad sexual y a la liberación de la mujer.

SINOPSIS

Nomi Malone, una joven soñadora, provinciana y ambiciosa viaja a Las Vegas con la intención de convertirse en una estrella de los *shows* de danza erótica que promocionan los grandes casinos de la ciudad. En un inicio comienza trabajando como bailarina de strip-tease en un tugurio de La Ciudad del Pecado, pero poco después acaba consiguiendo una audición para cantar en el coro de una obra del opulento Casino Stardust.

La estrella del mundo ‘showgirl’, Cristal, ve en Nomi un talento y belleza únicos, y le presenta al dueño del casino, Zack Carey. Carey y Malone se irán conociendo, intimarán y, en última instancia, Carey interferirá en un proceso de selección de bailarinas de élite para que Nomi sea elegida. Este acto granjea a la joven la animadversión de sus compañeras y el lado más salvaje y sucio del sórdido mundo del espectáculo. Eventualmente, Cristal y Nomi se enfrentarán por el favor de Carey, la fama y la visión de la mujer, entre prostituta y mujer libre, en la que difieren.

Finalmente, la pugna entre las dos mujeres acaba con Cristal lesionada de gravedad, lo que inmediatamente aúpa al estrellato a Nomi. Sin embargo, cuando su amiga es víctima de una violación por parte de una estrella musical, Nomi decide vengarse del agresor personalmente y abandonar el mundo. Carey, en última instancia, le recrimina que sabe lo que había sido con anterioridad: una prostituta. Finalmente, Nomi huye de Las Vegas.

ANÁLISIS

Lo inquietante de *Showgirls*, y lo que ha desconcertado a espectadores de todo el mundo, no es su sordidez inquietante, sino el hecho de que parezca estar hecha por gente realmente sórdida. La película, catalogada como ‘solo para adultos’, es un compendio de escenas semi-pornográficas, desnudos integrales (femeninos) y decadencia *kitsch* de los ambientes más turbios y primarios del Sueño Americano; algo muy poco habitual en la autocensura incipiente que parece imperar en nuestro tiempo.

El *filme* es básicamente un melodrama de autosuperación cliché, pero ubicado en los bajos fondos de la ciudad de Las Vegas como metáfora de la bajeza moral que el hombre más liberado puede alcanzar. La crítica la redujo a –en resumen- una gorrinada pornográfica vacía y superficial, pero la realidad es que *Showgirls* tiene dos caras muy diferenciadas y debatidas, contradictorias en apariencia y complejas en su distinción.

Es, en la parte más superflua de su aparente complejidad, pura publicidad masculina. Mujeres hechas en serie, sexualizadas física y verbalmente –lenguaje vulgar y escatológico-, embadurnadas en purpurina y pedrería y vestidas con un imperceptible tanga, que obedecen los deseos carnales de hombres poderosos que las perciben como meros objetos de adorno pueril. Esas mujeres carecen de identidad propia, y solo les define su sexo, su sensualidad y sus atributos físicos. El cénit de una sociedad machista.

La protagonista, Elizabeth Berkley, icono sexual juvenil en *Salvados por la campana*, se tomó muy en serio su personaje, por el que cobró unos míseros 90.000 euros. Lo cierto es que su papel de Nomi Malone arruinó su carrera, en un momento en que ella tan solo tenía 23 años. Nunca culpó a la película ni al director, sino a la sociedad, que la recibió, según ella misma, de forma “humillante”. Nunca se arrepintió de su decisión.

Nomi Malone ha sido comúnmente reducida a una joven vulgar y rabiosa dispuesta a exhibir hasta el último centímetro de su piel para conseguir el éxito, pero es mucho más que eso: es una antiheroína moderna. Es la prostituta que se niega a serlo por sistema, aquella bailarina que planta a los proxenetas y que se niega a etiquetarse. No consume drogas, no se deja vilipendiar ni vejar por nadie ni forma parte de las entrañas del depauperado mundo que retrata Verhoeven. En realidad, es una superviviente que aspira a vivir de lo que más le gusta: el baile erótico. Una parte importante del rechazo que causó su personaje entre el público, sin duda, provenía de este hecho.

Dentro de su sexualidad hiperbolizada, la realidad es que *Showgirls* habla de la sexualidad femenina sin tapujos. La década de los 90 fue el caldo de cultivo idóneo para la aparición y consolidación de los postulados *postfeministas*, que defendían, entre otros, el abandono del dogma feminista común y al reconocimiento de la singularidad y la libertad sexual femeninas. De hecho, el guionista Joe Eszterhas vendió el guion y la película como un alegato feminista. Quizá no lo sea en absoluto –ni el guion inicial ni Eszterhas- pero es un hecho que la importancia de la película recae en los personajes femeninos.

Las mujeres de *Showgirls* forman una comunidad eminentemente feminista. Son libres, consecuentes con sus actos y no se juzgan entre ellas. Son compañeras de trinchera, que eligen esta forma de vida aunque la sociedad no las acepte. Verhoeven retrata las luces y miserias de las chicas al mismo tiempo que proyecta indirectamente la mirada de la sociedad respecto a ellas. Intencionadamente o no, el director holandés consigue con su película un experimento sociológico respecto a la percepción de la sexualidad femenina, sobre todo en Estados Unidos, mucho menos acostumbrado a esta óptica europea.

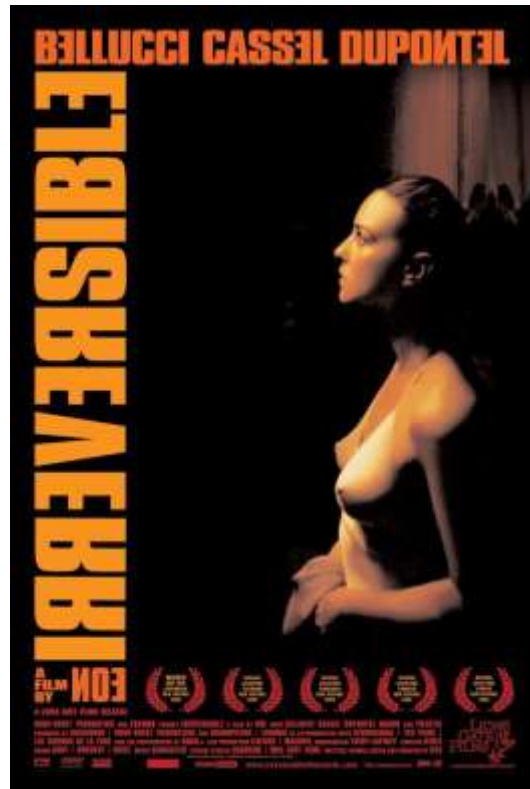
Verhoeven presenta en el proceso un submundo que gira en torno al sexo, donde el baile sexual se presenta como un talento a desarrollar -un cliché normalmente deportivo o artístico-, donde la mujer es un objeto intercambiable y usable hasta el punto de ser violada por ser considerado un acto ‘normal’ en las esferas de poder machistas. Sin embargo, la película es al mismo tiempo una parábola despiadada de la sociedad del momento, una en la que la libertad sexual no era tolerada, y donde el director decidía romper tabúes, quien sabe si por denuncia social o por pura visión artística y/o machista.

Nomi Malone fue prostituta, y en su huida, cae en un mundo peor, más violento, sádico e implacable. En esencia, Nomi se rebela contra la violencia sexual sistémica y la presión social del mundo *showgirl* y de la sociedad, aunque para contarlo Verhoeven cruza el umbral de lo horterero, lo hiperbólico y lo desagradable. Quizá sea este, el de las formas y el fondo, el debate más interesante que pueda plantear esta obra.

TEMA: SEXUALIZACIÓN DE LA MUJER

Showgirls quizá sea el ejemplo reciente más representativo del reduccionismo femenino hacia el objeto sexual. Más allá de las ambiguas intenciones del director, la película rebosa desnudos, escatología, lenguaje soez y una latente apología a la prostitución. Los personajes exudan lascivia, y, al margen de la protagonista, las mujeres muestran una actitud sumisa y respecto a unos hombres convertidos en una clase de neo-esclavistas. El mundo de *Showgirls* es un paraíso testosterónico, donde se representan violaciones en espectáculos de feria y se concibe a la mujer como un producto intercambiable.

En el filme de Verhoeven también existe violencia sexual explícita, pero lo interesante radica en la visión masculina de la mujer que el director holandés reproduce. Una concepción del género femenino que identifica a la mujer como un objeto sexual deshumanizado y no como un sujeto sexual libre, como reclama el feminismo moderno. Es aquí, en esta sexualidad femenina mal entendida, donde radica uno de los debates básicos y recurrentes cuando se habla de violencia sexual contra la mujer.



IRREVÉRSIBLE

GASPAR NOÉ, 2002

PAÍS: FRANCIA

DURACIÓN: 99 MIN.

GUION: GASPAR NOÉ

FOTOGRAFÍA: BENOIT DEBIE

REPARTO: MONICA BELLUCCI, VINCENT CASSEL

CONTEXTO

Gaspar Noé, director de *Irreversible*, es un cineasta argentino radicado en Francia. Su carrera artística anterior al filme comprende varias inmersiones en el cortometraje o medimetraje, uno de ellos (*Carne*, 1991) premiado en Cannes. Su estilo poco convencional a la hora de contar historias, así como su apuesta por el hiperrealismo y temas tabúes le han valido la calificación de director de culto por gran parte de la cinefilia. En 2015, este mismo director estrenaría una película de sexo explícito real en 3D, *Love*.

La película fue presentada en el Festival de Cannes de 2002, e inmediatamente fue objeto de polémica por representar escenas de violación o asesinato de forma explícita, dividiendo tanto a crítica como a público. *Irréversible* se suele situar en la corriente del Nuevo extremismo francés, una colección de películas de carácter transgresor producidas por directores franceses a comienzos del siglo XXI.

SINOPSIS

La película está contada en orden cronológico inverso, y su estructura narrativa se divide en trece escenas en el lapso de un día y una noche en París. Dos hombres, identificados como Marcus y Pierre, buscan a un hombre llamado ‘Tenia’ en un club nocturno homosexual sadomasoquista. Cuando Marcus aparentemente lo encuentra, inicia una pelea en la que está a punto de ser violado, pero Pierre interviene golpeando al hombre con un extintor hasta aplastarse la cara. Pierre es detenido y Marcus, llevado al hospital.

En una sucesión de escenas anteriores, Marcus y Pierre aparecen buscando al ‘Tenia’ en una calle frecuentado por prostitutas, ayudados por dos matones callejeros. El motivo: el ‘Tenia’ había violado analmente y agredido físicamente a Alex, la novia de Marcus y exnovia de Pierre, hasta dejarle en coma. La violación sucede en un paso subterráneo, y con la identificación del ‘Tenia’ se hace evidente que Pierre y Marcus se equivocan de objetivo en su particular venganza.

Posteriormente se muestran los hechos que precedieron a la violación. Alex, Marcus y Pierre aparecen en una fiesta, en la que Marcus consume cocaína y alcohol, lo que provoca que Alex se marche sola a casa. En la última escena, Marcus y Alex se levantan de la cama, desnudos y cariñosos, para ir a la fiesta. Cuando Marcus sale a comprar vino, Alex se hace un test de embarazo, el cual da un resultado positivo.

ANÁLISIS

Lo que realmente transgredió, y con cierta lógica, de *Irréversible*, y por lo que más se conoce a la película es por la escena de violación. Mónica Bellucci, uno de los iconos sexuales más reconocibles del momento, sufre una cruel, devastadora y obscena penetración anal durante 9 minutos sin cortes. Es la escena de violación más larga jamás filmada y una de las versiones más explícitas del asalto sexual jamás visto en el cine, un arte acostumbrado a la sutileza, a la insinuación o al impacto visual efímero.

Tanto crítica como público tuvieron actitudes maniqueístas con la película, focalizando el debate en la intención del director con dicha escena y el resultado final. Los más críticos la tacharon de seudofilme, pretenciosa y repulsiva. Otros la alabaron, como Bárbara Escamilla (*Cinemanía*), que escribió: “la violencia no es en modo gratuita. Y no lo es desde el momento en que es creíble porque es real, porque hay acciones que ocurren así”. Por su parte, Monica Bellucci, la “víctima” de la agresión, defendió la película y su participación afirmando que “el sexo es la única cosa que nos acerca a nosotros mismos y a nuestra naturaleza animal [...] La mía es una secuencia muy realista”.

En aquel momento, 2002, la violencia sexual comenzaba a emanciparse por completo de los eclécticos trabajos de violencia de género y el término comenzaba a ser reconocible con independencia de significado. La violación en el cine, por su parte, era un tema más o menos tabú que había sido tratado con sutileza y tacto en anteriores ocasiones. Noé, con su película, se recreaba en un acto que la inmensa mayoría de personas repudiamos, que no hemos visto nunca en directo y que, en algunos casos, tendemos a minimizar.

A lo largo de la película hay una continua referencia al sexo, la lujuria y al ser humano como animal primario. La violación que sufre Alex es cometida por un hombre que posteriormente será localizado en un club nocturno homosexual sadomasoquista. Es decir, un perverso sexual, un sociópata sin moral alguna. La violencia y el sexo, a ojos del director y guionista, es un acto inherente al ser humano más alienado, un estado al que cualquiera de nosotros, como el formal y reservado Pierre, puede llegar. *Irréversible* alimenta el mito del psicópata sexual, del peligro-cliché de la mujer desprotegida que viaja sola de noche, pero también nos acusa a todos de serlo, al menos potencialmente.

La violencia contra la prostituta también está muy presente en el *filme*. Antes de violar a Alex, el ‘Tenia’ se encuentra en el túnel golpeando a una y coaccionándola, mientras que poco después (cronológicamente hablando) Marcus tiene una actitud altamente agresiva y despectiva contra varias meretrices. Las prostitutas son otras víctimas de la violencia sexual, aquellas olvidadas por el sistema y despreciadas por la sociedad. Un colectivo deshumanizado por los hombres de la película, lo que les lleva a protegerse entre ellas.

El momento de la violación, por su parte, es especialmente revelador. La actitud del ‘Tenia’ es eminentemente machista, pero Gaspar Noé no cae en clichés de películas similares y evidencia que el ataque es una cuestión de poder, dominación e incluso clasismo, no de deseo sexual. El ‘Tenia’ se siente atraído por lo que considera una “burguesa de mierda”, al mismo tiempo que ve en ella un objeto sexual excitable ante cualquier insinuación. Alex suplica atemorizada, pero ‘Tenia’ ve en su fragilidad un estímulo implacable para satisfacer sus ansias de poder e intimidación.

El violador es presentado como una bestia sin escrúpulos, deshumanizado hasta el punto de propinarle una terrible paliza posterior al acto sexual forzado que deja en coma a su víctima. Mientras, Noé obliga al espectador a presenciar la agresión “en directo” la secuencia dura 9 minutos, sin cortes ni movimientos de cámara. Todo el equipo, incluido el director, había abandonado la escena para dar a Bellucci una sensación de mayor soledad. El objetivo del director, según sus declaraciones posteriores, era causar debate a partir de una experiencia traumática como la que representa esa violación hiperrealista.

El espectáculo visual de Noé causó mucha polémica entre los que partidarios de la visión artística director y los de la morbosidad y la sordidez implícitas en su realización. En esa ambigüedad es donde se asienta la percepción cultural de la película y la imagen de la mujer. El director decide que es justo y lícito representar una realidad terrible y traumática para muchas mujeres a través de una pantalla, y sin duda consigue transmitir temor, impotencia y dolor a través de sus imágenes. La duda, en este caso, es en qué situación ética y moral deja a la mujer ‘real’ agredida sexualmente.

Alex es la víctima de la historia, pero lo es a muchos niveles. Más allá de la aberrante agresión, la joven es víctima de un sistema y de la violencia conyugal. En la propia fiesta, Marcus, que desoye completamente lo que le pide Alex respecto a sus excesos, intenta forzar a su pareja, hacerla suya en cualquier momento. Pero también es cosificada por su propio entorno, como cuando Pierre y Marcus, en el metro de camino a la fiesta, hablan en su presencia de detalles privados y escatológicos de carácter sexual, sin que ella pueda evitar la incomodidad de la situación ni sea escuchada.

Bellucci representa a una mujer que es cosificada constantemente a lo largo de la narración. Alex representa todos aquellos deseos sexuales reprimidos de los hombres, uno intercambiable –entre los amigos Marcus y Pierre- e inevitablemente irresistible para el hombre –para el ‘Ténia, metáfora de los instintos primarios inalienables del hombre-. La hipersexualización de la mujer y la ultraviolencia masculina son, para Noé, las dos ‘cualidades’ que más acertadamente definen a la raza humana de hoy.

TEMA: BANALIZACIÓN DE LA AGRESIÓN SEXUAL

Aunque con otros aspectos de interés relativos a la cosificación de la mujer y la caracterización de agresor y víctima, *Irreversible* es ante todo el paradigma de un debate tan antiguo como el propio arte cinematográfico: ¿Puede ser el cine una herramienta de denuncia a pesar de su condición inherente de espectáculo y entretenimiento? La respuesta puede parecer obvia, pues obras reflexivas, artísticas y de marcada temática social abundan en el celuloide, pero el filme de Gaspar Noé se muestra ambiguo, más en la forma que en el fondo, en un aspecto de la agresión sexual que filma: la recreación.

La película abre varios debates, como si debe existir autocensura en una obra artística, pero la controversia radica en la recreación del director con dicha escena. ‘Recrear’ significa ofrecer una imagen lo más fiel posible de algún ambiente, acontecimiento o personaje, pero también disfrutar haciendo determinada cosa y hacerlo con diversión o distracción. Más allá de la intención del director-artista, en *Irreversible* la violación es inevitablemente un espectáculo orientado al espectador, lo que plantea serios debates sobre la empatía de parte de la sociedad para con las víctimas reales y su capacidad para despertar cierta fascinación en un tipo de audiencia determinado.



TE DOY MIS OJOS

ICÍAR BOLLAÍN, 2003

PAÍS: ESPAÑA

DURACIÓN: 106 MIN.

GUION: ICÍAR BOLLAÍN, ALICIA LUNA

FOTOGRAFÍA: CARLES GUSI

REPARTO: LAIA MARULL, LUIS TOSAR, CANDELA PEÑA

CONTEXTO

Te doy mis ojos representó un antes y un después en la representación cultural de la violencia de género en España. La directora Icíar Bollaín, junto a la guionista Alicia Luna, abordaron una de las conversaciones sociales más urgentes del momento, una temática *tabú* que se despojaba de dicha etiqueta y que posteriormente sería abordada en numerosas ocasiones por sectores políticos, culturales, sociales y académicos.

Financiada por fondos públicos, la película ganó 7 Goyas, entre ellos al de mejor película y mejor dirección. Las interpretaciones de Luis Tosar y Laia Marull, por su parte, se llevaron el aplauso unánime de crítica y público, culminando en una Concha de Plata para ambos en el Festival de San Sebastián de 2003. La obra de Bollaín ha tenido, con el paso de los años, un amplio recorrido pedagógico, didáctico y feminista.

SINOPSIS

La película comienza con Pilar, la protagonista, abandonando su hogar, situado en un barrio periférico de Toledo, para reunirse con su hermana Ana. Le acompaña su hijo pequeño, Juan. Están huyendo del iracundo y violento marido de Pilar, Antonio, que la maltrata física y verbalmente desde que se casaron hace 9 años.

Pilar intenta rehacer su vida definitivamente, y comienza a trabajar como dependienta en una iglesia, donde se relaciona con mujeres por primera vez en mucho tiempo. Antonio no tarda en ir a buscarla, le promete que cambiará e inicia terapia psicológica. Pilar, embriagada por la nostalgia conyugal, comienza a tener dudas sobre su decisión, lo que provoca roces con su hermana, que es incapaz de entender su actitud.

Finalmente, y a pesar de provocar una escisión en la relación con su hermana, Pilar vuelve a casa. Durante los primeros días la relación parece funcionar con normalidad, aunque el nuevo hobby de Pilar, ser guía turística en un museo, enerva sobremanera a Antonio, quien considera que la mujer lo hace por exhibirse y se frustra por el éxito personal y la cierta independencia que Pilar comienza a obtener poco a poco en su vida.

Antes de una entrevista de trabajo, Antonio agrede, desnuda y humilla a Pilar, lo que provoca la total resignación de la mujer y la decisión definitiva de abandonar el hogar. Con la ayuda de sus compañeras, Pilar hace las maletas y se separa de Antonio.

ANÁLISIS

Te doy mis ojos, no es una película que trate de forma exclusiva la violencia sexual –que sí se produce en un momento determinado del metraje–, pero su precisa radiografía de la violencia machista en el marco de la pareja permite extrapolar varios elementos de interés relativos a la temática de este proyecto, sobre todo en lo referente al rol de agresor y agredida y la percepción social que impera, o imperaba, en España.

El filme empieza prácticamente *in media res*, cuando los protagonistas llevan muchos años casados y la violencia machista en el matrimonio se ha sistematizado. Esta violencia –física, verbal o finalmente sexual– ya no es gratuita ni fruto de un deseo carnal imparable como otras producciones reproducían frecuentemente. Para Icíar Bollaín, la directora de la película, estos comportamientos tienen su raíz en causas más profundas, como la frustración, la envidia, la posesión o el poder sobre el otro.

La violencia física, de hecho, prácticamente no aparece a lo largo de la película. Tampoco la agresión sexual es recreada en una violación o abusos no consentidos, sino en un acto de humillación con connotaciones sexuales evidentes. El filme abre el abanico de las formas que puede adoptar dicha violencia como el acoso, la desvalorización, humillación, ridiculización, amenazas o chantajes. La película entiende la complejidad de la temática y huye de clichés, presentando un ecosistema violento y agresivo en el círculo íntimo de la mujer, alejado de la figura del psicópata sexual o el agresor anónimo.

Uno de los aspectos más destacados del filme es precisamente este intento de analizar los motivos y las razones del agresor sin que ello signifique necesariamente empatizar con él. En *Te doy mis ojos*, Antonio no se comporta de manera irracional ni es malvado por naturaleza. Es un hombre enamorado de su pareja, que es incapaz de canalizar su frustración, celos y envidias a otras actitudes que no sean la ira y la violencia. Sin embargo, el retrato de Antonio no es ninguna absolución.

Cuando Pilar comienza a disponer de cierta independencia y desarrollo vital inéditos hasta el momento, el mundo de Antonio se viene abajo. Esta deconstrucción de la psicología del agresor es una de las mayores virtudes de la película: Antonio siente una profunda de que una mujer y su mujer –ergo, su controlada y dirigida “propiedad”- tenga más éxito profesional, por lo tanto personal, que él mismo. La frustración llega cuando no puede dominar las decisiones ni la vida de Pilar, una angustia que es incapaz de gestionar.

El retrato de la concepción masculinidad es uno de los puntos centrales de las intenciones de Bollaín, quien compara a Antonio con su propio cuñado, dedicado a las tareas del hogar, atento, sensible y agradable. El marido de Pilar es todo lo contrario, y no soporta la sensualidad femenina si no va dirigida exclusivamente a él. Antonio responde a un tipo de hombre celoso y retrógrado, que no concibe la libertad sexual de la mujer y culpa a esa misma de la hipotética lascivia masculina que puede despertar. La mujer convertida en saco de boxeo particular del hombre posesivo y controlador.

Icía Bollaín excava en la mente masculina para identificar qué tipo de relación y percepción de la mujer pervive en ella. Cuando Pilar se subleva en primera instancia, Antonio la trata con una condescendencia infantilizada, como si fuera un trámite histérico y pasajero. Cuando se da cuenta que es real, cuando la dependencia emocional de la mujer comienza una recesión insalvable, Antonio se humilla ante ella para recuperarla. Pilar, frágil, vulnerable y desubicada, se aferra a la nostalgia para ceder ante la apariencia de cambio, para poco después ser la protagonista de un juego de intimidación, presencia, miedo y paranoia. La violencia machista, para Bollaín, es algo incurable e irreversible.

Más ambigua es la concepción e imagen del sexo que recrea la película. Pilar siempre responde a los impulsos carnales de Antonio con buena voluntad, incluso en un contexto de miedo e inquietud. En un clima tan violento como el mostrado en el filme, resulta difícil creer que las relaciones sexuales se mantienen al margen de un ecosistema tan agresivo y oscuro. Es cuando Antonio más quiere ver sumisa y dominada a Pilar, a la hora de tener sexo y responder a sus deseos, cuando *Te doy mis ojos* muestra a la mujer siempre dispuesta a satisfacerle, siempre fácil de excitar y manipular.

A pesar de esta concepción del sexo ligeramente disruptiva con el tono de la película, Bollaín marca la agresión sexual y la humillación que recibe Pilar al final del filme como una verdadera línea roja. En un ataque de ira, consumido por los celos y la paranoia, Antonio desnuda violentamente, agrede y trata como un animal a Pilar, encerrándola en el balcón desnuda para que todos la miren. La violencia sexual es, en este caso, un acto de coacción físico y moral con connotaciones sexuales agresivas –exhibicionismo, sometimiento-. Es la gota que colma el vaso para una pareja, el punto de no retorno. Es, en palabras de la protagonista, el momento en que “todo se rompe”.

Bollaín habla de la violencia de género poniendo el foco sobre la psique de agresor y agredida, pero también retrata el contexto social que la perpetúa. La ‘cultura de la violación’ se transforma y mimetiza con ‘la cultura de la violencia’, dos complejos sistemas tan sumamente interrelacionados como difusos son sus límites. La madre de Pilar, maltratada por su marido ya fallecido, cree que la violencia en el hogar es algo que hay que aguantar porque es el rol que debe tener. Los hombres maltratadores que van a terapia psicológica normalizan, ríen y no se toman en serio las actitudes machistas que llevan a cabo para con sus parejas. Pilar y Antonio se empapan cada uno a su manera de un entorno que aboca al silencio, a la sumisión y a la normalización de las agresiones.

Con todo lo descrito sobre *Te doy mis ojos*, es quizá chocante afirmar que la película de Bollaín, una directora, no tenga ambiciones feministas ni empoderadoras, sobre todo en lo relativo al retrato de Pilar. Cuando esta abandona el hogar al final de la película, lo hace con la protección física de sus amigas, pero no se trata de una sororidad explícita. Pilar se hunde en lo más profundo, pierde la mayor parte de su vitalidad y se decide a dar el paso sin importar las consecuencias no a causa de una sublevación feminista, sino un desapasionamiento por la vida marcada por la violencia sistemática sufrida durante años y la agresión sexual como punto de inflexión en ella.

TEMA: EL MITO DEL AGRESOR

Iciar Bollaín declaró en la promoción de esta película: “Nos preguntamos [al hacer el filme]: ¿Por qué no existe apenas un perfil del maltratador? ¿Por qué si el origen del problema está en ellos, no se aborda nunca ese problema sino el de las víctimas?” La declaración de intenciones es evidente. En la película se intenta deconstruir la figura del agresor, sus motivaciones, miedos y actitudes, y lo hace retratando un matrimonio de 9 años de duración, una figura poco tratada por unas producciones culturales que abogan más por el depredador sexual anónimo o un joven y autodestructivo noviazgo.

Pero no solo son los mitos del ‘psicópata sexual’ y el matrimonio como estructura limpia de violencias sexuales los únicos que se tratan en *Te doy mis ojos*, ni tampoco es el único que existe en la conciencia social y el sistema mediático-cultural. Quien comete la agresión física y sexual contra la mujer, en qué ambientes o qué información reproduce el sistema mediático y cultural y con qué grado de realismo lo llevan a cabo son algunos aspectos de esa mitología –más realista o menos– que remite al agresor sexual.



PAULINA (LA PATOTA)

SANTIAGO MITRE, 2015

PAÍS: ARGENTINA

DURACIÓN: 103 MIN.

GUION: MARIANO LLINÁS, SANTIAGO MITRE

FOTOGRAFÍA: GUSTAVO BIAZZI

REPARTO: DOLORES FONZI, ÓSCAR MARTÍNEZ

CONTEXTO

Paulina (La patota) es una película dirigida por Santiago Mitre, un joven director argentino muy venerado en su país. Se trata de un remake del film homónimo *La patota (Ultraje)*, un clásico del cine argentino dirigido por Daniel Tinayre en 1961. En su momento, dicha película tuvo una gran repercusión al tratar un tema tabú en la sociedad de la época, algo recurrente en la filmografía del director franco-argentino.

La obra de Mitre fue recibida con tibieza por el público, aunque la crítica alabó en gran parte su inteligencia, profundidad e intención provocativa. En la 68° edición del festival de Cannes ganó el premio principal de la semana de la crítica, así como los tres premios principales de su sección en el Festival de Cine de San Sebastián del 2015.

SINOPSIS

Paulina es una joven abogada residente en Buenos Aires que elige regresar a su ciudad natal, en la periferia de la capital, para dedicarse a labores sociales. En contra del deseo de su padre, un juez progresista, la joven mujer decide trabajar en un programa del Ministerio de Desarrollo Social para la defensa de los derechos humanos en zonas humildes, dando clases en áreas marcadas por la pobreza y la marginalidad.

En su segunda semana de trabajo, Paulina es interceptada y agredida sexualmente por una pandilla de gamberros ('patota'), el líder de la cual la confunde con su expareja. A partir de ese momento, Paulina no muestra dificultades o episodios traumáticos para hablar del tema, ni proyecta ansias de venganza a pesar del *shock* que sufre y que agrava el poco tacto del sistema sanitario y policial. A los pocos días, Paulina decide volver a trabajar en la escuela, en el barrio donde fue atacada, ante la mirada atónita de quienes la rodean.

Eventualmente, la abogada descubre que está embarazada. Ante su actitud ambigua, y su posterior decisión sobre tener el bebé, su pareja la abandona, y su entorno más inmediato comienza a desconfiar y a considerarla como una persona alienada. Paulina busca a su agresor para conocer sus motivos y hacer justicia, pero su padre manda detener a la banda antes de que se celebre el encuentro. Los chicos son maltratados y torturados en comisaría, pero Paulina no los delata. La película acaba con una fuerte discusión entre padre e hija, en la que él intenta desesperadamente entender los motivos de la actitud de Paulina, recriminándole su actitud. Sin embargo, ella se mantiene firme hasta el final.

ANÁLISIS

La patota es un verdadero *rara avis* en el cine actual. Es, sobre todo, una visión compleja y desafiante de un tema delicado como es el de la agresión sexual y, más concretamente, el de las secuelas psicológicas que deja en la víctima y sus allegados. El filme plantea una reflexión ética muy poco vista en el cine que trata la violencia sexual, aunque ya se hiciera en 1961. La película de Tinayre, no obstante, hablaba del perdón y de la liberación de la mujer con una connotación religiosa evidente, mientras que Santiago Mitre intenta entender los porqués, abordar la complicada aceptación y convivir con ello.

Por ello es interesante la agresividad del dilema que plantea, uno incómodo, inédito y sobre todo beligerante con la firme moralidad del espectador. El foco, en este caso, no está en la violencia sexual como tal, sino en sus consecuencias: un embarazo fruto de una agresión sexual y la posterior decisión de tener a la criatura.

Una de las reacciones más expandidas entre sus detractores es que la película no resultaba convincente. Es decir, que la reacción y actitud de Paulina no era verosímil, que sus motivaciones eran desconocidas y sus decisiones, ininteligibles. La película frustra por la opacidad del pensamiento de Paulina, a la que se juzga justo de la misma forma que lo hacen los personajes de la película. Y al no actuar de acuerdo con las convenciones y cánones de comportamiento que la sociedad marca y acepta, no se le comprende.

La obra de Mitre toca puntos sensibles que se retroalimentan de la actualidad de su propio tiempo. En un momento en que los agresores sexuales están en el ojo de la diana, la cámara del director argentino apunta a aquellas mujeres que, como Paulina, van a contracorriente y son independientes. La protagonista reclama su voz y su voto en los casos de agresión sexual, enfrentándose a su padre y a su pareja en el proceso y revolviéndose contra las decisiones que otros quieren tomar por ella. Para Paulina, la integridad moral no pasa por sumisiones ni servilismos de ningún tipo.

El padre de Paulina, Fernando, intenta primero controlar la carrera profesional de su hija, para al final acabar queriendo controlar también sus decisiones, su voluntad, y su vida. Como él, la pareja de Paulina se siente culpables por lo sucedido, porque algo que les pertenece, en cierta medida y siempre según su psique, ha sido ultrajado. Por ese motivo la actitud y determinación de la propia Paulina les enerva, les frustra y les impide limpiar su conciencia, algo que ni la propia víctima insinúa en ningún momento.

Mitre tampoco obvia el aspecto político-social que conlleva la violencia sexual. La dualidad campo-ciudad está presente, un cliché recurrente del género, y apunta a las desigualdades sociales y la pasividad y nula empatía de las autoridades como agravantes de un problema sistémico. Paulina lo verbaliza en un momento de la película: no cree en las instituciones ni en la capacidad de la justicia, porque según ella éstas “no buscan la verdad, sino culpables”. Un sentimiento, éste último, muy extendido en el colectivo femenino pero pocas veces representado en las producciones culturales.

La película también reproduce el mito del “psicópata sexual”, aunque con matices. El agresor, Ciro, es un joven con nulo futuro que acaba de romper con su pareja. Aunque todavía un chaval, es agresivo e implacable, y cuando su ‘propiedad’ se escapa de sus manos no podrá impedir sus ansias de venganza. Frustrado sexualmente, herido en su masculinidad, confunde a Paulina con su exnovia y la viola¹. El agresor, pues, responde al arquetipo de ‘macho alfa’ orgulloso y con carencias sociales, un simple vehículo que utiliza el director para hablar de otros temas más definidos y específicos.

Cuando Paulina decide tener el bebé, todos los esquemas sociales se rompen. Su entorno no es capaz de entender por qué la chica no busca venganza ni justicia institucional. En un momento dado, Paulina confronta a su agresor, le domina verbalmente al mismo tiempo que se muestra conciliadora. Nadie, ni el espectador, ni el agresor, ni los allegados de Paulina entienden dicho comportamiento porque no responde al comportamiento retributivo masculino estándar, por lo que no respetan esa postura y buscan explicaciones en un hipotético trauma o síndrome de Estocolmo. La posición de la víctima es inexistente, y de su voz se buscan apoderar para atenuar sus remordimientos.

En el último acto es cuando Mitre más estira su juego de matices. El padre, sintiéndose fracasado, impotente y desesperado, actúa de manera visceral por su hija, que pasa a ser una doble víctima: no solo ha sido agredida físicamente, sino que la sociedad la margina por un comportamiento inadecuado para con sus cánones. Es en este momento cuando la película lanza más preguntas, sin ofrecer respuestas, justo como la realidad.

¹ Una agresión que en un inicio se evita reproducir, pero que posteriormente Mitre –pareja de la protagonista en aquel entonces, Dolores Fonzi– reproduce de forma sostenida e incómoda, pero sin morbosidad.

Su entorno pone en cuestión si disfrutó del asalto sexual, si sería una buena madre o cómo podría convivir con esa carga. Paulina, ante esta presión, responde que el hijo “es el resultado de una realidad que no podemos entender”, y decide mirar hacia adelante, temerosa pero determinada. Su padre sabe que la estigmatizaran para siempre, y finalmente se deshace. Con tan solo un duelo dialéctico, Mitre radiografía toda la hipocresía, la confusión de conceptos y la ignorancia sempiterna que la sociedad todavía retiene en casos de violencia sexual. Y, además, se guarda una última bala de plata en boca de Paulina: “¿Y si hubiera sido violada por Alberto (expareja)?”.

TEMA: EL MITO DE LA VÍCTIMA

Paulina (La patota) pone el foco de la violencia sexual sobre la mujer agredida, en concreto su psique y forma de afrontar el trauma de la agresión. Al contrario que numerosas producciones anteriores o posteriores, donde mostraban una víctima inoperante o transformada en agresora vengativa, la película de Mitre plantea otro tipo de respuesta, más reflexiva, individual y visceral. Un comportamiento que la sociedad y su entorno no digieren por inédito e inesperado, lo que les produce un rotundo rechazo.

En lo que refiere al comportamiento y asimilación del trauma (o no) por parte de la víctima, las producciones culturales han tendido a representar actitudes extremas en pos de la dramatización o el mero entretenimiento, erosionando en muchas ocasiones los rasgos de verosimilitud del relato. Esas expectativas individuales construidas por las estructuras socioculturales son el principal tema del que habla *Paulina*.



I SPIT ON YOUR GRAVE

MEIR ZARCHI, 1978

PAÍS: ESTADOS UNIDOS

DURACIÓN: 100 MIN.

GUION: MEIR ZARCHI

FOTOGRAFÍA: YURI HAVIV

REPARTO: CAMILLE KEATON, ERON TABOR, RICHARD PACE

CONTEXTO

I spit on your grave (traducible al español como ‘Escupiré en tu tumba’, en España bautizada como *La violencia del sexo*) está considerada una de las primeras expresiones del género *rape & revenge*, en el cual una mujer agredida sexualmente inicia una venganza personal contra sus agresores. Este tipo de género suele darse en el cine de serie B o gore, pero también ha sido tratado por directores como Paul Verhoeven (*Elle*, 2016).

Nacida en plena ebullición de la tercera ola feminista y el *boom* sexual cinematográfico de los años 70-80, la película fue censurada durante años en la mayoría de países en la que fue distribuida, en algunos casos llegando a décadas, por “glorificar la violencia contra la mujer”, entre otros motivos similares. Sin embargo, la actriz Camille Keaton fue galardonada en el Festival de Cine de Sitges de 1978, y con el paso de los años se realizaron secuelas, *remakes* y sucesivos clones.

SINOPSIS

Jennifer Hills, una joven escritora de Nueva York, decide pasar el verano en una casa de campo para inspirarse con la redacción de su primera novela. Cuando lleva apenas dos días disfrutando de la soledad y tranquilidad del lugar, un grupo de tres jóvenes comienza a acosarla debido a su supino aburrimiento y a su incipiente misoginia.

Dentro del grupo del grupo de hombres se encuentra Matthew Lucas, un chico con capacidades cognitivas menores y al que sus amigos quieren encontrarle una chica para poder perder su virginidad. En un momento dado, Jennifer es atrapada por el grupo y llevada campo a través, donde la persiguen, violan y humillan en repetidas ocasiones.

Antes de marcharse, Johnny, el líder e instigador de la violación, ordena a Matthew que mate a Jennifer para evitarse problemas, pero este es incapaz de asesinarla. Jennifer sobrevive e intenta sobreponerse al trauma mientras su mente y su cuerpo se transforman. Dañada y psicótica, y mientras todos piensan que está muerta, comienza su venganza.

Seducido por una calculadora Jenni, Matthew es el primero en morir ahorcado mientras mantenían relaciones cerca del río. Acto seguido lleva a Johnny –padre de familia– a su casa, donde le corta los genitales mientras le masturbaba. Stanley y Andy son los últimos en fallecer, cuando Jennifer los persigue con su propia lancha. Venganza consumada.

ANÁLISIS

I spit on your grave se distribuyó en España con el revelador nombre de *La violencia del sexo*. Su realización significó un antes y un después en las representaciones culturales y cinematográficas de la violencia sexual, pues representa un sustancial cambio de enfoque en lo referente a la percepción social del shock traumático en las víctimas. La mujer agredida ya no es vengada por una figura masculina paternalista que toma decisiones en su nombre, sino que es ella misma quien planea y ejecuta su particular represalia.

En condiciones normales estas producciones de serie B no tienen el suficiente impacto en la sociedad como para influir en la conciencia colectiva, pues su repercusión se limita a su nicho de mercado. Sin embargo, *I spit on your grave* creó con su particular visión de la violencia sexual un nuevo género cinematográfico de largo recorrido.

Al contrario que en otras películas como *Irreversible*, donde se presenta la agresión sexual como un acto de crueldad y violencia, en *La violencia del sexo* el tono sexual está presente durante todo el metraje. La agresión sexual se produce por la aparente necesidad de desvirgar a Matthew, un miembro del grupo de agresores con taras cognitivas, mientras que la venganza de Jennifer se comete siempre en un contexto íntimo y sexualmente placentero. El sexo comporta violencia, y esta violencia comporta más violencia.

Un aspecto interesante es el rol de agresores y víctimas y los valores que representan. La cuadrilla formada por Johnny, Stanley, Matthew y Andy no responde al arquetipo de oscuros psicópatas sexuales, sino más bien al de un grupo de misóginos degenerados. Tampoco es Jennifer una heroína impulsada por valores y principios superiores o feministas. Esta mediocridad de los personajes hace que la representación impacte mucho más al espectador medio, pues el relato está más cerca que nunca de la no ficción.

Por ello, y aunque se pueda producir lo que algunos autores califican de ‘identificación cruzada’¹ de la audiencia respecto a Jennifer –pues la película se narra desde su punto de vista–, es innegable que la sangrienta y despiadada venganza de la joven neoyorquina puede generar malestar en la audiencia masculina. En este sentido la película puede enviar un mensaje distorsionado respecto a su intención inicial: el hombre puede sentirse un inesperado cómplice –puede incluso empatizar con el horror que sufren los agresores al final–, y la mujer castradora, ser percibida negativamente y ser demonizada.

¹ RUSSELL, Dominique (2010). *Rape in Art Cinema*. A&C Black

Parte de esta inquietud masculina es alimentada por la definición de masculinidad que refleja la película, basada en su mayoría en una dinámica de grupo competitiva, deportiva y jerárquica -un sentido parecido al representado en *Acusados* (Jonathan Kaplan, 1988)-. Un comportamiento, además, justificado en el hipotético deber del hombre de responder a una aparente provocación, reclamo o cebo de la mujer sexualmente liberada. El mensaje es radical, igual que la película: los únicos hombres que tienen relación con la protagonista son los agresores, ergo todos los hombres sin excepción son directa o indirectamente cómplices de la agresión y de esa percepción sexual.

Al margen de estructuras y mensajes maniqueos, en la película subyace un mensaje menos superficial como es el del eje ciudad-campo en las producciones sobre violencia sexual. La diferencia entre ciudad y campo es la violación en forma de explotación económica, la lucha entre civilización y barbarie o la confrontación entre una mentalidad estatal y otra más anárquica. Ya se vio en *Paulina* (Santiago Mitre, 2015), por ejemplo, pero se ha repetido en innumerables producciones. Los habitantes de zonas rurales, peligrosas de por sí, son de pocos recursos, agresivos y alienados, que no siguen las reglas de la civilización. Jennifer, una joven neoyorkina de clase media, invade su territorio, lo mancilla, lo que legitima una respuesta proporcional a dicha ofensa.

El retrato de los agresores y la demonización de la clase económicamente oprimida (campo, clase baja) legitiman el discurso de la víctima vengadora, quien se toma la justicia por su mano. No hay ningún componente feminista en el comportamiento de Jennifer, pues su comportamiento se masculiniza con la elección de vengarse violentamente y se erotiza su figura a pesar de ser agredida sexualmente con anterioridad. En realidad, esta transformación y caracterización del personaje femenino forma parte del objetivo final de la película: contentar, adherir y entretener al público masculino.

El mensaje final de esta película y el género que impulsa es que la violación o la agresión sexual es un crimen que merece ser vengado completa y gravemente. El filme no está exento de consideraciones éticas: Matthew prácticamente no es consciente de sus actos por su propia condición y decide no matar a Jennifer cuando se le requiere, mientras que Johnny, el líder del grupo, es padre de familia. Sin embargo, la vengadora no titubea en su objetivo, tan legítimo como la visceral y emocional audiencia considere en los continuos juicios de valor que representan las producciones sobre violencia sexual.

TEMA: JUSTICIA PARALELA

A pesar que los sectores académicos, culturales y más cinematográficamente puristas no dan más importancia de la que merecen a las producciones *rape & revenge*, es innegable el placer visceral y la empatía que consiguen en algunas capas de la sociedad. Su peso en la ecléctica cultura popular actual es innegable, tanto como las estructuras de pensamiento que ha afianzado en las mentes más imaginativas y sugestionables.

En época de inmediatez, mediatización, redes sociales y acusaciones exprés, los juicios paralelos y la falta de confianza en las instituciones son una constante en las dinámicas sociales. Ya sean en forma de condenas preventivas o acusaciones infundadas, en este tipo de violencias las masas suelen dictaminar sus propios juicios. Y en medio del debate, la legitimidad de la mujer agredida para reclamar —o no— un castigo equitativo.



THE ACCUSED

JONATHAN KAPLAN, 1988

PAÍS: ESTADOS UNIDOS

DURACIÓN: 105 MIN.

GUION: TOM TOPOR

FOTOGRAFÍA: RALF D. BODE

REPARTO: JODIE FOSTER, KELLY MCGILLIS, BERNIE COULSON

CONTEXTO

La película de Jonathan Kaplan es un drama basado en la historia de Cheryl Araujo, una joven de 21 años que fue violada en 1983 sobre la mesa de billar de una taberna de New Bedford (EEUU) por al menos seis hombres y varios más que los jaleaban. El juicio y la mediatización del caso marcó un antes y un después en la percepción social de la agresión sexual, y abrió un complejo debate que fructificó en importantes cambios legislativos relativos a la protección del nombre de las víctimas y su privacidad personal.

Acusados fue celebrada como la primera representación cinematográfica de la violación desde el punto de vista de la víctima en Hollywood, y una de las producciones más marcadamente feministas realizadas hasta entonces. Jodie Foster, quien interpretaba a la víctima de la agresión, ganó el Óscar y el Globo de Oro a mejor actriz principal.

SINOPSIS

La película empieza con Sarah Tobias, una joven atolondrada, solitaria y de vida vagabunda, que huye de un bar tras aparentemente haber sido agredida sexualmente por un grupo de jóvenes. Sarah acude a la justicia con la ayuda de la fiscal Murphy, pero pronto se da cuenta que nadie cree su relato, pues su mala vida, estilo atrevido y sus antecedentes en consumo de drogas ‘desacreditan’ su versión de los hechos.

Los testigos se niegan a declarar, por lo que la condena para los culpables –que no tiene en cuenta la agresión de carácter sexual- es leve tras confirmarse un acuerdo extrajudicial entre las partes. Tras esta decisión, Sarah rompe relaciones con Murphy, que eventualmente se retractará e intentara llevar a juicio a los hombres que incitaron la violación y se burlaron de Sarah durante la misma, acciones tipificadas como delito.

A partir de entonces comienza un polémico juicio en el que se recrea con detalle la agresión sexual. Sarah, que había tenido una discusión con su pareja, había decidido ir a tomar algo a un bar de carretera, donde trabajaba su amiga. Tras beber unas cervezas y coquetear con unos chicos, estos la violan por turnos a pesar de la resistencia de Sarah. Con pocas pruebas a su favor, la acusación está a punto de perder el caso. En el último momento, un testigo de la agresión y amigo de uno de los agresores, Ken Joyce, testifica. Su testimonio resulta decisivo para condenar a los agresores y cómplices de la violación.

ANÁLISIS

Acusados fue recibida y celebrada como una de las primeras representaciones feministas de la violencia sexual contra la mujer, en un contexto en que la mirada de la sociedad masculina respecto a dicho colectivo estaba siendo puesto en duda por su desmesurada lascivia. Durante toda la película, dos figuras simbolizan una de las más antiguas –y a la vez, más actuales- luchas del feminismo de la tercera ola: la mujer (Sarah Tobias y la fiscal, McGillis) contra el sistema (la ‘cultura de la violación’).

La película, sobre todo, es una obra extrapolable a diferentes épocas y contextos. Las circunstancias que el director Jonathan Kaplan y el guionista Tom Topor reproducen, sobre todo las relativas a los argumentos esgrimidos ante los tribunales para desacreditar a las denunciantes (el estado de ebriedad de Sara, el hecho de bailar desenfadada en público, flirteos previos con los agresores), pudieron ser aplicados en su época, pero son comportamientos fácilmente identificables en las dinámicas sociales actuales.

El retrato de la víctima es el aspecto más interesante que presenta el filme. Contra el arquetipo de la agredida puritana, mujer débil física y mentalmente y dependiente, Sarah Tobias es construida con mayor complejidad: es de clase baja, sexualmente activa, consumidora de drogas y, en definitiva, una mujer que no se comporta según los estándares de feminidad tradicionales –en el contexto de la época, finales de los 80-.

Es innegable la perspectiva feminista sobre la violencia sexual que la protagonista expresa con su comportamiento. A lo largo de todo el metraje, Sarah insiste en pedir el castigo no solo de sus agresores, también de los que les animaban, reclamando un juicio público y justo. El mensaje de la película es cristalino: nadie puede querer (ni merecer) ser violada en grupo, ni ese deseo puede estar presente en su subconsciente de alguna forma.

Aunque con ciertos valores y un mensaje claro y directo, *Acusados* es una producción de Hollywood, y como tal pertenece a una industria que sobrevive gracias a réditos monetarios y tangibles. Los problemas y contradicciones sociales sobre violencia sexual que se tratan, a pesar de su carácter rompedor y relativamente inédito, enmascaran y desplazan el verdadero problema social, más estructural que individual, usando estrategias clichés –el testimonio de Ken en el último momento que permite un final ‘feliz’- tan efectivas como improbables en la mayoría de casos reales. Puede ser, en definitiva, una versión demasiado optimista que inevitablemente distorsiona las experiencias reales de muchas víctimas y limita el ansiado reformismo feminista.

A pesar que la violación es el detonante de la trama de la película, ésta no se presenta gráficamente al espectador hasta poco antes del final, cuando se recrean visualmente las palabras de Ken, el testigo clave. Este hecho no es banal, pues el espectador anticipa inevitablemente su juicio en base a los mitos sobre la violencia sexual que persisten en la conciencia colectiva, justo como muchos de los personajes presentes en la película. Además, en dicha agresión, los hombres (completamente despersonalizados, pervertidos y depredadores sexuales) son retratados como competidores en una especie de símil deportivo, que si bien es un cliché recurrente en el ‘género’, también representa un foco inédito sobre la psique masculina en el marco de la violencia sexual.

La implicación directa de la audiencia que propone *Acusados* plantea un debate si bien no inédito, paradójico. Su mensaje feminista respecto a la violencia sexual es incontestable, pero a lo largo de los años algunas corrientes señalan que en el proceso de concienciación, igual que pasaba en *Irréversible*, se torna en acto *vouyerístico*. En este caso en concreto, una violación en grupo, el concepto de espectáculo queda en parte mitigado, pues la película intenta erosionar el placer visual que puede causar en ciertos espectadores, pero dicho placer no puede descartarse para todo tipo de espectadores.

El mensaje final también puede ser peligroso. Por un lado, la película insinúa que las condenas dependen en gran medida de la actitud y fuerza de voluntad personal de la agredida, lo que resta legitimidad a su propia reivindicación respecto a la voz de la agredida. Por otro lado, la moraleja involuntaria es que solo un hombre (Ken) puede salvar a una mujer en apuros, que es incapaz de vencer a un sistema férreamente establecido. Su testimonio, al final, se transforma en la verdad absoluta, realzando un componente de heroísmo que socava el mensaje que se intenta enviar al espectador.

En sus contradicciones e incoherencias respecto a la historia y temática que trata, *Acusados* se erige como pionera en señalar problemas que la sociedad actual todavía arrastra. No solo señala a un sistema judicial imperfecto y a una parte del conjunto masculino, lasciva y violenta, la predominante según su relato: también extiende el dedo en dirección a aquellos que no quieren meterse en líos (como sugeriría tímidamente Noé 14 años después) y giran la cara cuando de ellos, en gran parte, depende las reformas transformadoras. Porque si algo hace *Acusados*, con más o menos legitimidad y coherencia, es señalar a culpables.

TEMA: LA VOZ DE LA VÍCTIMA

Acusados es una de las películas más importantes de la selección. Fue un hito feminista en su momento, y todavía sigue vigente su radiografía precisa y demoledora de la sociedad ante un hecho del calibre de una violación grupal. Aunque trata temas como los mitos relativos a la víctima, la cosificación de la mujer o el debate sobre la culpabilidad, el aspecto mejor y más desarrollado en el filme de Kaplan es la minimización y descalificación, por momentos, de la voz de la víctima en los ámbitos judicial y mediático.

La vigencia de su discurso puede comprobarse en casos similares que se han producido en los últimos meses, casi 30 años después de la película. El ruido que rodea a la víctima y no al agresor, la desconfianza respecto a su testimonio, falsos mitos relativos a una posible venganza personal y los juicios paralelos son aspectos de un tema recurrente en lo relativo al tratamiento informativo y popular de la agresión sexual.



STRAW DOGS

SAM PECKINPAH, 1971

PAÍS: ESTADOS UNIDOS

DURACIÓN: 113 MIN.

GUION: DAVID ZELAG GOODMAN, SAM PECKINPAH

FOTOGRAFÍA: JOHN COQUILLON

REPARTO: DUSTIN HOFFMAN, SUSAN GEORGE

CONTEXTO

Entre 1960 y 1970 nace el denominado ‘nuevo cine americano’ de la mano de Martin Scorsese, Robert Altman o Francis Ford Coppola, y la ultraviolencia gratuita presente en algunas producciones comienza a ser cuestionada. El controvertido e irascible Sam Peckinpah, adalid del viejo estilo americano-hollywoodiense y reformulador del western clásico, realiza en ese contexto la violenta y crepuscular *Perros de paja* (1971).

La película es una adaptación de la novela *The Siege of Trencher's Farm*, de Gordon M. Williams, un estudio sobre la agresiva naturaleza humana que Peckinpah adapta libremente. El filme y su director despertaron cierta controversia por su posible apología y banalización de la violencia y la sorprendente introducción de elementos sexuales inéditos en la obra original. Aun así, la percepción general del largometraje fue y es hoy en día la de una obra profunda, compleja y característica de su época.

SINOPSIS

El astrofísico americano David Summer y su mujer, Amy, se trasladan a vivir a un pueblo de la campiña británica gracias a una beca de estudios que le han dado al primero. Summer es un hombre timorato y reservado, mientras que su esposa es más abierta y despreocupada. La pareja está en pleno proceso de adaptación a su nuevo hogar, pues los habitantes del pueblo se muestran rudos y observan a Amy con inquietante lascivia.

Un grupo de hombres, en el que se encuentra un ex amante de Amy, se ocupa de la realización de obras en la nueva casa. Al darse cuenta del carácter introvertido de David, los obreros comienzan a ponerle a prueba, matando a su gata y posteriormente asaltando a su mujer mientras el matemático estaba fuera. Amy, para evitar el trauma y el mal trago, decide abstraerse aunque en el proceso, y para su desgracia, disfruta del acto sexual.

La relación entre la pareja cada vez es más tensa, pues Amy echa la culpa de algún modo a la fragilidad de David, quien no sabe nada. Eventualmente, David atropella a un pederasta que está siendo buscado por los hombres del pueblo, y lo lleva a su casa. Ante la negativa de David de liberarlo y su férrea voluntad de proteger su hogar, se produce un impresionante asalto que acaba con todos los hombres del pueblo muertos directa o indirectamente por mano del astrofísico. David, totalmente transformado y hostil, se monta en su coche para llevar al pederasta al pueblo, aunque no conoce ninguna ruta.

ANÁLISIS

Sam Peckinpah es uno de los grandes directores norteamericanos de la segunda mitad del siglo XX, famoso por su controvertida visión de la violencia y su dudoso comportamiento fuera de cámara. El director californiano realizó *Perros de paja* tras revitalizar un género tan manido como el western, por lo que muchos de los elementos presente en la película, como el retrato de la mujer, compartían estructuras y características.

Una de las primeras secuencias del filme muestra a Amy Summer sin sujetador, mientras todos los hombres le dedican una mirada obscena y lasciva a su paso por el pueblo. Peckinpah avisa de lo que es una evidencia en su cine y en el western tradicional –aunque se tratase de una especie de actualización–: la mujer y su sexualidad causarán problemas. En un agresivo mundo de hombres, la chispa que enciende la llama siempre es la mujer.

Amy es presentada como una mujer sexualmente activa, abierta, coqueta y relativamente despreocupada, por lo que normalmente es objeto de miradas lascivas, obscenas y cosificación general que tanto ella como especialmente su marido normalizan. Como en tantas otras producciones, esta actitud libertaria y natural es entendida por el ecosistema masculino como una llamada provocativa de socorro por una esposa insatisfecha, por lo que aprovechan la debilidad de David para atacar “su bien máspreciado”.

En la escena de la doble violación, y según los diarios de rodaje y testimonios posteriores, Susan George estaba muy asustada por las técnicas del director, por lo que la escena acabó siendo tratada con sutileza en vez de la brutalidad mostrada en otras producciones como *Irreversible* (Gaspar Noé, 2002). A primera vista, dicha carga sexual puede ser percibida como gratuita, forzada o efectista, pero en realidad se trata más bien de un recurso narrativo para remover conciencia y adentrarse en la psique humana.

Y es que en la ambigüedad de la actitud y respuesta de Amy ante la agresión sexual está el *quid* de gran parte de la película. La polémica recae en la reacción de la mujer ante la agresión sexual: en medio de una tensa situación conyugal, la necesidad de ser atendida y deseada y como un mecanismo para evitar el dolor traumático, Amy cede ante el agresor y acaba abstrayéndose hasta tal punto de disfrutar el momento. Es a partir de entonces cuando su personaje pasa a ser consumido por la culpa, mientras el espectador medio masculino rechaza mostrarse empático con su situación.

La película es, en esencia, un juego de culpas. Peckinpah muestra el erotismo como una necesidad vital del ser humano: no solo Amy se deja ver desnuda por los obreros, sino que David coquetea con una joven con las hormonas en ebullición. Cualquiera puede sucumbir ante los impulsos carnales más primitivos del pensamiento humano. Por ese motivo, y por su difícil comprensión incluso para uno mismo, una víctima de agresión sexual puede pasar en cuestión de minutos de culparse a sí misma –poniéndose ropa interior tras ser agredida– como al teórico deber de la pareja de proteger el hogar y la intimidad. Sin embargo, es el propio director quien deja pistas sobre esta culpabilidad.

En *Perros de paja* volvemos a la dualidad campo-ciudad que establecerían otras producciones como *La violencia del sexo* (Meir Zarchi, 1978). La campaña inglesa es presentada como hogar de borrachos, vagos, misóginos y delincuentes varios, un cliché recurrente en el género del *rape & revenge*, al que Peckinpah proféticamente subvierte ciertas estructuras y recursos narrativos. Aquí no es la mujer agredida quien lleva a cabo su venganza –ni expresa voluntad ni la violencia se desata por la agresión–, pero sí hay una transformación del personaje orientada a la hostilidad y la ultraviolencia.

El filme es en primera y última instancia una radiografía de la cultura de la violencia que define y provoca el ser humano y como éste, en situaciones límite, se guía más por instintos primarios y animales más que por su capacidad de raciocinio. Es esta violencia hecha sistema o cultura la que provoca comportamientos misóginos o ultraviolentos como el del propio David, que incluso acaba agrediendo físicamente a su esposa cuando ésta representa una amenaza a su integridad moral –que no física–.

Aun así, David no actúa de forma tan hostil por la violación de su mujer como venganza por dicho acto. Peckinpah rompe las convenciones asociadas a los relatos de violencia sexual contra la mujer para poner el foco sobre el orgullo masculino y la masculinidad en general. Para el director, una agresión a un ser querido es lo de menos, una excusa para exorcizar la violencia irracional y visceral que cada uno de nosotros guardamos en nuestro interior, nuestra verdadera naturaleza. Y para el director norteamericano, como para tantos otros antes y después, violencia y sexo son dos polos que se atraen intrínsecamente.

TEMA: CULPABILIDAD Y CULTURA DE LA VIOLENCIA

Los postulados que emanan de *Perros de paja* en relación al culto a la violencia que practica el ser humano son la base de lo que hoy se conoce en círculos feministas como ‘la cultura de la violación’. Sam Peckinpah fue siempre muy cuestionado por retratar la violencia en toda su crudeza, e incluso la película fue calificada como película “fascista” y “pornográfica”, pero en realidad el director norteamericano siempre capturó el espíritu de una época de la que todavía hoy quedan elementos y características comunes.

La búsqueda de ‘macrorespuestas’ ha sido una constante desde que se afronta el problema de la violencia sexual contra la mujer con seriedad y voluntad. Más allá de mitos y casos individuales, dicho problema ha sido afrontado por sociólogos y psicólogos sociales que han visto en su dimensión global una posible vía para encontrar explicaciones válidas y precisas a la problemática. A pesar de ser una cuestión que tiende a relacionarse con amplios y rígidos sistemas sociales, la culpabilidad en torno a una agresión sexual tiende a fluctuar, mediáticamente a través, entre víctima, agresor y circunstancias sociales.



BAD GUY

KIM KI-DUK, 2001

PAÍS: COREA DEL SUR

DURACIÓN: 100 MIN.

GUION: KIM KI-DUK

FOTOGRAFÍA: HWANG CHEOL-HYEON

REPARTO: JO JAE-HYEON, SEO WON, KIM YUN-TAE

CONTEXTO

Kim Ki-duk es conocido en el mundo cinematográfico por su cine experimental, ritmo pausado y la representación de los sectores marginales de la sociedad coreana, de donde es originario. Vanguardista y polémico, uno de los rasgos característicos de su obra es el retrato de la sensualidad femenina, la prostitución y la violencia, temáticas que trata en gran parte de su filmografía. Muchas voces le consideran un director de culto.

La proyección de *Bad Guy* fue objeto de una gran controversia por la suave e idealizada representación del crimen, la prostitución o la esclavitud sexual. Contrariamente, también fue el primer éxito de taquilla del director –y su salto definitivo como artista– gracias a la buena recepción del filme en una audiencia cada vez más masculinizada, así como la presencia de un actor de masas como Jo Jae-hyeon en el reparto

SINOPSIS

Han-gi, un maleante de poca monta, pasea por un parque en una ciudad costera de Corea del Sur. De repente, el hombre se queda extrañamente prendado de una colegiala, Kim, a quien besa forzosamente sin consentimiento. Poco después, Han-gi y su entorno enredan a la joven en una deuda económica que es incapaz de afrontar. Sin quererlo, Kim ve se obligada a vender su cuerpo para poder pagar su deuda, y lo hace en un prostíbulo frecuentado y controlado por Han-gi y sus dos hombres de confianza.

Han-gi, quien permanece siempre en silencio, observa a la chica y sus encuentros sexuales a través de un espejo camuflado. Los primeros días son intensos y dramáticos para Kim, quien pronto se dará cuenta que todo ha sido orquestado por Han-gi. Eventualmente, un amigo del hampón se enamora de la joven y la libera, aunque Han-gi no tarda en encontrarla y traerla de vuelta. La relación se destensa, pero Kim sigue abatida.

Cuando un criminal de cierta importancia elige a Kim para compartir lecho, Han-gi irrumpe para evitarlo, lo que le costará su enemistad y un atentado que casi le cuesta la vida. Un amigo de Han-gi se sacrifica para que éste no sea condenado a muerte, y eso le cuesta la enemistad del hombre del otro miembro del grupo. Han-gi lo pierde todo, pero con su salvación gana la aceptación final de Kim, quien tiene sentimientos encontrados para con Han-gi. Finalmente, éste paga la deuda de la chica y la libera, aunque ni él puede sobrevivir sin ella ni la joven es capaz de salir del mundo que la ha transformado.

ANÁLISIS

Kim Ki-duk tiene una particular visión sobre el amor, las relaciones entre los hombres y las mujeres y el sexo. A lo largo de su filmografía, el director coreano nunca ha escondido su idealizado y romántico prisma con el que retrata la sensualidad y sexualidad femeninas, granjeándole en el proceso una retahíla de detractores, pero también, y es justo afirmarlo, defensores. La violencia sexual en el cosmos de Kim Ki-duk es bella, ambigua, abstracta. Nos oponemos a ella como sociedad modernizada, pero en realidad nos atrae.

En esa singular perspectiva es donde se mueve *Bad Guy*, película que antes que una cruda y siniestra agresión sexual prefiere retratar el mundo de la prostitución y la esclavitud sexual, además de un acoso y obsesión primitivos con evidentes componentes carnales. Ki-duk, además, lo hace rodeando ese oscuro y sentimental lumpen con una violencia sistemática que afea toda capa que atraviesa. Todas menos el amor y el sexo.

Han-gi, el mudo protagonista de la película, es también el villano de ésta, al que sus actos ni siquiera amparan el clásico romanticismo cinematográfico y las licencias que permite. Nunca entendemos sus razones para acosar, perseguir, besar a la fuerza y obsesionarse con Kim Sun-hwa, la chica protagonista. Es (o sería), en definitiva, una figura marginada y demonizada por la sociedad, una que exuda nula empatía y que crea más desarraigo e incomodidad que otra cosa. Justo lo que hacen muchas veces los espejos.

Es interesante como el filme trata de justificar y legitimar los actos de Han-gi a través de algo tan burdo como efectivo: el lado irracional del amor. Han-gi queda prendado de Kim en una extraña mezcla de fascinación, deseo y capricho, que al no ser correspondido acaban por destrozar la vida de una ingenua colegiala. En este sentido, es lógico que la película pueda ser acusada de tramposa y tendenciosa cuando retratas algo tan controvertido como una obsesión nociva surgida de la frustración amorosa y lo acabas vehiculando con recursos narrativos incoherentes y poco verosímiles.

Antes que eso, Kim Ki-duk también incide en retratar la prostitución como una profesión más, elegante, legítima e incluso necesaria. La trata de blancas no hace daño a nadie, parece decir el director coreano, pues la violencia nunca afecta a las chicas ni estas acaban por arrepentirse de (suponemos) su decisión personal. Incluso Kim, al final de la película, es incapaz de desvincularse de ese mundo y hace de la prostitución su modo de vida, a pesar de responder, en un inicio, a un arquetipo totalmente contrario.

Porque aunque Kim se vea forzada a cambiar de vida, sea forzada a tener relaciones sexuales y esté dominada y controlada por hombres, al final sucumbe a los deseos inexplicables de Han-gi. Es sin duda una conclusión peligrosa y un viaje emocional improbable que Ki-duk dulcifica en todo momento que tiene oportunidad. El proxeneta tenía razón, al final: Kim pertenece a ese mundo y la pareja estaba destinada a amarse porque así lo sentía él en su interior. Han-gi nunca estuvo equivocado, ergo el discurso de sumisión que practica desde el inicio se revela como posible y veraz.

El tono paternalista del prostíbulo y del mensaje del filme se hace palpable hasta la extenuación. La concepción de la mujer no tiene nada de feminista, y se limita a reproducir estructuras masculinas ilógicas e irreales, aceptando la dominación y la sumisión masculinas por decreto. Kim, en realidad, sufre una especie de Síndrome de Estocolmo, mientras que Han-gi acaba siendo retratado como una víctima al perder a sus amigos y socios (y casi su propia vida) por ese amor enfermizo que siente por la chica. Lo que acaba uniéndolos es la propia violencia, concebida por Ki-duk no como un acto deshumanizador, sino como un vínculo amoroso inherente a nuestra condición.

El final, con Kim y Han-gi reuniéndose por casualidad en la playa, sin intercambiar palabras y emprendiendo una nueva vida con ella dedicándose a la prostitución, es ridículo, fantasioso, incoherente e idealista. Se banaliza hasta el extremo la violencia y la esclavitud sexual, en lo que finalmente converge en una oda al *voyeurismo* (la teoría del espejo y Han-gi), al fetichismo y a la propiedad machista para con la mujer. Tratándose de una producción del 2001, con un feminismo consolidado y extendido a muchas capas sociales, su realización y aceptación general parece algo casi anacrónico.

Bad Guy es un fiel ejemplo de la simplificación de la violencia y explotación social contra la mujer como mecanismo para evitar tratar un tema tabú en toda su complejidad. Al tratarse de Corea del Sur y Asia, donde la censura es más habitual y consciente que en Occidente, los filtros por los que debe pasar son menos estrictos, pero la suya es una corriente que, aunque haya menguado con el paso de los años y la consolidación del feminismo, responde a mitos y particularidades muy dañinos para la correcta percepción sociocultural del problema. El límite entre el lirismo romántico y la reproducción y representación de falsedades es, aquí más que en cualquier otro filme, el eje del debate.

TEMA: MÁS ALLÁ DE LA VIOLACIÓN

A pesar de ser un ejemplo cristalino de cómo banalizar la violencia sexual contra la mujer, *Bad Guy* explora esa misma temática ofreciendo distintos puntos de vista menos recurrentes en la cinematografía mundial que la agresión física. Dejando al espectador libertad para que interprete la conducta del proxeneta protagonista, el director Kim Ki-duk se hace preguntas sobre la conciencia de la realidad, las emociones viscerales y los impulsos humanos cuando se trata de desear algo con una fuerza inusitada, volcando todo ello en acoso sexual, obsesión y, en última instancia, posesión y dominio.

Más allá de la violación como acto definitivo y mayúsculo de violencia sexual contra la mujer, existen otras conductas menos visibilizadas e igual de problemáticas que no reciben la atención mediática y cultural que por su magnitud merecen. Es el caso de, por ejemplo la esclavitud y explotación sexual –es decir, la sistematización de la violencia sexual–, la trata de blancas, el proxenetismo, el acoso sexual o el ciberacoso o *grooming*, entre otras muchas prácticas vinculadas a la problemática.



6. ENTREVISTAS

ACERCAMIENTO MULTILATERAL AL FENÓMENO SOCIAL



SEXUALIZACIÓN DE LA MUJER · EL MITO DEL AGRESOR
BANALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA SEXUAL · EL MITO DE LA VÍCTIMA
JUSTICIA PARALELA · CULPABILIDAD Y SISTEMA
LA VOZ DE LA VÍCTIMA · MÁS ALLÁ DE LA VIOLACIÓN

“El cuerpo de la mujer es solo otro campo de batalla”

Entrevista con Fina Rubio Serrano, presidenta de la fundación feminista catalana SURT

Desde 1993, cuando un grupo de mujeres se reunieron para reclamar su derecho al trabajo, la Fundació SURT se ha convertido en un referente en el tejido social feminista catalán con su trabajo por el empoderamiento personal y económico de las mujeres en situaciones vulnerables. Su trabajo ha sido reconocido por la Generalitat de Catalunya (2016) y un premio del Institut de Drets Humans de Catalunya (2009), entre otras entidades de prestigio. Su presidenta e impulsora, Fina Rubio Serrano, habla de feminismo, sexualidad, roles masculinos y violencia.

P.- En este 2018 se cumplen 25 años de la puesta en marcha de SURT. ¿Cómo han evolucionado los problemas sociales de la mujer durante todo este tiempo?

R.- Nosotras nacimos como una asociación de colaboración y ayuda mutua. Veníamos de unos años 80 en los que sí, había acción social para la integración laboral, pero nosotras queríamos abrir una puerta desde el feminismo, que son conceptos muy diferentes. No tuvimos que explicar mucho sobre por qué hacer una entidad de mujeres para mujeres. Luego, a mediados de la década de los 2000, nos dimos cuenta que nuestra actividad era más comunitaria que asociativa porque así lo demandaban los tiempos. Ahora nos dedicamos a proteger y fortalecer esa comunidad oprimida y violentada durante décadas.

P.- ¿Cómo identifica conceptual y jerárquicamente el feminismo actual la violencia sexual contra la mujer?

R.- Para nosotras la violencia sexual, las agresiones sexuales, los abusos o el acoso es la parte más extrema de las violencias machistas más normalizadas e invisibles. Lo entendemos como una porción de un cúmulo de factores que van desde lo cotidiano, los micromachismos, hasta la discriminación laboral, que también es una violencia. No hay una ruptura, no existen de forma independiente, forma parte de un hilo conductor que tiene mucha continuidad en nuestra sociedad. De un sistema, al final.

P.- La violencia de género es una de las violaciones de derechos humanos más repetidas en la sociedad española: 920 mujeres asesinadas por parejas o exparejas desde el año 2000 hasta abril de 2017, según Amnistía Internacional.

R.- Y esta es una cifra que se queda corta porque la ley estatal contra la violencia de género, que no la catalana, solo considera la violencia en la pareja. Hay muchas violencias que se dan fuera de ese marco, por lo que la legislación actual es demasiado restrictiva y corta. Por ejemplo, si un abuelo, un tío, un hermano comete violencia sexual dentro de la familia, al no ser pareja, no entran dentro de esas cifras. Traducción: observamos el problema desde una visión conservadora y reaccionaria.

P.- Desde su organización han atendido casi 2.000 mujeres, 100 de las cuales habían sufrido violencia machista por parte de su pareja o expareja. ¿Es habitual encontrar casos de violencia sexual en esos testimonios?

R.- Sí, muchos. Y hay más de los que te encuentras, porque ni es fácil identificar ese comportamiento en tu propia pareja ni lo es verbalizar esa denuncia en una sociedad que ha interiorizado tanto que la desigualdad y la violencia son conceptos ordinarios. Hace poco una encuesta de la Unión Europea revelaba que le 70% de las mujeres encuestadas habían sufrido una situación de abuso sexual. Es un dato tremendo.

P.- ¿La pornografía es una forma de violencia sexual?

R.- Hay muchas opiniones. Nosotras nos inspiramos en el pensamiento femenino de los años 70: todo lo que tiene que ver con erotismo y sexualidad no debería ser un problema, forma parte de las relaciones humanas. El problema es cuando eso tiene que ver con sumisión, dominio, subyugación o ejercicio del poder, y cuando la mujer adolescente cree que esa es la única realidad y lo que tendrá que hacer sentir cuando esté con una pareja. Si son relaciones igualitarias, equitativas, el hecho en sí de mostrar relaciones sexuales no tiene porqué ser un problema de violencia o incluso moral. Sí que es verdad que el mundo pornográfico suele tener un enfoque muy dominante, muy heteronormativo, y que la industria está en gran parte cimentada en cierto tipo de relaciones de explotación sexual.

P.- Otro tema polémico es el de la prostitución. En España esta práctica está en una especie de limbo alega: se pena el consumo, no ejercerla. Según un estudio de la Universidad Pontificia de Comillas, uno de cada cinco hombres en España reconoce haber pagado por servicios sexuales. ¿Ha cometido uno de cada cinco hombres españoles violencia sexual?

R.- No. Las mujeres que han tomado esa decisión sabrán por qué la han tomado, si esa decisión se ha tomado de forma libre o no. Aun así, todas las mujeres que ejercen este trabajo deberían reconocidas y tener sus derechos totalmente garantizados, porque en este mundo hay mucha, muchísima violencia: situaciones de explotaciones sexuales, trata de blancas, agresiones físicas... No todas ejercen la prostitución de forma libre, eso debemos de tenerlo claro, muchas se ven abocadas a ese mundo por la fuerza. Tan claro como que hay otras prostitutas que se organizan en cooperativas y realmente se quieren dedicar a ello por propia voluntad. Por eso es un debate realmente complicado.

P.- Abogas por la regulación, entiendo.

R.- Definitivamente sí. Ante todo para garantizar los derechos de esas mujeres, que es una perspectiva que a veces perdemos de vista. También para penalizar, perseguir y condenar los crímenes de explotación y trata de blancas, por supuesto.

P.- ‘La cultura de la violación’ es un antiguo concepto complejo que ha revitalizado con los escándalos de los últimos meses y el ‘Me Too’. Al contrario que con el sistema patriarcal, sobre él no hay un consenso oficial y extendido a la hora de definirlo y limitarlo: hay voces que la consideran un problema endémico y global, y otras la califican como ‘caza de brujas’ indiscriminada. ¿Lo hay en su existencia?

R.- Quien lo niegue no conoce la sociedad en la que vive. La cultura patriarcal existe y está asentada sobre la idea del dominio de un género mediante la subordinación de sus derechos. Esto genera violencia. No sé si llamarlo ‘cultura de la violación’, pero desde luego sí vivimos en una ‘cultura de la violencia’. Y no es algo actual; la población negra la sufrió y la sufre. Cualquier segregación de derechos contra un determinado colectivo es violencia. ¡Y en este caso es contra la mitad de la población!

P.- Comprender el problema al nivel más macro posible. Curiosa perspectiva.

R.- No es un problema de un grupo de hombres, es evidente, pero tampoco es cuestión de culparlos a todos. Porque no es una cuestión de genética masculina, es un problema social, de cultura. Los hombres que son conscientes pueden salir y generar cultura alternativa y otros modelos de masculinidad, pero por desgracia la cultura dominante es violenta y machista. Es lo que explica que haya tantas violaciones y abusos sexuales y que ocurra incluso dentro de familias de sangre. Y luego está la normalización sistemática que ha habido durante años y que ha provocado que se culpabilice a quien padece una agresión sexual. No te has defendido, la has provocado... Si no lo reconocemos nunca cambiará.

P.- ¿Cómo se revierte algo tan arraigado y poderoso?

R.- Cuando la mitad de la población diga “ya basta”, eso lo primero. Y segundo cuando el discurso sea capaz de convencer a sectores importantes de la cultura masculina. Una mezcla de estas dos vías sería lo ideal, pero también es lo más complicado. Los cambios culturales cuestan mucho de hacer, son lentos. Y tienen que venir acompañados de cambios sociales, como castigar con firmeza, que no con dureza, los delitos sexuales.

P.- Muchas organizaciones feministas, como SURT, abogan por el empoderamiento de la mujer y una acción político-social efectiva y transformadora. En estas hojas de ruta muchas veces los hombres están en un segundo o tercer plano, a pesar de ser, en realidad, gran parte del problema. ¿Por qué?

R.- [Piensa] Nosotras lo que queremos es que las mujeres podamos tener la capacidad y la voluntad de tomar nuestras decisiones. Esto es empoderar, y se hace porque los derechos básicos, como en muchos otros momentos de la historia, no se regalan: se conquistan. Todos los cambios que se han producido porque las mujeres han ganado espacio, nos hemos organizado y hemos luchado de diferentes maneras, desde las sufragistas hasta Femen. Al final se trata de tomar una posición activa como sujeto de tu propia vida, porque empoderar es un proceso personal y nadie lo hará por ti. Por eso ponemos el énfasis en las mujeres, aunque los cambios también implican a los hombres.

P.- ¿El cambio definitivo pasa entonces por una decisión individual masculina?

R.- Pongamos el ejemplo del tabaco. Es un problema social que afecta a mucha gente. La solución es individual, en parte sí, pero cuando hay una ley que dice “no se puede fumar aquí, ni aquí, ni aquí...” tiene un efecto colectivo determinante. Ambos se retroalimentan tremendamente. Tú como hombre te tienes que implicar en, por ejemplo, los cuidados familiares, pero esto tiene que venir acompañado de un cambio profundo en el sistema económico para que ese cambio personal e individual tenga valor y sea reconocido.

P.- ¿Qué interpretación hace el feminismo actual de este artículo? [Entrevista a Goya Toledo (*Cinemanía*, núm. 66), posando semidesnuda para la promoción de la película *Amores Perros*, de Alejandro González Iñárritu].

R.- Esto es pura cosificación, es utilizar la imagen de las mujeres como un objeto publicitario, esto es lo que no vale. Esto es contra lo que luchamos desde los años 70, cuando fuimos al fin conscientes de nuestra sexualidad y nuestro derecho a profesarla sin ser juzgadas. Ver a una mujer desnuda no es un problema, su cuerpo es también un campo de batalla como otro cualquiera. Pero esto hay que denunciarlo, porque al final esto es una dictadura moral. Este no es el cuerpo de todas las mujeres, tenemos atributos más grandes, pequeños, de distintas formas...

P.- Ergo para el feminismo la mujer es un sujeto sexual, no un objeto sexual, aunque no todo el mundo dentro del movimiento lo vea así.

R.- No sé hasta qué punto ese debate es un debate interesado, porque el debate no está ahí. El sexo no es malo, lo que es nocivo es la concepción machista del sexo. ¿Sujetos? Sí. ¿Poder hacer lo que queramos con nuestro cuerpo? Por supuesto. Eso no es un debate, no puede serlo, porque es un derecho, no tiene nada que ver con la sexualidad. La inmensa mayoría de feministas te dirán lo mismo; esto es la imagen del deseo sexual absolutamente machista que tiene la sociedad, incluidas ciertas mujeres que han interiorizado ese sistema o tienen ese comportamiento por sus propias circunstancias. Este es, sin duda, uno de los campos donde más ha costado, cuesta y costará evolucionar, porque por desgracia es luchar por cambiar aspectos casi primitivos.

P.- El cine ha mostrado en numerosas ocasiones la imagen de la mujer vengadora, el denominado *rape and revenge*, en el que normalmente y tras una agresión, la mujer se transforma y confirma su venganza, sin recurrir a la justicia ni ser ayudada por terceros. ¿Hay empoderamiento en esas mujeres?

R.- No. A pesar de lo que pueda parecer en un principio o lo que pueda asimilar la sociedad, esto responde a pautas muy masculinas de comportamiento o imagen. Son estructuras que definen los roles femeninos, como hemos de vivir a partir de la concepción y discurso de los hombres. Puedo entender que a una mujer agredida sexualmente, o sus familiares, le de ese tipo de arrebatos, pero no es esa la vía. Sobre todo el erotizar esa vengadora es volver al mito masculino, es ficción que no nos representa, una ficción masculina falseada. Y hay ejemplos peores, más masivos y normalizados, como *Crepúsculo* o *50 sombras de Grey*, que están escritas por mujeres y son un fenómeno adolescente bestial. Quizá son esos los casos que nos deberían preocupar.

P.- SURT es una entidad con un cuarto de siglo de historia y lucha por una sociedad con equidad de género. ¿En qué momento del trayecto estamos como sociedad?

R.- Si nos tuviéramos que imaginar una maratón, una carrera de fondo, yo diría que estamos comenzando, porque lo que quedan son transformaciones titánicas y cambios culturales más o menos fáciles de alcanzar. Quizá, siendo más positivos, y más teniendo en cuenta la revolución de los últimos meses, diría que estamos a la mitad.

“El debate no está en la violencia que vemos, sino en cómo la interpretamos”

Entrevista con Cèlia Romea Castro, académica e investigadora sobre la figura de la mujer en el ecosistema cultural

Desde la docencia y la investigación en el grupo de investigación Formación Receptora y Análisis de Competencia (FRAC) de la Generalitat de Catalunya, Cèlia Romea ha centrado su veterano interés profesional en la literatura y el cine comparados con una pionera perspectiva de género. Durante casi medio siglo ha firmado numerosos artículos donde repasa el impacto del relato audiovisual como motivación didáctica, la representación femenina en las artes y la apropiación cultural de la visión vital de la mujer. Ahora, dedicada a la formación de profesores, trabaja para inculcar esa visión crítica del arte en las nuevas generaciones.

P.- ¿Cuál sería la principal conclusión si estudiásemos el papel histórico de la mujer en los medios de difusión culturales tradicionales?

R.- Se vería con claridad que la mujer ha tenido infinidad de roles como personaje de ficción (mujer solitaria e idealista, *femme fatale*, generadora de males, complemento estético), pero todos son diseñados o creados por hombres. Ni siquiera los personajes femeninos más emblemáticos de las obras más recordadas están pinceladas por la mano de una mujer. Y cuando lo son, son adaptados a otros medios por el artista de turno. Es una visión única del mundo, de la vida, que no quiere decir que sea mala ni buena, pero sin duda es incompleta. En las producciones más naïf y repetitivas a las mujeres se les asignó por decreto el rol de madre o esposa diligente, florero, la que engaña o es engañada. Es una concepción muy pálida del género en la que no hay evolución introspectiva y demuestra que históricamente no ha habido un interés humanista por la figura femenina.

P.- ¿Se puede hablar hoy de una concepción clásica de la figura de la mujer y una de moderna?

R.- Es cierto que hay una gran diferencia de mentalidad, pero ese cambio ha estado potenciado por el espectador, no por la industria cultural o el arte. Por ejemplo, la cultura posmoderna se fija en los referentes clásicos, y aunque algunos busquen subvertir algunas estructuras relativas a estereotipos de género y roles denigrantes, muchos los asimilan en el proceso. La mujer sigue sin ser protagonista, no al menos al nivel del abanico simbólico masculino. Comparten participación con sus homólogos masculinos y no concentran el peso dramático. ¿Es eso modernidad? Bueno, la historia nos ha enseñado los pequeños cambios no tienen suficiente entidad como para significar algo modernizado.

P.- ¿De qué pueden influir las representaciones culturales de la mujer en el imaginario colectivo?

R.- Es un tema complejo, pero básicamente es un discurso que legitima un modelo social basado en la dominación. Todas esas historias que llegan a amplias capas de población están protagonizadas por hombres, y las mujeres que aparecen solo lo hacen como un ser vicario que debe ser elegido y moldeado por el hombre para tener existencia propia.

P.- Parece que cierto tipo de cultura vaya a una velocidad diferente al de las conversaciones sociales.

R.- Sí y no. El lenguaje audiovisual, por ejemplo, ha evolucionado al mismo tiempo y ritmo que la sociedad, y se nota en los aspectos formales del medio. Pero el significado, ciertos estereotipos o derivados y el simbolismo misógino persisten todavía en los contenidos y en nuestra consciencia. Y he aquí una paradoja muy interesante o inquietante, según como se vea: los jóvenes beben de un discurso social que habla de igualdad, pero por otro lado reciben una educación emocional, sobre todo a través del cine y la televisión, que les habla de otra cosa muy distinta, un discurso en el que los valores masculinos tradicionales como el poder, el sexo o la violencia aparecen legitimados en pantalla. Si se han perpetuado ciertos mitos o estructuras de pensamiento a lo largo de los años es por la poca voluntad de reflexionar sobre estos canales.

R.- ¿Cómo se ha representado tradicionalmente a la mujer en relación con el sexo?

R.- Como un objeto de deseo que soporta pasivamente la mirada activa del hombre. Y esta representación está presente en productos mediocres y en genios como Alfred Hitchcock, como por ejemplo en *La ventana indiscreta* (1954), y en figuras femeninas clásicas como [la actriz] Marlene Dietrich. Si algo ha sido la mujer en la historia del arte y la cultura es un objeto sexual servil y cuasi material, inculcando ya a las más pequeñas valores relacionados con la obediencia, la cesión o el cuidado. Hasta hace pocos años el empoderamiento femenino era algo inaudito o se llamaba ‘empoderar’ a la mujer que representaba iconos eminentemente masculinos bajo el mantra de la innovación. Alejar esa esencia sexual de la figura femenina ha sido lo que más nos ha costado.

P.- ¿Y si hablamos de la otra parte de la ecuación, la violencia?

R.- La violencia ha sido siempre un hilo conductor elemental en el arte y la cultura. En el caso del cine, las películas son un documento fehaciente de la conducta humana, un reflejo imperfecto de una actitud real del ser humano. Pero no puedo afirmarlo sin tener en cuenta que al mismo tiempo es una excelente herramienta para airear estas situaciones. Nos hace reconocer o recordar nuestras taras sociales, por eso no sería justo ni adecuado desenfocar la violencia en el producto cultural. Yo no soy de la corriente de opinión que cree que los medios audiovisuales son hoy más violentos, porque no creo que haya más violencia ahora en las películas de *The Rock* [Dwayne Johnson] que en *Robocop* [Paul Verhoeven, 1987], pero sí es más específica, una violencia más realista que gratuita.

P.- Entonces usted es de la opinión de que no existen apologías explícitas a la violencia en las producciones culturales.

R.- Eso es un arma eficaz para menospreciar productos artísticos y reducir el valor alegórico de la obra. Evidentemente hay casos extremos que solo buscan sacudir la moralidad dominante, pero en el caso de producciones antiguas, lo que llamamos ‘los clásicos’, no pueden ser en ningún caso apología de nada. El contexto es una parte imprescindible del producto, no podemos ni debemos juzgar una obra de 60 años de antigüedad con el sistema de valores actuales. Por muy denigrante que sea, debe servirnos como documento histórico y reflexión artística, pero debe comunicarse con esa intención.

P.- No hay apologías. ¿Y trivializaciones?

R.- Esa es otra historia. Desde que el arte es arte se ha embellecido, naturalizado y erotizado la violencia del hombre contra la mujer. En la literatura, la pintura y, sobre todo, el medio audiovisual se ha presentado la violencia contra la mujer como un ideal romántico. Es fácilmente observable en muchas producciones como los westerns o el cine romántico de Hollywood anterior a la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces las agresiones sexuales siempre han sido un tema muy recurrente como línea argumental o elemento secundario en todo tipo de películas, de las cuales solo una minoría ha proyectado un tratamiento empoderante. La tónica habitual, sin embargo, es la morbosidad, disfrazar el machismo en el marco de una comedia universitaria, romantizar la dominación, la gratuidad de una escena de sexo dentro de la trama...

P.- Cuando se recrea una agresión sexual al detalle y con tanta inmersión como lo hacen algunos directores ¿esa representación banaliza o cristaliza el suceso?

R.- Siempre que no sea un caso extremo, creo que el debate no está en lo que se ve en pantalla, sino en cómo lo recibimos, cómo interpretamos esas imágenes, en saber reflexionar y educar al receptor para mirar y ver cine, leer o admirar un cuadro, hasta que esas duras imágenes sirvan para que esa persona extraiga conclusiones respecto a la violencia, al maltrato o el acoso sexual. Banalizar es otra cosa, es presentar el sexo como una concesión para el espectador masculino. Luego casos como *Irréversible* [Gaspar Noé, 2002] son los que más ruido e indignación causan, muchas veces más que un caso real, pero son los únicos que pueden traducirse en cambios reales en la actitud de cada uno.

P.- Tradicionalmente han sido los hombres quienes han retratado la violencia sexual contra la mujer. ¿Cómo afecta esto al relato que se quiere contar?

R.- Ese es el punto clave, el germen del problema. Si la mujer no narra la experiencia que le atañe, si no aporta su perspectiva a la narración, nos estamos apropiando del relato y aportando una visión masculina que es la que se establece como canónica. Al trabajar bajo la ley del hombre, se reproduce un lenguaje más sexista que real, más artificioso que puro en su significado, y en la mayoría de ocasiones nos llega una versión generalizada y falta de sensibilidades. En el caso de la violencia sexual es abrumadora la diferencia, porque el hombre nunca llegará a imaginar con exactitud lo que siente una mujer al ser atacada o amenazada por algo tan salvaje como el deseo carnal. Es casi ofensivo.

P.- ¿Se pueden aplicar todos estos axiomas del medio audiovisual a la literatura?

R.- En la literatura también ha habido una histórica falta de perspectiva femenina del mundo. Las mujeres hemos tenido que identificarnos con toda una serie de personajes varones y su forma de relacionarse con el mundo, aprendiendo de decenas de escenas misóginas y violentas que se encuentran en obras capitales de autores como Kerouac, Nabokov o Bourroughs. No es solo no lograr ser un personaje secundario y plano, sino salir perjudicadas como mujeres de esas historias. La escritura, pero, no conlleva una gran infraestructura, y liquidar ciertos estereotipos e integrar nuevas visiones es mucho más accesible e individual. Lástima que hoy se siga asimilando que los productos culturales que hablan sobre hombres y que están escritos por hombres son libros para el conjunto de la población, mientras que los que hablan de mujeres y están creados por mujeres son solo para lectoras. Esta fragmentación de públicos enfanga el progreso y perpetúa todavía más los estereotipos, las etiquetas y la imperfecta categorización de la cultura.

“La mayoría de agresores sexuales condenados no se corresponden con el prototipo real de agresor”

Entrevista con Violeta García, secretaria general de la *Associació d'Assistència a Dones Agredides Sexualment* (AADAS)

Tienen tanto trabajo que apenas pueden conceder entrevistas u organizar campañas de concienciación. Centenares de mujeres afectadas por la violencia sexual han pasado por la AADAS desde que comenzara el año 2018. Esta organización civil lleva 27 años en activo, pero es ahora, en los tiempos del ‘Me Too’, cuando su cometido es reconocido, aplaudido y apoyado. Violeta García, su secretaria general, habla sobre el cambio en la percepción social, de los arquetipos de agresores y víctimas y de los mitos que permanecen en la confundida opinión pública.

Pregunta.- La asociación se legaliza el año 1991 y en 1992 se federa con otras asociaciones homólogas de otras partes del país para crear la FAMUVI. ¿La AADAS nace para cubrir un vacío en el sistema?

Respuesta.- Cuando nos reunimos un grupo de mujeres que fuimos víctimas de violencia sexual, creo que la primera reunión fue allá por 1982, en lo que respecta a la red pública, tanto atención psicológica como a nivel jurídico no había ningún tipo de especialista. Pienso que antes del año 1995, que hubo un cambio de legislación, se consideraba a la violación un tipo de delito no perseguible de oficio. Por eso mismo decidimos unirnos, darnos apoyo mutuo y crear las estructuras suficientes de una asociación como la AADAS para dar ayuda gratuita, especializada y sobre todo inmediata. Las personas que sufren agresiones como esta necesitan ante todo de esta inmediatez a nivel de contención, de acompañamiento y continuidad tanto en el proceso de recuperación como en el jurídico.

P.- Y ahora, ¿existe también ese vacío?

R.- Poco a poco el sistema ha ido adquiriendo sensibilidad, han hecho campañas o recogido reivindicaciones como las nuestras. También ha habido cierto progreso a la hora de poner nombres a las cosas. Ahora se habla de ‘violencia machista’ o ‘violencia sexual’ cuando se dan casos, antes no. Aun así las instituciones muchas veces van a remolque de lo que la sociedad demanda o necesita, y es la gente la que impulsa estos cambios institucionales rompiendo el silencio o pidiendo ayuda.

P.- Son 27 años de recorrido hasta llegar a Harvey Weinstein y el ‘Me Too’. Un radical cambio de percepción social, imagino.

R.- La mediatización de los casos de agresión lo ha cambiado todo, sí, las demandas de ayuda se han disparado. Tenemos un *boom* de casos derivado de este eco mediático que afecta sobre todo a la opinión pública y que la gente se atreve a romper el silencio. Pero eso no significa que haya más o menos violencia sexual, porque siempre ha habido.

P.- ¿Ayudas y subvenciones han seguido la misma dinámica que el apoyo popular?

R.- La ayuda de las instituciones, en general, no se traduce en el momento en el que estamos. Los recursos que recibimos por su parte son una miseria, el soporte que tenemos es mínimo y más en estos momentos que tenemos una auténtica avalancha de casos que tenemos. Hay mucha sensibilidad y campañas de concienciación o prevención, pero tienen que estar acompañadas de recursos o no podremos ofrecer la calidad necesaria.

P.- El año pasado impulsasteis el proyecto *Dones Valentes* donde se evalúan las noticias sobre agresiones sexuales en los medios de comunicación. La conclusión, en líneas generales, es que estos medios fomentaban la minimización de la violencia o la humanización de los agresores. ¿Qué papel tienen los periodistas y cual deberían tener para un tratamiento adecuado de esa información?

R.- Los periodistas, como los abogados o los jueces, tienen también una labor social. Un periodista es sinónimo de difusión y creación de opinión pública, es una tarea casi pedagógica, que implica mucha responsabilidad. Lo principal y más urgente es dejar de dar voz a los agresores y que se presenten como víctimas de la sociedad y de su propia vida (drogas, familia desestructurada...). Luego también es nocivo el lenguaje eufemístico de algunas informaciones y el poco peso que tiene la voz de la mujer agredida, que no se siente representada en dichas informaciones sino más bien aislada.

P.- En dicho informe llama la atención el rechazo a la etiqueta de “víctimas”.

R.- Sí, porque cualquier persona puede sufrir este tipo de violencia alguna vez en la vida y eso no lo o la convierte en ‘víctima’. Puntualmente ha sido víctima de una violencia, pero es mucho más que eso. No se puede encasillar a esa persona en esa etiqueta, se la ha de empoderar a través de la terapia y apoyo por parte de su entorno. Ser ‘víctima’ no es parte del tratamiento, es solo una persona afectada por algo puntual. Porque eso es lo que es y ha de ser, algo puntual. Si lo tratamos como un trauma estamos fallando.

P.- En sus páginas tampoco se habla de ‘cultura de la violación’, pero sí de ‘cultura del miedo’ de la mujer respecto al hombre. La estadística europea del año 2015 sitúa a España entre los países de la UE con menos denuncias por violación, con 2,65 casos por cada 100.000 habitantes. ¿Por qué existe ese miedo?

R.- Todavía hoy, en plena era ‘Me Too’, hay un silencio enorme y muy grave en torno a los casos de violencia sexual. Por ejemplo, en los casos de acoso laboral. Y luego está que el 72% de las mujeres que llega a esta asociación ha estado agredida por su entorno más inmediato e íntimo, unas circunstancias muy, muy alejadas del agresor desconocido. Cuando eres agredida en tu círculo cercano, tanto la denuncia como la recuperación son tremendamente complicadas de llevar a cabo. Te ha agredido sexualmente alguien que conoces: un amigo, un vecino, un tío, una expareja... Es muy complicado identificar esa agresión como lo que es y poder paliar ese *shock*. Además en otros países se llevan a cabo campañas más efectivas a nivel institucional, no solo en universidades o centros académicos como ocurre muchas veces aquí, enfocadas a la prevención o a incitar a denunciar todos los casos. Vamos muy atrasados en este aspecto.

P.- Durante el último decenio, en Barcelona ha aumentado un 62% la cifra de mujeres y hombres –las mujeres representan el 90%- que son atendidas en el Hospital Clínic por agresión sexual o violación: 278 en el 2016. ¿Cómo se explica que los casos aumenten paulatinamente?

R.- No aumentan los casos, aumentan las denuncias.

P.- Pero estamos hablando de hospitales, de heridas, no de juzgados o comisarías.

R.- Sí, y hay que separar ambas estadísticas porque no van, ni mucho menos, en paralelo. Muchas mujeres ni siquiera van a curarse físicamente de la agresión. Es la realidad. Y aquí influye lo que antes hemos comentado del entorno íntimo y otros elementos como las drogas que anulan la personalidad. En los primeros casos no se atreven a ir al hospital, en los segundos no tiene sentido ir porque ha pasado demasiado tiempo desde que has podido recomponer de ese estado. Cuesta mucho tanto ir a al hospital como denunciar, insisto. Muchas veces nos hemos encontrado con que viene alguien a presentar una denuncia, tiramos del hilo y nos encontramos con que una chica ha sido agredida por el abuelo, su prima hermana también, tu hermana... Pero claro, denunciar a tu abuelo no es fácil. Además de ser agresiones que atentan contra tu intimidad, te sientes culpable.

P.- El pasado febrero se produjo una violación grupal a un niño de 9 años en un municipio de Jaén, y también se detuvo a un menor gaditano de 14 años por agredir sexualmente a dos mujeres adultas. ¿Está fallando la educación sexual?

R.- Normalmente, cuando se trata de menores, es más una cuestión de saber qué está pasando alrededor de ese menor. No es por excusarlos ni mucho menos, pero es importante analizar su situación porque muy probablemente o haya recibido previamente violencia sexual o haya sido testigo directo de ella. Es un comportamiento que no se adecua a su crecimiento sexual. También es cierto que los medios de comunicación solo hablan de los casos más escabrosos y anormales, pero lo más normal, de lejos, es que gente como tú o como yo sufran esta violencia en nuestro entorno más inmediato.

P.- Sin embargo, la conciencia colectiva teme mucho más la figura del ‘psicópata sexual’ anónimo y alienado, muy recurrente en las producciones cinematográficas que reproducen un caso de agresión sexual.

R.- Porque es un recurso que funciona y es rentable, pero distorsiona la realidad. Y eso te lleva a pensar que eso nunca te pasará, que no tienes contacto con esa clase de gente. La gran sorpresa de las personas entrevistadas es la de pensar: “Yo nunca me hubiera imaginado que mi compañero o mi tío me hubiera hecho esto”. Hace 4 años hicimos un estudio sobre el periodo 2004-2008 recopilando todos los casos que tuvimos en la asociación. Los agresores sexuales conocidos eran el 74% de los casos, mientras que el 26% eran desconocidos. De las agresiones cometidas por conocidos de la agredida, solo el 53% presentaron denuncia. Cuando fue un agresor anónimo, se presentó denuncia en un 72% de las veces. Y la agresión la puede cometer cualquiera: tenemos los perfiles del compañero de universidad, amigo, vecino, médico, militar, compañero de piso, amigo de la familia, monitor de gimnasio, sacerdote, conserje de escuela, profesor, masajista...

P.- Es paradójico que las agresiones sexuales que menos se tolerarían por la opinión pública y el entorno de la mujer agredida, la perpetrada por un familiar o conocido, sean las menos denunciadas. ¿Cuál es la falla en este caso?

R.- El problema, más allá de las terribles agresiones injustificadas que acabo de citar, es que la mayoría de agresores son hombres con el que en principio la mujer agredida quería mantener un encuentro sexual. Esto ocurre y nos tiene que quedar claro. Sin embargo, existen ideas preconcebidas que legitiman de alguna forma estas agresiones y socavan la personalidad y determinación de la mujer. Por ejemplo, que una vez se empieza el acto sexual, ese consentimiento se mantiene en todo momento. O que la propia mujer sea la que piense que de alguna manera han provocado esa situación y tenga dudas sobre cómo actuar y lo que acaba de sufrir. Todo este ideario machista está orientado a buscar una justificación de la conducta del agresor en el propio comportamiento de la mujer. Por ese motivo el escrutinio público se centra tanto en la ella y no en él: no se entiende, socialmente hablando, que tu ligue te pueda agredir sin que tú hayas dado señales para aceptar tácitamente los tocamientos o la penetración.

P.- ¿A nivel judicial hay diferencias entre un caso con agresor conocido y otro cuando el atacante es desconocido?

R.- En la teoría no, pero en la práctica existe, y es parte del problema. Cuando se trata de un desconocido, si la persona agredida hace la denuncia de manera inmediata hay muchas posibilidades de que celebre un juicio y haya condena. Pero si es conocido, si existía una relación previa y la denuncia se ha tardado en hacer, como suele ocurrir, a nivel judicial les cuesta mucho más poder hacer la fase de instrucción. De hecho, difícilmente llega a la fase de juicio oral y en muy pocas ocasiones hay condenas. Al final, la mayoría de agresores sexuales condenados son desconocidos por la persona afectada, pero se da la paradoja de que no sería el prototipo real de agresor. Y esto afecta a las medidas políticas y preventivas para afrontar el problema, porque no son adecuadas a la realidad existente.

P.- La campaña de concienciación colectiva del Institut Català de la Dona contra la violencia sexual de este año es una de las pocas, a nivel nacional y local, que los interpela directamente como activos indispensables para erradicar la problemática. ¿Por qué se tiende a dejarlos en un segundo plano?

R.- Nosotras también entendemos que las campañas tienen que estar orientadas a que no se agrede a la mujer, no solamente a las personas agredidas. Ahora bien, tampoco es cuestión de que todo el foco se ponga en educar a los hombres. También, y es esencial, tienen que haber recursos para las personas afectadas por esa violencia porque muchas están realmente mal y pueden quedarse con un estrés postraumático crónico.

“Vivir experiencias traumáticas no significa estar traumatizada”

Entrevista con Laia Boixeda, psicóloga, terapeuta sexual y sexóloga con cuatro décadas de experiencia

Laia Boixeda comenzó su carrera de psicóloga, allá por 1977, sin tener claro su rumbo vital. Durante 17 años habló y aprendió con toda clase de personas, pero ese eclecticismo profesional no solapó nunca su profunda empatía para con sus iguales: las mujeres. En 1994 fundó su propio centro psicológico desde el cual ha logrado convertirse en una de las figuras más destacadas en el campo de la psicología clínica catalana. Con 52 años cursó un máster en Sexología con el objetivo, afirma, de “cerrar el círculo” y definir por fin ese rumbo. Hoy su experiencia es la que habla.

P.- De entre una multitud de terapias y servicios, en vuestro centro tratáis las agresiones sexuales y la violencia de género desde 1994. ¿Qué cambios, relativos al volumen, gravedad o características de las mujeres agredidas, habéis notado en 24 años de ejercicio especializado?

R.- Si hubiese denunciado una agresión sexual cuando era universitaria nadie, absolutamente nadie, me hubiera creído del todo, me hubieran investigado a fondo. Ahora hay más control y la voz de la mujer se escucha con más respeto. Con un machismo tan recalcitrante como el de hace años –que era peor, por mucho que nos quejemos- la pregunta era siempre la misma: ¿Qué has hecho tú para provocarla? Por suerte en los últimos años se ha impulsado la formación, sobre todo en algunas escuelas e institutos, que es lo que esta sociedad necesita con más urgencia. Hoy en día hay mucha información, pero no podemos confundir términos. Informar no es formar. Cuando consigamos una formación efectiva con las generaciones que vienen, estaremos preparados para dar el paso decisivo. Ahora solo intentamos parar una dura hemorragia.

P.- ¿Qué diferencias supone el componente sexual en una agresión machista?

R.- El maltrato sexual (sic) tiene efectos devastadores desde el punto de vista psicológico que pueden causar desintegración personal y afectan a todas las esferas de la vida personal de la mujer (seguridad, autoestima, sexualidad, identidad), además de ser episodios denigrantes. No es lo mismo que creer que no vales como pareja o madre. Además es un tema muy, muy delicado, porque no sabes nunca con qué veracidad te expones a los hechos. Hace unos años me encontré un caso de violencia sexual enmarcado en una lucha por la custodia de una hija y decidí no entrar porque sabía que nunca conocería la verdad absoluta y se trataban aspectos muy sórdidos y sensibles. Este tipo de violencia, como ves, se puede usar como arma arrojadiza mucho más dañina que el maltrato convencional.

P.- ¿Hay algún patrón en la tipología y perfil de los casos de mujeres agredidas sexualmente que tratáis en el centro?

R.- En numerosas ocasiones nos encontramos con que los familiares directos de una agresión sexual, si se ha producido en el entorno íntimo o bastante cercano, como una pareja muy querida o un amigo de la familia, eran conscientes de lo que sucedía y han callado o no se lo ha creído. Es una conducta muy patógena: el familiar o conocido ejecuta y otro lo silencia. En estos casos, lo que hace más mal psicológico a la mujer es la inacción y el silencio, más que la agresión en sí, por lo que la pauta a seguir es hacer ver a la mujer agredida que su agresor no es responsable de sus actos, sino que padece un trastorno mental, porque en muchos de estos casos el agresor fue agredido en el pasado. No se trata de absolverlo, sino de buscar una razón válida y verosímil que explique el por qué.

P.- ¿Se puede establecer un patrón de tratamiento en base al perfil de estas mujeres?

R.- Los medios y la sociedad siempre demandan generalizaciones, pero aquí no las hay. Puede haber patrones de psicopatología: si estamos ante un caso depresivo, se aplica un tratamiento determinado. Pero, al final, todos los casos dependen de la estructura psicológica de la mujer, de su fortaleza mental y personalidad, de cómo haya vivido el momento previo y posterior a la agresión, cómo a nivel social lo ha podido explicar (o no), de quien la haya cometido, pues el peso emocional será muy distinto en un caso u otro, etc. Todas ellas, eso sí, se sienten inseguras y vulnerables. Los psicólogos, por lo general, no sabemos si los trastornos mentales no hubieran surgido nunca en la vida de estas mujeres, si la agresión los ha galvanizado o los ha creado, pero sí tenemos la certeza de que hay un antes y un después en su conducta y es ahí donde se debe centrar el esfuerzo.

P.- Desde vuestra experiencia tratando diferentes tipos de violencia machista, ¿creéis que están proporcionalmente reflejadas en el altavoz mediático?

R.- En televisión siempre destacan esos casos de acoso o abusos en fiestas o eventos multitudinarios, pero, aunque existan y tratemos casos de este tipo, no son los más habituales. En las noticias no solemos ver, por ejemplo, aquellos casos de coacción sexual en el trabajo o en ambientes profesionales que pueblan las clínicas de toda Barcelona, ya te lo puedo asegurar. También en la ficción, recuerdo *Ley y Orden*, tratan con una frivolidad alarmante los casos de abuso, agresión o secuestro de mujeres y las secuelas que quedan en ellas. Parece algo documentado pero es pura ignorancia.

P.- Algunas voces minimizan el impacto que puede tener el acoso sexual, ya sea presencial o a través de Internet. ¿Cuál es la dimensión real de este tipo de violencia? ¿Qué secuelas emocionales/psicológicas puede dejar a la persona afectada?

R.- En casi todos los casos, y en contra de lo que pueda parecer, supone un estrés postraumático para la mujer que lo ha vivido. Así de grave puede llegar a ser. En todos los casos sin excepción queda un malestar, una huella que en situaciones parecidas que ocurran en el futuro harán que vuelva a emerger el recuerdo y, con ello, las dudas y la confusión. Todo dependerá de la intensidad del tiempo en el que tú estás intentando liberarte de la situación en la que estés, si le están coaccionando o acosando. Y es difícil vivir así, con miedo permanente, paranoia, incapacidad para relacionarte con los hombres de la misma forma que lo hacías antes. Debilita poco a poco tu armazón femenino.

P.- ¿Qué actitudes derivadas de los mitos socioculturales no soléis encontraros en vuestro ejercicio profesional?

R.- Lo que me molesta bastante de estas creencias es, por ejemplo, el creer que toda víctima de agresión sexual sufrirá un *shock* traumático incurable que se relaciona con conductas prácticamente autistas. Recuerdo el caso de la hija de una amiga mía fue violada por el violador de L'Eixample y tuvo trastornos alimentarios y un cuadro depresivo, dos cosas totalmente diferentes de un *shock* paralizante. También en muchos casos de aversión al sexo, en vez de ser una conducta esperpéntica causada por una personalidad rebelde, viene causada por una agresión anterior que no ha sido correctamente identificada o canalizada por la propia mujer. Hay muchísimos efectos, más o menos graves, para cada tipo de agresión, mujer y circunstancias. Debemos enseñar a la gente que vivir y sufrir experiencias traumáticas no significa estar traumatizada.

P.- La culpabilidad está en una especie de situación ambivalente, pues no está claro que ese sentimiento se alimente desde la mitología cultural o si existe de forma intrínseca y personal a cada individuo. ¿Qué experiencia tenéis en relación con ella?

R.- Es lo primero que se identifica. También en lo primero que se trabaja, en convencerla de que lo que ha hecho el otro no está bien. La culpa bloquea la apertura emocional, la catarsis, y conlleva que la experiencia esté interiormente reprimida y sufrida. Y casi siempre viene dada como resultado de una violencia verbal que mina la autoestima de la mujer, la confunde, la debilita. Es un arma muy poderosa. Las mujeres agredidas se sienten sucias, sienten verdadero asco. Han vulnerado su intimidad. La sensación de desconfianza que se genera abarca las personas, los hombres y a la mujer misma. Es una mezcla entre el resultado de una opresión colectiva y la autodestrucción individual. Si no erradicamos la culpa en esa mujer, nunca estará preparada para dar el paso.

P.- En este tipo de tratamientos, en los que a la mujer afectada puede ser más o menos difícil, asumir y superar la violencia sexual, ¿qué perspectiva se le da a la agresión? Se trabaja para olvidarla, interiorizarla...

R.- El proceso se puede dividir en tres estadios. Primero, la contención de la experiencia traumática y la correcta asignación de la culpa, que es la situación más crítica de toda la terapia. Después, la superación de los miedos, las fobias, las dudas sobre uno mismo. Más tarde, esa mujer tiene que desarrollar la capacidad de crecer con ese golpe, por lo que siempre he apostado, no sé si de forma única en mi campo, por integrar esa experiencia terrorífica en la propia identidad femenina y personal. Nada de temas tabúes, borrados de memoria o autoindulgencia. No es el camino. Al menos no el que creo que deben de seguir si quieren afrontar su nueva vida. Este suceso forma parte de tu experiencia vital y ha ocurrido por una serie de causas muy complejas. Es hora de seguir.

P.- Sabemos, por los datos que se registran, que toda mujer sea cual sea su edad, puede sufrir este tipo de violencia, desde una niña que sufra abusos a una octogenaria. ¿Qué rango de edad es el más difícil de revertir la desagradable experiencia, de conseguir un tratamiento efectivo?

R.- La edad es realmente importante. Dependiendo de tu experiencia en la vida, con los hombres y en situaciones críticas, podrán quedarse bloqueadas o no en el momento de una agresión sexual o se defenderán. Por eso en la mujer madura, de mediana edad o incluso anciana la experiencia es menos traumática, en contra de lo que pueda parecer. En la gente joven, por otro lado, la experiencia les afectará irremediabilmente en su vida sexual posterior. En diferente grado y en diferentes formas, pero les afectará con total seguridad. Si la mujer es menor de edad, una época de tu vida en que más dudas trascendentales surgen, más difícil será canalizar todo lo vivido en esencia propia.

P.- Más allá de la duración, ¿hay algún seguimiento posterior, terapias puntuales o acompañamiento jurídico a todo el proceso terapéutico central?

R.- La duración del proceso de recuperación no tiene que importar. Este es un proceso que depende de la agresión misma, la personalidad de la mujer agredida y las ganas de salir adelante que tenga ésta. Sí son relevantes, en cambio, las sensaciones, las actitudes, los sentimientos que se desarrollen. Aun así soy partidaria de pensar que este proceso nunca termina, que no existe un final como tal. A lo largo de tu vida necesitas ayuda especializada siempre, otra cosa es que sepamos verlo y decidamos hacerlo. Y una mujer que ha sufrido algo así, más todavía. Dar esa sensación de refugio, de lugar al que siempre puedes acudir, es parte del trabajo que debemos y tenemos que hacer.

P, ¿Cómo pueden lo medios de comunicación y de difusión cultural, así como la sociedad, ayudar a la mujer afectada por un caso de violencia sexual o machista?

R.- Con compañía y silencio, nada de intentar hacer un trabajo profesional que ya hacen otros. Tampoco es una carrera para demostrar quien se implica más con esa mujer, quien le es de más utilidad, quien demuestra que le importa más esa persona solo por estar más encima de ella. Grave error, pues no todas las palabras y los momentos sirven. Se trata de apoyar a través del entendimiento, la empatía, la comprensión y el respeto. Es más simple de lo que parece. Y eso está ocurriendo, porque la escala de valores que tenemos hoy lo permite, pero desde colectivos muy específicos. No es un todo que piensa al unísono.

P.- Como centro psicológico que trata terapias para adultos, falta de control de impulsos aspectos relacionados con la sexología, ¿no se barajado nunca la posibilidad de atender agresores sexuales o conductas machistas con aquellos que quieran y puedan ser tratados?

R.- Sé de compañeras mías que han llevado a cabo terapias conjuntas entre la mujer agredida y el agresor, siempre siendo este familiar o conocido, pero yo sería incapaz de hacerlo por una cuestión de ética y respeto. No se puede caer en demagogia ignorante sobre estos temas, porque el perfil de maltratador sexual, en psicoterapia, es casi imposible de tratar. La mayoría de ellos, el 99,9%, no tienen conciencia de lo que hacen ni de lo que son, y acuden a las terapias por orden judicial o presiones externas. Puede haber cierta voluntad en sus actos, pero no honestidad.

“A veces necesitamos empatía humana y no condenas vengativas”

Entrevista con A.D., una mujer afectada por acoso, coacción y
violencia sexual durante meses de relación sentimental

Aunque decidida y consciente del contexto actual, prefiere mantenerse en el anonimato. No hace falta, un nombre es solo un grupo de letras irrelevante. A.D., una mujer de 25 años y vecina de Barcelona, ha renunciado a una defensora y una persona de apoyo para la entrevista, ignorando el protocolo. Su historia es una íntima y personal, pero al mismo tiempo emerge como el reflejo de un momento histórico y la forma de un airado grito que ya no reclama socorro, sino comprensión.

Pregunta.- Es la primera vez que explicas tu historia abiertamente. ¿Cuánto ha influido la revolución del ‘Me Too’ en tu decisión?

Respuesta.- Me ha dado las fuerzas para hacerlo. No sé si podría haberlo hecho hace seis meses, aunque seguro que no tendría la misma sensación de estar haciendo algo necesario para mí y para todas las mujeres en que han pasado por una situación parecida. Ya no tengo solo el apoyo de la familia y mis amigos, que lo valoro enormemente, sino el de toda una comunidad. Me siento un poco más segura y apoyada por mucha gente.

P.- Demos un poco de contexto, si te parece.

R.- Hace ahora un año comencé a salir con un chico agradable, normal. No sé cuándo fue, si ocurrió porque creció la confianza entre nosotros... realmente es inexplicable. Empecé a sentirme incómoda por sus groseras insinuaciones (a veces en público), tocamientos o unas faltas muy machistas y desagradables. La situación se fue tensando, pero la escondíamos a nuestro entorno. A veces no le aceptaba las demandas sexuales por agresivas y descontroladas, hasta que un día me forzó imponiendo su fuerza bruta. Estaba aterrorizada, muy confusa, y no me resistí. Rompí la relación, claro, pero no le confesé a nadie lo que había ocurrido. Me daba mucho pudor y estaba realmente perdida.

P.- ¿Qué pensaste que podía ocurrir si le decías a alguien lo que había pasado?

R.- Que no me creerían, sobre todo tratándose de mi pareja. Que minusvalorarían la agresión o que habría exagerado. También era difícil denunciar a mí novio por dos motivos: le quería de verdad y acabábamos de romper, por lo que la gente hubiera interpretado que era una despechada o algo así. Pase algunas semanas pensando qué hacer, con quien hacerlo y cómo hacerlo. Me comparé con casos famosos o los ejemplos que ves en las noticias de agresiones brutales y tuve muchas dudas sobre muchas cosas. Llegué al punto de preguntarme si había sufrido de verdad una agresión sexual. Incluso me convencí que eso era normal en parejas muy pasionales.

P.- Entiendo que, por tu forma de pensar, no sentiste que la sociedad te apoyaría.

R.- No tengo claro si fueron conjeturas mías o si de verdad la gente no está preparada para lidiar con estos temas. Porque es una responsabilidad ayudar a la gente que lo necesita, que depende de un pequeño empujón emocional para salir adelante. Y en mi caso, dado que se trataba de mi pareja, todavía era peor. Temía que la indignación pública fuera mínima y que algunos incluso me faltaran el respeto. Por suerte, al no airear mi caso, no pasó, porque si alguien hubiera cruzado esa línea estoy seguro que me habría quebrado. Y he sido testigo de casos así, ¿eh? Mujeres que, de repente, faltaban a terapias conjuntas porque alguien les lanzó un comentario escéptico o negativo en algún momento y pasaron a requerir otro tipo de tratamiento. La solidaridad brilla por su ausencia cuando no se trata del entorno de uno mismo y son terceros los que sufren.

P.- Es una visión muy pesimista de la gente y su nivel de compromiso social.

R.- Quizá, pero lo afirmo porque lo he vivido. Por ejemplo, en terapia de grupo fui testigo del caso de una mujer que, tras 15 años de maltratos, intentó atropellar a su marido. Tras ese suceso, su entorno empezó a hablar de “relación tóxica” y maltratos “desde ambos bandos”. Esta vez no era la prensa, terceros o la defensa del acusado en un juicio, que es lo más habitual. ¡Su propio entorno! Cuando ves cosas como estas es difícil ser optimista.

P.- ¿Cómo dirías que ha sido tu evolución introspectiva y la de tus necesidades emocionales en estos tres meses?

R.- Yo me considero una mujer fuerte y determinada, pero, a pesar de que fue mi pareja y no un desconocido, me sentí muy insegura, confusa, herida en mi dignidad como mujer. Te das cuenta de muchas cosas relativas a la sociedad, al hombre, a la humanidad y ética de cada uno. Luego es muy difícil aceptarlo e interiorizarlo, porque quieres comprensión, pero no puedes articular las palabras exactas para pedirla. Es una distancia abismal entre lo que necesitas y lo que recibes. No sé de quién es la culpa, pero las frivolizaciones, los chistes o la naturalización de ciertos comportamientos llegan a doler, a hacer mucho daño. Pero siempre hay gente dispuesta a escucharte, y esa cualidad, aunque escasee, es lo mejor que un ser humano puede aportar a otro.

P.- ¿Sentiste en algún momento ganas de venganza o rabia contenida? Debido a la ficción cinematográfica o televisiva, mucha gente cree factible esa actitud.

R.- [Piensa] No. Me parece bastante absurdo combatir la violencia con violencia de ningún tipo. Es ponerse a la altura del agresor y te puedo asegurar que es lo último en lo que piensas. Yo al menos no pensé en otra persona que no fuera yo misma y cómo afrontar lo que me venía encima. Y no por una cuestión de serenidad, sino de imposibilidad de hacerlo. Las preguntas que te haces cuando pasa algo así te involucran más a ti que a tu agresor. Si no fuera así sería peligroso para ambos. En mi caso, quise ante todo aceptar lo sucedido y, más tarde, luchar porque se hiciera justicia, por muy idealista que suene. No sé porque se alimenta tanto esa fantasía en las películas. Quizá por esa especie de atracción, de culto a la violencia que parece tener cierto sector de la sociedad masculina.

P.- Si tú o algún familiar cometierais un acto impulsivo en respuesta a la agresión, mucha gente lo consideraría legítimo y proporcional.

R.- Y creo que eso es uno de los grandes problemas de todo esto, desde mi perspectiva. Se tiende a poner todos los focos en la búsqueda y captura del culpable y su castigo, mientras que la mujer que ha sido agredida tiene que buscar refugio, consuelo o terapia especializada para no sentirse abandonadas. Y no se puede estar más equivocado, porque lo que a veces necesitamos las personas que hemos sufrido un episodio como el de una agresión sexual es empatía humana y sincera y no condenas vengativas. Estoy segura que estas ganas de revancha están más provocadas por un sentimiento de fracaso como “protector” de las mujeres que por sentimientos reales. Te puedo asegurar que la mayoría de mujeres que vi en tratamiento preferían un reconocimiento real de sus experiencias, con el nombre adecuado, antes que castigos exagerados.

P.- Deduzco por tu testimonio que no confías en el sistema. De hecho, recurriste a asociaciones no lucrativas para las sesiones de asistencia y orientación.

R.- La información que dan en ciertas instituciones es poco clara, no crea ese sentimiento de seguridad. No es una cuestión de dinero o calidad del servicio, sino de atención, cariño, discreción, compromiso, solidaridad femenina... No digo que en organizaciones oficiales no existan esas cosas, sino que la mayoría no saben comunicarlas correctamente y no te atreves a dar el paso. Eso debería hacer reflexionar a mucha gente.

P.- ¿Ha cambiado tu relación con los hombres a partir del suceso?

R.- Creo que sí. No considero que mis amigos sean potenciales asaltadores sexuales, evidentemente, aunque ellos me traten con más cuidado o condescendencia desde la agresión y me haga sentir más incómoda de lo normal. Creo que, de alguna forma, se sienten responsables, y eso es absurdo, casi ofensivo. En las relaciones es inevitable tener más preocupación o desconfianza a la hora de crear ese *feeling*. Lo que más costará es romper esa barrera, soy consciente de ello, pero no lo veo como un muro insalvable. Nunca se me ha ocurrido culpar a todo el colectivo masculino por lo que viví, por mucho que sepa que una parte importante de los hombres sean machistas.

P.- ¿Cómo crees que la sociedad te ve como mujer tras lo ocurrido?

R.- Habrá opiniones de todo tipo, y eso es parte de la preparación que recibes cuando estás en tratamiento. No espero que todo el mundo me entienda porque sé que no es fácil abordar a alguien que tiene una etiqueta tan delicada. Sí puedo decirte que hacerme una mártir, los discursos falsos y la infantilización de mi persona no ayudan en nada. A veces es más duro soportar esas actitudes que un comentario irrespetuoso.

P.- ¿Naturalizar una agresión no abocaría a su normalización?

R.- [Piensa] Puede ser. Realmente no tengo los ingredientes para lograr ese contexto ideal en el que todos salgamos ganando. Diría incluso que es imposible de lograr, con todos los tipos de casos, mujeres y circunstancias que se dan. Con evitar el daño gratuito y formarse, hablar con propiedad y saber de lo que se habla, podría ser suficiente.

“La ausencia de magistradas en los juicios por agresión sexual es violencia institucional”

Entrevista con María José Varela, psicóloga y abogada con toda una vida dedicada a la defensa de los derechos de la mujer

Pocos profesionales tienen en Catalunya un recorrido como el de María José Varela. Desde la década de los 80, esta abogada se ha dedicado casi en exclusiva a los casos que tienen a mujeres como afectadas, realizando en el proceso una pionera labor pedagógica contra el machismo estructural. Es conocida, entre otros, por ser una de las primeras abogadas en conseguir sentencias como la que en 1998 condenaba por primera vez el acoso sexual como delito y por haber ejercido la acusación particular contra los violadores múltiples más famosos de la historia de Catalunya. Hoy, sin embargo, el protagonismo no lo acaparan los agresores, sino aquellas voces silenciadas, mutiladas o minimizadas por un sistema judicial “anacrónico”.

Pregunta.- ¿Cómo ha evolucionado la problemática de la violencia sexual contra la mujer desde que se hizo cargo de su primer caso?

Respuesta.- Cuando empecé a orientar mi itinerario profesional alrededor de las mujeres, la violencia sexual era algo que muy pocos compañeros y compañeras juristas trabajaban. Antes si cometías abuso ‘deshonesto’ se penaba con 6 meses de cárcel, y la violación suponía entre 12 y 20 años, pero se identificaba tan poco que apenas tenía eco mediático y judicial. Existía cierto desinterés por estos temas y por el testimonio de las víctimas, algunos jueces incluso expresaban su malestar por aplicar penas bastante duras contra los agresores. Afortunadamente las cosas han cambiado en la justicia, aunque todavía falta un largo trecho por avanzar en el reconocimiento del daño y su magnitud.

P.- ¿Cuál diría que es el principal obstáculo judicial para las mujeres afectadas por violencia sexual?

R.- Se sienten intimidadas por el entorno. Muchas mujeres tienen miedo a no ser creídas, a que su palabra sea puesta en duda incluso por el juez o el fiscal. Y esto pasa mucho en casos de violencia familiar, psicológica o coacción, que son extremadamente difíciles de demostrar. Por eso la mayor parte de las sentencias absolutorias se dan porque a la mujer no se le ha creído. Ese es, y no otro, el principal obstáculo al que nos enfrentamos.

P.- ¿No creer puede ser, en parte, criminalizar a la víctima de violencia sexual?

R.- En los casos de las agresiones sexuales de desconocidos, y sobre todo en aquellos más graves como puede ser una violación, creo que ya no se criminaliza a la mujer, pero cuando hablamos de su entorno íntimo, cuando el agresor está en casa, sigue habiendo sospechas. Básicamente se tiende a pensar que en esa casa pasan muchas cosas y muy extrañas, y eso provoca rechazo y desinterés. Pero sigue habiendo una diferencia importante entre no creer y criminalizar, porque el no creer no implica contratar detectives para que investiguen su forma de vida o desacreditar el relato de la víctima en público.

P.- ¿Debemos entonces entender la criminalización de la mujer agredida como parte de una estrategia?

R.- Es una estrategia deleznable, pero efectiva. La defensa pone en duda el testimonio de la mujer de forma instantánea para socavar su credibilidad y su confianza. El relato se contradice, la mujer se muestra inconsistente y la absolución o la reducción de pena ganan enteros. Dudar de un testimonio tan crudo mantiene a salvo la moralidad de mucha gente que no está dispuesta a cuestionarse a él mismo y su entorno.

P.- ¿Cree que existe un antes y un después del ‘Me Too’ en cuanto al reconocimiento y respeto de la mujer agredida?

R.- Lo más importante que ha traído esta nueva ola feminista es el llamar las cosas por su nombre y dejar de blanquear y bloquear el discurso machista. Ahora todos los focos están puestos en casos que antes no ocupaban ninguna franja de ningún telediario. La existencia de este *lobi* colectivo es una magnífica noticia, pero lo importante es su continuidad, el no retroceder como sociedad. Por repentino que hay asido el cambio, no es inmediato.

P.- ¿Está el hombre incapacitado para ocuparse la defensa de un caso de estas características?

R.- Seguramente, aunque no lo descartaría en un futuro muy próximo. Cuando una mujer sufre una violencia de este calibre a veces lo más importante no es el resultado final del pleito, sino el sentirse reformadas y apoyadas. Y esto pasa por dos motivos. Primero, porque son temas que se refieren a la vida cotidiana e inmediata. Segundo, porque la forma de trabajar que tenemos la inmensa mayoría de abogadas feministas se basa y se tiene que basar en la solidaridad personal. No podría ser de otra manera. Sus historias nos tocan como profesionales pero también como personas. No podemos centrarnos solo en tareas judiciales y olvidarnos de la perspectiva social de nuestro trabajo.

P.- Esa sensibilización específica, ¿en qué medida la tienen los jueces o juezas?

R.- Muy escasa. Yo he sido testigo de casos recientes en que una mujer describía una situación en la que fue insultada y golpeada en el brazo y la juez (sí, una mujer) solo quería saber si había habido paliza o no en esa discusión. Apremiar la violencia de estos casos a través criterios cuantitativos y no cualitativos y hacerlo con un estilo marcadamente agresivo es bochornoso y denota una falta de empatía muy grave.

P.- ¿Por qué existe esa actitud tan deshumanizada de algunos magistrados?

R.- Porque la judicatura y su proceso de formación no están creados por modelos femeninos ni perspectivas de género. No se trata de la existencia de jueces buenos y malos, sino de aplicar el mismo principio de independencia y de garantía de los derechos del imputado a la víctima por cuestiones de género. Es inadmisibile que exista la sensación que es la denunciante quien debe demostrar que es la víctima y que su relato es cierto. Es la gran lacra de la lucha contra la violencia sexual: comporta una experiencia muy desagradable para la mujer agredida, más preocupada de reunir pruebas que recuperarse del *shock*, y un trabajo añadido para los abogados de la acusación.

P.- Si existe una falta de perspectiva de género en la judicatura, ¿qué valor tiene la declaración de la denunciante en todo el proceso?

R.- Debemos tener en cuenta que normalmente la declaración de la víctima es la única prueba disponible y que la agresión se produce en el marco de la clandestinidad, sin testigos. Por eso su testimonio no tiene un valor que otro material probatorio del juicio. Y si se producen contradicciones, algo muy normal en el caso de agresión sexual con intimidación y coacción, todavía tenemos un peor escenario, porque no existe una continuidad en la declaración que pueda debilitar la presunción de inocencia del agresor. El pleito acaba convirtiéndose en cruce de palabras aislado que los jueces interpretan de forma estricta y rígida conforme a la ley existente. Es algo que debemos superar.

P.- ¿Qué nivel de protección tiene la mujer agredida durante el proceso judicial?

R.- Si miramos en retrospectiva, en este aspecto se ha avanzado bastante. Antes se consideraba que la “violencia de baja intensidad” eran faltas mínimas y tenías que convivir sí o sí con tu agresor. Ahora eso es delito, independientemente de la intensidad o las veces que haya ocurrido. Sin embargo, si no presentas heridas es poco probable que te den una orden de alejamiento al no percibirse riesgo alguno. Y aunque estas medidas estén devaluadas por la sociedad, funcionan, porque si el agresor la incumple está cometiendo otro delito. Muchas veces a esa medida se le achaca que la mujer no está exenta del riesgo de agresión o asesinato, pero para eso existe la prisión preventiva.

P.- Además de lo que acaba de citar, y en un contexto de indignación general por la sentencia de ‘La manada’, parece que al final todo gira en torno al consentimiento.

R.- El problema es, como muchas veces, de terminología. Por ejemplo, y en este caso concreto que citas, el concepto de intimidación en el Código Penal no se corresponde con el concepto que se maneja coloquialmente: la ley exige la amenaza de un mal grave e inminente, no simplemente una situación que atemorice e impida reaccionar. Con el consentimiento pasa lo mismo. La jurisprudencia exige que sea un consentimiento idóneo a las circunstancias del caso concreto, pero eso es tan ambiguo que cada juez lo interpreta de manera distinta, de forma más heroica o más sugerente. En todo caso, y hablando de este caso en concreto, es normal que la opinión pública se indigne como lo ha hecho. Estamos hablando de una condena de abuso sexual con penetración y felaciones forzadas que, sin embargo, viene acompañada por una absolución de agresión sexual y delito contra la integridad moral. Los términos no pueden solapar la humanidad en estos casos.

P.- Algunas voces consideran que los jueces solo aplican la ley y que ésta es la que debería ser cuestionada, no el trabajo de los magistrados.

R.- Tienen parte de razón, pero siempre es bueno hacer autocrítica. El ejercicio del derecho y la justicia deben tener una función punitiva y rehabilitadora, pero también comunicativa. No podemos olvidar que con la sentencia se está emitiendo un mensaje a la víctima, a las mujeres y a la sociedad sobre los valores y la fortaleza del Estado de derecho y la democracia. La labor del o la juez es también una oportunidad de hacer pedagogía activa para impulsar cambios importantes en nuestra sociedad.

P.- Afirma que la ley debería ser revisada. ¿Está incompleta?

P.- Está incompleta su aplicación, más bien. Debemos tener en cuenta que es una ley escrita por un colectivo específico con una perspectiva específica: la masculina. Pero no depende solo de la ley, porque son los jueces quienes la aplican. Si se actualizase, algunos serían capaces de modernizar su perspectiva profesional, otros seguirían anclados a la concepción tradicional del delito. Lo ideal, aunque a muchos no les guste o no lo entiendan, es que las leyes referidas a estos temas las realicen mujeres y sean aplicadas desde la perspectiva femenina y feminista, desde la diferencia, para evitar situaciones de violencia institucional de género, que la hay y más cuando en delitos de estas características hay una o ninguna magistrada presente en el tribunal.

P.- Habla usted de mujeres, feminismo y derecho penal. ¿Cuáles son las fallas de este sistema, más allá de la falta de formación y perspectiva de género?

P.- Hoy vemos que existen sentencias polémicas en relación a las agresiones sexuales y de género, pero estas existían ya hace tres o cuatro décadas. La sociedad y su mentalidad han avanzado, pero el sistema no. Sigue habiendo una interpretación cortoplacista de los hechos y un aislamiento contextual de los hechos muy graves. En estos casos más que en cualquier otro no podemos ignorar la realidad social y sexual del sistema que posiciona a las mujeres en una situación de vulnerabilidad social en contextos de claro contenido sexual. Si lo hacemos, tendremos juicios y sentencias sacadas de otra época.

“El mito del hombre violento por naturaleza es una lacra milenaria”

Entrevista con Margot Pujal, doctora en Psicología Social y miembro del Observatori per a la Igualtat de la UAB

En 2005, la Universitat Autònoma de Barcelona emprendía un proyecto comunitario bajo el amparo de la Generalitat con el objetivo de actuar en el ámbito de la desigualdad entre el hombre y la mujer. 13 años y una notoria ampliación logística y disciplinar después, el Observatori per a la Igualtat ha logrado ser uno de los centros neurálgicos de la región en cuanto a elaboración de políticas, formación, visibilización e investigación bajo la perspectiva de género. Una de sus miembros más activos y destacados, la analista psicosocial Margot Pujal, lleva años batallando contra mitos interiorizados, estereotipos, falsos culpables y falacias argumentativas.

P.- Desde Psicogènere ofrecéis un servicio de acogida y asesoramiento psicológico para personas afectadas por violencia de género. ¿Qué proporción de casos están relacionados con el acoso sexual o agresiones sexuales?

R.- Si atendemos a todo el abanico que comprende la violencia sexual, incluido el acoso y la violencia verbal, yo diría que han sido el 25% del total. Pueden parecer que ¼ es poco, pero debemos tener en cuenta que este es un lugar público y abierto a miles de personas donde el escrutinio es el doble o el triplo de exigente que en otros contextos.

P.- En un ámbito tradicionalmente progresista como la universidad, y tratándose de una generación nacida en democracia, ¿qué explicación le da a que sucedan en el campus casos de violencia machista y/o sexual?

R.- Que exista un servicio como el nuestro en una universidad, con las características que acabas de citar, ya debería sorprendernos. Aquí en el campus, como en la sociedad en general, también somos víctimas de la mitología social y cultural que creamos entre todos, o al menos la mayoría. Los chicos (y las chicas) han crecido en el mismo ecosistema peyorativo machista que sus padres y sus abuelos, lo han interiorizado y ahora lo reproducen. Da igual la edad o el contexto social, los patrones sociales que se adquieren pueden tener diferente forma o presentar muchos matices, pero el fondo es el mismo.

P.- En vuestro portal web remarzáis que las desigualdades y las relaciones abusivas dañan el bienestar de las mujeres, pero también de los hombres.

R.- Es que los hombres también son víctimas de muchos mitos y estereotipos relacionados con la violencia que solo hacen que justificar su existencia. Por ejemplo, afirmar que los hombres son violentos por naturaleza. Es un mito muy extendido, una lacra milenaria. La violencia tiene una connotación diferente en cada cultura, no podemos simplificarla y utilizarla como respuesta a situaciones complejas. Es la agresividad la que forma parte de la naturaleza humana, como una emoción o expresión de la ira, no la violencia. Son conceptos muy diferentes. Esta clase de falacias quitan responsabilidades al colectivo masculino y hace que no se busquen soluciones útiles y eficientes.

P.- Entender al hombre como ‘verdugo’ y víctima al mismo tiempo quizá ofenda a mucha gente.

R.- Pero es que es una realidad. Todos esos estereotipos y mitos masculinos no benefician en absolutamente ningún aspecto al hombre. El tener que ser fuerte, no poder expresar emociones porque es un símbolo de debilidad, no poder dejarse “superar” física o moralmente por una mujer... Esto perjudica a la sociedad a infinidad de niveles. El tema es que a un amplio espectro de hombres les agrada esta imagen, se sienten cómodos con ese envoltorio y no se lo cuestionan porque sería cuestionarse su propia identidad y subjetividad. Hay algo de amargura y patetismo en esa reivindicación de la ignorancia.

P.- Según la CE, en 2016 el 94% de los españoles creía que la violencia sexual era “inaceptable” y debía ser condenada por ley. Sin embargo, el último Informe Noctámbul@s (2017) revela que los chicos tienen muchas dificultades para percibir violencias sexuales e identificar agresores o conductas de ese tipo en contextos tan favorables como el ocio nocturno. ¿Cómo se explica esta diferencia?

R.- Hay una gran diferencia entre voluntad y acción real. Todo el mundo sabe identificar una violación, pero hay infinidad de conductas similares muy encubiertas. Si falta formación, que en mi impopular opinión es insuficiente, es aquí, en saber afinar la mirada, en identificar los límites. Y te hablo tanto de hombres como de mujeres, porque hay muchas de ellas que aceptan cosas que no deberían aceptarse. Recuerdo un caso de una chica que fue violentada por un compañero de trabajo que la tocó, que se insinuó con agresividad. Decía que se sentía culpable por no haber podido frenarlo antes, por haberlo hecho posible. El sistema de culpabilidad que tenemos está determinado por la formación que ofrecemos. Si el primero falla es por culpa del segundo. De vez en cuando hay que hacer autocrítica aunque las circunstancias lo hagan ver como un proceso injusto.

P.- En este sentido muchas campañas de concienciación y prevención parecen orientarse a que las mujeres limiten ‘conductas de riesgo’, en vez de influir en los agentes violentos y su entorno para identificar y censurar esos comportamientos.

R.- Sí, y mitos como el del alcohol y las drogas como causa única de la violencia sexual perpetúan esta percepción. Es cierto que el consumo de ciertas sustancias desinhibe la conciencia, pero son una ínfima minoría. Se dota a las mujeres de herramientas casi paliativas y con eso solo se acumula responsabilidades sobre sus hombros, mientras muchos hombres hacen gala de un discurso aprendido que desconocen por completo. Nadie te dirá que es machista, pero si analizas en profundidad microconductas individuales descubres que casi nadie está libre de esa carga social.

P.- ¿Hay una descompensación entre la esfera pública y privada, entonces?

R.- Absolutamente. En un bar ya no queda bien hacer bromas sexistas, pero por WhatsApp o a través del anonimato en Twitter se humilla, ridiculiza y veja a la mujer de la misma forma que se ha hecho siempre. Y no, no se puede situar estas formas de machismo y violencia virtuales en la máscara del humor, porque no es algo trivial, sino mucho peor: es un agente dinamizador de conversas triviales. Estas acciones, por mucho que les restemos importancia, son los cimientos de un sistema tan patriarcalmente agresivo como el que tenemos. El humor negro, la tontería, la sátira, es ceguera autoimpuesta.

P.- En vuestro escrito de presentación primáis el contexto social por encima del sujeto individual a la hora de ejercer una psicología más justa. ¿Tienden la sociedad y nuestro sistema mediático a la individualización?

R.- Más que la individualización, creo que tiende al aislamiento del problema. Y eso erosiona nuestra visión crítica, nuestra capacidad de discernir el chiste con la falta de respeto y el machismo. Luego mucha gente se escandaliza por casos de violencia sexual muy explícitos y crudos que salen en la televisión, pero esos casos vienen de algún lugar, están provocados por muchos factores. No ganamos nada metiendo al agresor en la cárcel. Todo es una manera de reducir la problemática, de hacerlo más fácil de aceptar.

P.- Hace 30 años se estrenó una película, *Acusados* (Jonathan Kaplan, 1988), que reflejaba como se humanizaba al agresor, se minimizaba la agresión sexual o se victimizaba a la propia mujer afectada. El año pasado tuvimos el caso de ‘La Manada’, prácticamente un calco de la película. ¿Cómo es posible que esos mitos perduren tanto en la conciencia colectiva y sean tan complicados de erradicar?

R.- Una de las principales razones es que no se aborda la violencia machista y la sexual desde un ámbito psicosocial. Si hay que buscar la raíz del problema y el verdadero culpable, algo que no todo el mundo se plantea con pragmatismo, es el contrato social al que todos damos validez en algún momento de nuestras vidas. En todos estos años no se ha tratado a los maltratadores y a los agresores sexuales como a enfermos, como una patología social, pero presentan esos síntomas. Sin estas líneas rojas, el proceso de toma de conciencia colectivo e individual es muy complejo: nadie quiere, por ignorancia o avaricia, perder sus privilegios sociales. Normal, casi nadie les juzgará por ello.

P.- ¿Es posible que las leyes estén avanzando más rápido que la mentalidad de la sociedad con relación a la violencia machista y sexual?

R.- Lo que está pasando es que se ha disparado el alarmismo social en vez de impulsar un proceso de sensibilización colectivo. Las leyes se modernizan, aumentan las facilidades para las víctimas y las denuncias, pero socialmente vivimos un retroceso, sobre todo lo que incumbe a la juventud y su formación temprana. Sin ir más lejos, hace poco fui a impartir un taller a una escuela de primaria, y los estereotipos de género ya estaban claramente definidos con los colores, los juguetes.... A una edad temprana ya tienen esas ideas metidas en la cabeza. ¿Se está haciendo un buen trabajo de prevención? Sí. Pero no es suficiente, tiene que ser algo más global, no pequeñas bolsas de concienciación real que construyen una muestra teórica muy bonita, pero irreal.

P.- ¿Desde dónde recibimos principalmente esos mensajes?

R.- La familia es el primer agente socializador de estos mensajes. Se comienza premiando ciertas conductas asociadas al rol femenino, como la belleza, y al masculino, como la fuerza o la destreza. Esto después se potencia en las escuelas y en los medios de comunicación. También la cultura de masas, determinada en gran parte por el perverso juego de la oferta y la demanda sobre aquellos contenidos estereotipados más rentables. Otro canal importantísimo es la pornografía, también muy estereotipada: solo hay que fijarse en los arquetipos comunes del hombre depredador y agresivo y la mujer pasiva o humillada. No podemos subestimar esto último, porque aunque estemos en permanente fase de negación con este tema, el porno es una importante escuela de educación sexual.

P.- Según la RAE, el masculino es universal y el uso del lenguaje inclusivo es “artificioso e innecesario desde el punto de vista lingüístico”. ¿Qué efectos reales tienen estas medidas a nivel psicosocial?

R.- Es un claro ejemplo de cómo construir una relación de poder desde las bases de una sociedad. También es resultado directo de la arcaica concepción del género como dispositivo de poder, como pueden ser y son la raza, la religión o la etnia. Pero lo peor es este proceso de subjetivizar la identidad del otro y resistirse al cambio. Si no empezamos con algo tan básico como el lenguaje, ¿qué esperamos conseguir? El otro día hablaba con una compañera de promoción y me decía: “Es que ahora todo esto del género y la inclusión lo ocupa todo, está tan de moda...”. No, no es una moda, va mucho más allá. Confundimos debates sociales necesarios con tendencias banales y pasajeras.

P.- En vuestros talleres de prevención trabajáis mucho la desmitificación alrededor de la feminidad y la masculinidad, unos roles muy estereotipados que reproducen, entre otros, los medios de comunicación. ¿Qué papel tienen los periodistas en relación con los estereotipos de género?

R.- Los medios propagan mensajes, imponen modas y establecen actitudes y comportamientos en la sociedad. Con su tremendo poder de difusión consolidan determinados valores y mitos imprescindibles para entender la sociedad actual. Lo que no aparece en los medios, y ahora en las redes sociales –que no dejan de ser nuevos medios más participativos- no tiene reconocimiento público. En los últimos años, sobre todo en el tema publicitario, sí creo que se está haciendo un buen trabajo, con medios y plataformas que se dedican específicamente a localizar estos casos de sexismo mediático. Pero todavía hay mucho encubrimiento acrítico y más en un sector donde la publicidad y su influencia en el presupuesto total determinan tanto el contenido publicado.

P.- Los mitos relativos al amor romántico y las relaciones sexoafectivas son unos de los que más incidís en batallar. ¿Por qué vinculamos tanto el amor con la violencia?

R.- Este vínculo lo arrastramos desde la Edad Media, pero más que a la violencia yo ataría el amor al sufrimiento. Solo hay que fijarse en literatura clásica, en el cine, la publicidad y en todas las manifestaciones culturales y sociales dominantes para localizar ese vínculo. El estrato social más vulnerable a este discurso son los adolescentes, que es el momento en que mente y cuerpo toman forma y se alcanza la subjetividad total. Por eso es tan difícil identificar y transgredir los mitos machistas, porque todos los mensajes que recibimos día tras día nos inculcan una idea concreta en la cabeza sobre temas tan universales como el amor o el sexo. Y eso, una sociedad que castiga tanto al disidente intelectual o ideológico, configura un sistema como el que tenemos, que es el único y verdadero culpable de que tú, yo y tantos otros tengamos estas conversaciones.

“Falta perspectiva de género en la lucha contra la trata de mujeres”

Entrevista a Rocío Mora, coordinadora de la oenegé Asociación para la Prevención, Reinserción y Atención a la Mujer Prostituida (APRAMP)

En 1984, la abogada Rocío Nieto fundó la APRAMP con el objetivo de ayudar a las prostitutas españolas y alejarlas de las calles. 34 años después, la entidad se ha convertido en una de las mayores oenegés españolas dedicadas al apoyo de las mujeres que sufren explotación y trata en nuestro país. Rocío Mora, su actual coordinadora, reflexiona vía telemática sobre las publicaciones y el trabajo de campo de la asociación, la prostitución y la sistematización de la violencia sexual.

Pregunta.- ¿Cómo ha evolucionado la visión de APRAMP en estas últimas décadas sobre la prostitución y la explotación sexual?

Respuesta.- Como bien refleja el nombre de nuestra organización, en un inicio fuimos un grupo de mujeres dedicadas a la ayuda a la mujer prostituida y su reinserción en la vida laboral. Con el paso de los años pudimos constatar de primera mano que la trata de seres humanos en España afectaba a un altísimo porcentaje de mujeres, especialmente prostitutas. El engaño, la coacción, el abuso, la violencia y la falta de libertad afectaban a un 90% de las personas a las que la organización tenía acceso. La evolución natural y lógica de este proyecto era la de recuperar la libertad, la dignidad y la autonomía necesaria de estas mujeres para emprender una vida fuera del control de sus explotadores.

P.- ¿Cómo se logra esa visión con mujeres que han sufrido un fenómeno tan cruel, implacable y controlado como la explotación sexual?

R.- Más allá de la sensibilización social, la lucha contra el estigma y la incidencia en políticas públicas, la clave es ofrecer protección a las víctimas, aportar la confianza necesaria para que se sientan seguras y denuncien su situación y ayudar a la investigación policial. Es primordial ofrecer a esas mujeres una formación, una nueva autoestima, un propósito laboral y una vida digna. Y, en el caso de esas chicas que llegan de Brasil, Rumanía, Colombia o Paraguay, enseñarles a aprender, a interesarse por adquirir conocimiento e integrarse en una sociedad que no debería criminalizarlas.

P.- ¿Por qué se considera la trata de personas con fines de explotación sexual como violencia de género y no como un delito con entidad propia?

R.- Es una cuestión de concepto y cifras. Cada año entre 600.000 y 800.000 personas cruzan las fronteras internacionales como víctimas de trata, y el 80% son mujeres. Si hablamos de trata con fines de esclavitud o explotación sexual, el 98% son mujeres. Estos elevados porcentajes no pueden ignorarse, igual que tampoco puede ignorarse que es un tipo de violencia sistematizada que reciben las mujeres por el mero hecho de serlo. Si tenemos en cuenta la progresiva feminización de la pobreza, la vulnerabilidad de las mujeres en el sistema patriarcal y la alta demanda de prostitución femenina en los países de destino, tenemos una situación de violencia sexual hecha sistema.

P.- Y a pesar de la gravedad de estos hechos no es hasta el 2010 cuando se aprueba una reforma del código penal para el delito de trata.

R.- Estamos hablando de que España es el primer país europeo de tránsito y destino de esclavas sexuales, de un negocio que mueve cantidades de dinero similares al del tráfico de droga y de armas, industrias criminales que sí reciben inversiones millonarias para combatirlos. La trata no. También me cuesta mucho entender como una gran parte de la opinión pública se escandaliza y se moviliza por un solo caso de agresión sexual pero no por el sometimiento, la esclavitud y la destrucción sistematizada de mujeres cuyo único objetivo es saciar a sus captores con placer y dinero a cambio de violencia.

P.- ¿Cómo se explica esa pasividad moral?

R.- Una gran capa de la población cree que es un tema que solo puede ocurrirle a mujeres rumanas o asiáticas, pero aunque las extranjeras sean mayoría, generalizar es erróneo. Cualquier mujer española puede ser objeto de captación. Normalmente son mujeres que provienen de familias desestructuradas o con grandes problemas familiares, que no tienen la suficiente formación o recursos económicos para mantener un nivel de vida estable, por lo que la aporofobia [rechazo a los pobres] y el elitismo forman parte del problema. Entre los motivos también se incluyen la falta de papeles o la dependencia emocional que se cree con el proxeneta, similar al Síndrome de Estocolmo, que puede provocar también que se den situaciones de servidumbre sexual doméstica.

P.- Pero esta mentalidad, aunque con matices, puede extrapolarse a más países europeos. ¿Por qué España es un caso tan singular?

R.-. Porque España tiene el dudoso privilegio de ser el primer país de Europa en cuanto a consumo de prostitución y uno de los destinos más populares del mundo para el turismo sexual. De la misma forma que si un Estado dispone de una ley fiscal muy ambigua y se le llama “paraíso fiscal”, en España pasa lo mismo con la prostitución y las redes de explotación sexual: es un paraíso para los tratantes. También hay mucha demanda de sexo de pago, lo que provoca necesidades y, a la larga, decenas de miles de mujeres sean víctimas de explotación sexual cada año. La industria del sexo aquí, en nuestras fronteras, está extendida, normalizada e incluso algunos abogan por su regulación. Vamos a ver, ¿que los medios de comunicación continúan publicando anuncios de venta de sexo!

P.- ¿Nada ha cambiado o tiene visos de cambiar con la revolución del ‘Me Too’?

R.- Soy bastante pesimista con esto porque, como he dicho antes, la trata de mujeres merece un capítulo aparte en el mundo de la violencia sexual. Las nuevas generaciones están ayudando a darle la vuelta al machismo estructural, pero en el caso de la trata los grupos de jóvenes son cada vez más los principales consumidores de estas redes de prostitución. Lo han incluido como parte de su ocio, de su vida. Necesitamos visibilizar lo que está ocurriendo hoy en nuestro país, que se vea este delito como lo que es: una violación flagrante de los derechos humanos y de la dignidad y el honor de la mujer. Pero mientras la respuesta de las instituciones siga siendo insuficiente, breve, negligente e incumpla tratados internacionales, poco se puede hacer a gran escala.

P.- ¿Qué cifras se manejan para que sea un negocio tan rentable?

R.- Continuando con la comparación con el tráfico de armas y drogas, estos son productos volátiles, temporales, se venden y se acaban. La esclava sexual es captada por la fuerza, la seducción o la coacción o comprada por un precio simbólico para después ser vendida muchas veces al día. A final de mes puede generar entre 3.000 y 6.000 euros.

P.- ¿Qué soluciones se han planteado ante este escenario?

R.- Hace poco más de una década se creó la Red Española contra la Trata de Personas (RECTP), que incluye más de 30 organizaciones nacionales e internacionales. Esta unión, que ha tenido que ser no gubernamental, fue un gran paso para mejorar la organización y coordinar esfuerzos, pero se necesita más incidencia política y, sobre todo, un protocolo de actuación de las fuerzas de seguridad para situar a las víctimas en el centro de todas sus acciones, garantizando sus derechos y compensándolas por el daño sufrido. Pero lo que necesitamos con más urgencia, repito, sigue siendo la aprobación de una norma con rango de ley que implique la actuación activa de las instituciones.

P.- ¿Hay perspectiva de género en la lucha contra la trata?

R.- No la hay, porque el Estado no destina recursos y programas suficientes para que las víctimas sean identificadas, por lo cual no pueden tener asistencia o protección ni se les otorga lo que les corresponde como seres humanos (recuperación, reparación, acompañamiento psicológico o jurídico...). Si ocurre este desajuste es también por culpa del debate que hay en torno a la prostitución en España, en la incapacidad legal, moral y social de distinguir entre la *prostituta voluntaria* y la mujer explotada sexualmente.

P.- Sin embargo hay feministas que opinan que la prostitución también implica a mujeres libres, empoderadas y dueñas de su cuerpo.

R.- Hay mucha división en este tema, por mucho que se intente dar una imagen de unión y pensamiento único en el movimiento. Yo me atrevería a decir que la mayoría del feminismo estima que la prostitución es explotación económica y sexual, un intercambio en el que los hombres reciben gratificación y las mujeres asco y violencia. Sí que es verdad que hay voces que afirman que no hay explotación, sino intercambio libre de sexualidad por dinero, pero este grupo de mujeres no pone en foco en las estructuras de poder capitalistas que envuelven esta práctica y aísla la figura del consumidor. Son dos concepciones diferentes de la problemática y por eso desemboca en dos análisis distintos.

P.- Entonces, ¿la clave está en cómo percibimos la figura de la prostituta?

R.- Sin duda. Expresiones como “el oficio más antiguo del mundo” minimizan lo que es un modo descarnado de violencia de género. Legitimando esta forma de esclavitud mediante la ironía, la sorna o la ignorancia perpetuamos el problema, pero además conlleva la revictimización de la mujer, haciéndola responsable moral de una situación de la que ella es la parte más débil. En España hay aproximadamente 100.000 mujeres que ejercen la prostitución, de las cuales entre el 30% y el 40% calculamos que podrían ser presas de la trata de seres humanos. No se puede ignorar la estrecha vinculación entre prostitución y trata con fines de explotación sexual, porque esta última es el medio que provee de “productos” al mercado. La prostitución no es un oficio o un estilo de vida ni nada que se le parezca, es una práctica social cruel y descarnada en la que cualquier mujer, en algún momento y en ciertas circunstancias, puede estar incluida.



UNA HISTORIA DE SEXO Y PODER

O CÓMO IGNORAMOS LOS CONTEXTOS, CAUSAS Y HERIDAS
DE LAS AGRESIONES SEXUALES MACHISTAS

Con toda probabilidad, el movimiento feminista mundial no ha vivido una efervescencia política y social como la que está marcando el germen de una nueva era. Fue rápido e inesperado, cuestión de una efímera chispa que encendió aquel que jugó demasiado con fuego: Harvey Weinstein. Su nombre estará por siempre ligado a la infamia, pero también será el grato recuerdo de un despertar colectivo, la renovación de la lucha social y una rabiosa señal que advierte sobre el crepúsculo de los dioses más depravados y terrenales de nuestro sistema.

No es irreflexivo afirmar que la sociedad no es la misma que hace apenas ocho meses. La aquiescencia con la cultura de la violación ha terminado o parece terminar, al menos, en la esfera pública. Ya sea por cosmética o por convencimiento, cada día se pueden palpar pequeños logros que hace ahora 365 días se creían imposibles. ‘Me Too’, #cuéntalo y el ‘Yo sí te creo, hermana’ son los lemas de una generación nacida por combustión espontánea y llamada a cambiar las reglas del juego. Reacciones como la de la sentencia de ‘La Manada’ o una insólita voluntad política así lo atestiguan.

Ríos de tinta han corrido sobre la violencia sexual, alternando tonos y contenidos académicos, periodísticos, tribunas oportunistas y artículos panfletarios. Es la conversación social del momento, y va para largo. Uno de los fenómenos criminales más indecentes de la historia de la humanidad está viendo peligrar su hegemonía social, y en medio de ese diluvio universal muchos intentan con desesperación subirse a un arca en el que no pueden caber todos. En el proceso somos testigos diarios de un tema palpitante, uno del que hemos diseccionado, estudiado, escuchado y juzgado decenas de experiencias. No es algo desconocido para nadie. Nos es familiar.

Los hombres hemos tenido y tenemos un papel complejo en este laberinto de ruidos. Nos debatimos entre la absolución y la culpa, entre la irrelevancia y la reivindicación confusa, condenados a desconocer *ad aeternam* uno de los comportamientos más temibles de la condición humana. La frustración, no obstante, es también motor del conocimiento, y la oportunidad de redención personal puede tornarse también en un viaje que merezca ser contado, reflexionado e interiorizado por todo aquel que quiera.

Todo empezó con una serie de cavilaciones cinematográficas, mutó por los parajes de un periodismo tangible y ha acabado conformando una experiencia vital sobre la vida, sobre nosotros y nuestros actos, sobre nuestra visión del mundo y los inclasificables fenómenos que acontecen en él. Entre destrucciones de mitos, ruido mediático y el descubrimiento de realidades veladas, un grupo de admirables mujeres me han revelado un complejísimo sistema social de la que bebe el que ya es uno de los fenómenos colectivos del siglo XXI. Y este es, en definitiva, un viaje a sus entrañas.

Ahora es quizá el mejor y peor momento para hacer lo que vas a hacer”, afirma A. D. antes de explicar por primera vez su experiencia como mujer afectada por un caso de violencia sexual. No es una frase aislada ni vacua, ha tenido intencionalidad. Mientras me debato si ese fin era la hostilidad o el candor, siento una responsabilidad que no había experimentado nunca durante aquellas sesiones donde masticaba el tono de mis críticas culturales o cincelaba monográficos sobre la corriente *underground* de turno. Esto es diferente. Mi propia condición también era, de alguna manera, un elemento de presión que succionaba mi legitimidad para estar ahí, en ese momento, delante de aquella mujer, para hacer lo que iba a hacer.

De todos los altibajos en los que me había encontrado en mi investigación, estaba ahora en el tiempo muerto anterior a una gran remontada, aquellas que suelen pervivir mucho tiempo en la memoria. La Associació d'Assistència a Dones Agredides Sexualment (AADAS) de Barcelona me había concedido, previa consulta y consentimiento a varias y extenuantes bandas, un encuentro con una de las 33 mujeres que tienen cita esa semana en ese pequeño centro situado en la Gran Vía. Están tan desbordados y atienden a tantas mujeres que apenas cogen llamadas ajenas a su actividad. Aquí el ‘Me Too’ ni siquiera tuvo la cortesía de picar al timbre y avisar de su revolucionaria llegada; en lugar de eso reventó la puerta con un brío nunca visto en 27 años de existencia.

Esta chica anónima forma parte de las más de un millón y medio de mujeres que han sufrido un episodio de violencia sexual en algún momento de su vida, el 7,2% de la población femenina en España. Pero estas cifras no son reales. Se basan en una macroencuesta encargada en 2015 por la entonces delegada del gobierno para la violencia de género, Blanca Hernández, y realizada, según su propio testimonio, para “tantear el terreno”. La muestra analizada fue de 10.171 mujeres de un montante superior a los 23 millones que registraba la población femenina entonces. El resultado es pasmoso a la vez que turbador: el único registro oficial que se ha hecho en España sobre violencia sexual está obsoleto. Es papel mojado. Hoy la inquietud que representó ese 7,2% hace tres años es un deseo, una esperanza, un *ojalá*.

Centrémonos en A.D. y no en su agresor, el morbo de la agresión y las estadísticas, aunque el contexto no invite a esa clase de ejercicios. Con una personalidad arrolladora y decidida, ha sido la única mujer afectada por un caso de violencia sexual que ha querido compartir su experiencia apenas un mes desde la finalización de la terapia en la AADAS. La renovada marea feminista le brindó una comunidad en la que sentirse respaldada, pero la inseguridad la ha seguido escoltando durante gran parte de su particular rehabilitación. Al sufrir una agresión sexual lo primero que pensó es que no le creerían. Y entonces dudó.

Aunque cada caso es singular y único –y eso es algo que los terapeutas sexuales y psicólogos no se cansan de repetir-, existe un mínimo común en todos los casos: la duda. “Siempre queda un malestar, una especie de huella o cicatriz que en situaciones futuras que puedan recrear ese momento harán que vuelva a emerger el dolor y la angustia”, explica Laia Boixeda, sexóloga y psicóloga sexual con más de cuarenta años dedicados a la atención de mujeres violentadas. La duda, en casos de violencia sexual, supone una herida incapaz de coagular, una condición que trasciende actos y hechos concretos para impregnar la propia identidad femenina. A veces, insiste el colectivo, el daño psíquico sobrepasa el físico.

Fuentes expertas consultadas, como la veterana Boixeda, señalan que la mujer agredida, al encontrarse aislada, sin respaldo social y con el temor de ser menospreciada, tiende a la negación y la inculpaación propia. De igual forma, es altamente probable que comience a sentirse un vulgar objeto, pierda habilidades sociales, aborrezca la práctica sexual o, en casos extremos, la desagradable experiencia afecte a su relación con los hombres. En los casos en que el agresor era un conocido, la red de confianza de la persona se tambalea y comienzan las primeras dudas existenciales, fobias sociales y miedos escénicos.

A.D. tardó 94 días en considerarse preparada para retomar su vida con aquella normalidad que todos infravaloramos o menospreciamos, pero que tanto valor tiene cuando se pierde por largo tiempo. En su paso por la entidad de asistencia psicológica, la joven habló y compartió experiencias con más de 15 mujeres en situaciones similares a la suya, muchas de las cuales ya estaban cuando entró por primera vez y seguían presentes cuando se sintió liberada. No existen los tiempos exactos en los casos de violencia sexual. Tan solo llega un día en que la mujer afectada –interesante verbo, extraído del léxico feminista– descubre que ya está lista para emprender otra vida muy diferente a la que había tenido hasta entonces.

“El camino no son los temas tabúes, los borrados de memoria o el grado de indulgencia interna o externa, sino el comprender que este suceso [la agresión sexual] forma parte de la experiencia vital de esa mujer y que ha ocurrido por una serie de causas muy complejas”, explica Boixeda, una terapia que ha utilizado desde que trece años atrás una joven le diera “una lección sobre madurez y humanidad” de la que nunca se ha despegado. Ligar una experiencia traumática –que no necesariamente trauma– a la identidad puede sonar abstracto e inalcanzable, y muchas mujeres no consiguen transformar esas palabras en sensaciones introspectivas. Algunas sí, y esas son las que jamás han regresado a la clínica.

Quienes viven esta amarga situación en sus hogares, la del tratamiento continuado, suelen no estar a la altura por la falta de formación y conocimiento general sobre tema. No es algo en absoluto sencillo, pues el punto ideal se sitúa a caballo entre la interiorización natural de la agresión y un apoyo firme y explícito por su círculo más cercano. Es decir, un puerto minúsculo entre dos gigantescos polos. Una mujer me cuenta *off the record* el caso de una compañera que se pasaba los días fuera de casa para evitar la tortura involuntaria que suponía la condescendencia extrema de sus progenitores. Hacerla un mártir, discursos vacíos e infalzar a la agredida, cuenta, no ayudan en nada. De hecho, la mayoría se inclina por soportar comentarios jocosos o chistes fuera de tono a actitudes extremadamente indulgentes.

Nunca, en ningún momento, en ninguna de las organizaciones de asistencia ni en los casos y referencias que se me describieron entonces, he sido testigo de traumas desorbitados, ansias de venganza, actitudes asociales o conductas erráticas. La gravedad y el daño pueden adoptar muchas más formas, sutiles y disimuladas en pequeños gestos y miradas como un paso atrás ante una dación de mano o la perturbación instintiva y nerviosa que causan personas desconocidas en la sala. Jamás había sentido que mi presencia despertara tantas sensaciones, efectos e incluso evocaciones diferente solo por mi condición.

Es sin duda una sensación extraña, una insólita responsabilidad y a la vez una conducta temeraria. Muchas conclusiones se pueden sacar de un encuentro como ese, pero pocas adquieren una forma definida. Aun así sé lo que encontré: un grupo de personas y mujeres emocionalmente frágiles que intentaban superar un daño inexplicable ayudándose unas a otras, en silencio, alejadas del foco mediático y de todo aquello que fuera un riesgo para los nuevos ropajes emocionales que se estaban tejiendo unas a otras.

Mis referencias, sobre todo culturales y mediáticas, estaban equivocadas, pues la realidad era mucho más compleja que yo, como tantos otros, habíamos lactado durante la mayor parte de nuestra vida. No existe el ojo por ojo que profesa el *rape&revenge* cinematográfico, ni el cuadro depresivo automático e ineludible, ni el tabú temático perenne. No al menos en esta transgresión y contextos concretos. Llegados a este punto es indisociable preguntarse hasta qué punto nadamos en la ignorancia, y cuantas de las múltiples vertientes de la violencia sexual persisten desdibujadas en nuestro pensamiento.

Error el tiro

El caso de A.D. es uno que sonará extraño a más de uno, pero no a aquellas mujeres que llevan décadas dedicándose a la sororidad. Esta chica de 25 años y vecina de Barcelona, fue agredida sexualmente por su propia pareja, forzándola a tener relaciones sexuales sin consentimiento y en un contexto de rechazo específico. Una relación, la suya, avivada durante meses con insultos, vejaciones y expresiones de esas que causan pudor al más deslenguado. Unos “enamorados muy pasionales” para su entorno, que buscaba en la navaja de Okham el escenario y la explicación menos inclemente.

Icíar Bollaín tenía razón, después de todo: el agresor, a veces, está en casa. La escena final de su película más recordada, *Te doy mis ojos*, donde el personaje que encarna Luis Tosar desnuda, coacciona y humilla a su mujer (Laia Marull) es una de las más escalofriantes de todo el metraje, y seguramente la secuencia que menos hizo reflexionar a los espectadores. Tosar, el marido maltratador, atacaba a su confusa pareja donde más le dolía, aquello que los terapeutas sexuales llaman la “esfera más íntima y personal” de la mujer: su autoestima, la sexualidad y su identidad como mujer. Lo que destruye la violencia sexual.

“El recurso del psicópata sexual distorsiona la realidad, te lleva a pensar que eso nunca te pasará, que no tienes contacto con esa clase de gente”, afirma Violeta García, secretaria general de la AADAS. La dirigente afirma que en este tipo de casos, las mujeres que acuden a la entidad lo hacen profundamente desorientadas por haber sido testigo de que alguien de su plena confianza hubiera cometido semejante acto. Sin embargo, entre 2004 y 2008, cuando las conversaciones sociales ignoraban la problemática, el 74% de los casos que trataron de violencia sexual fueron cometidos por conocidos de la mujer agredida. En 2015, según la superficial macroencuesta del gobierno, se daba en ocho de cada diez casos.

Pero no solo se trata de la pareja de A.D. y no solo se trata del ‘ahora’. En todo mi periplo me he encontrado con agresores que adoptan la forma de padres, tíos, abuelos, amigos de la familia, compañeros de clase, vecinos, monitores de gimnasio, sacerdotes, profesores, masajistas, conserjes de escuela o médicos. Todos esos testimonios, relatados por boca de mujeres afectadas o expertas con una larga trayectoria en esta lucha, fueron enumerados con una fría y ordinaria expresión que helaría la sangre al más ducho en actos desagradables.

Sin embargo, el imaginario colectivo asocia estas conductas al extraño que aborda a su víctima en un portal, al violador del cúter, de l’Eixample o cualquier caso famoso que nutra los magazines diarios o sea inventado para la gran pantalla. Una idea cierta en su existencia, pero deformada en su dimensión. “El miedo al monstruo sexual anónimo provoca un terror añadido en las mujeres, pero también una etiqueta masculina de ‘potencial violador’ que nos perjudica gravemente como colectivo. Nadie quiere ser percibido como un agresor sexual, pero es una sospecha lícita”, advierten desde el colectivo Homes Igualitaris, que busca también sumarse a una lucha en la que ellos apenas se consideran tropas de refuerzo.

La idea que subyace en nuestra *psique* y que expresamos en las expresiones culturales es que una mujer sola en la calle es una víctima potencial de agresores sexuales y que, por ello, la calle es un territorio hostil. Para Violeta García, una explicación sería la relación entre tipología de agresor-denuncia: “Cuando se trata de un [agresor] desconocido, si la persona agredida hace la denuncia de manera inmediata hay muchas posibilidades de que celebre un juicio y haya condena. Pero si es conocido [...] a nivel judicial cuesta mucho más llegar a la fase de instrucción, a la fase de juicio oral y en muy pocas ocasiones hay condenas”.

De ahí que las cárceles, y la percepción social, estén llenas de depredadores sexuales, un perfil que no se corresponde con el agresor sexual mayoritario. Según datos proporcionados por la AADAS en colaboración con el Institut Català de la Dona, entre 2004-2008, de las agresiones cometidas por conocidos de la agredida (74%) solo el 53% presentaron denuncia. En el caso de los agresores desconocidos (26%), la mujer afectada presentó denuncia en un 72% de las veces. La entidad se encuentra ahora mismo en fase de recopilación de datos para publicar un nuevo y más actualizado informe, aunque desde la entidad advierten que en la violencia sexual “no existen las tendencias”.

Foco desenfocado

Irréversible, la cruda y polémica película de Gaspar Noé que contiene la escena de violación más escalofriante de la historia del cine, es quizá la visión más generalizada sobre la violencia sexual. También ha sido la mía durante mucho tiempo. En su escena principal, una mujer camina sola, sin la *protección* de ningún hombre, por un paso soterrado y es atacada salvajemente por un psicópata sexual, que posteriormente la deja en coma. Su pareja busca venganza frenética y desesperadamente por las calles de la ciudad, buscando al agresor. Por el camino nos hemos olvidado de la chica, de su estado y de su futuro.

En mis encuentros con estas mujeres violentadas, la mayoría coincide en sentirse olvidadas por un sistema con demasiada sed de sangre, pero poca empatía sincera. “La mayoría hemos tenido que buscar terapia para no sentirnos aisladas”, cuenta Silvia, nombre falso de una mujer que fue asaltada en una noche de fiesta. Dicho de otra manera, mientras el agresor es insultado y vilipendiado por las masas la mujer es olvidada y aislada en su problema. Los terapeutas sexuales avalan este escenario, que en la teoría supone más facilidad de atención y mejor capacidad de superación para la mujer agredida. Para algunas chicas no despertar empatía es el paso previo a la frivolidad de la agresión sexual.

Esta necesidad u obligación de la más estricta privacidad es lo que vacía instituciones oficiales, hospitales y comisarías y llena las organizaciones sin ánimo de lucro que ocupan ese vacío asistencial. Para muchas mujeres las instituciones no ofrecen garantías o no saben comunicarlas, y prefieren reunirse en un ecosistema que encuentran más confortador y menos automático que el protocolo *oficial*, mucho más volcado en unas campañas de prevención “que van a remolque de la realidad”, según una mujer que optó por esa asistencia en el pasado.

“Vivimos en permanentes números rojos, dependemos del voluntariado y el soporte que recibimos es insuficiente”, confiesa Gemma Altell de la Fundació SURT, que al igual que la AADAS o la unidad de atención de Psicogènere en la UAB han sufrido un agujero económico importante desde la ruptura masiva del silencio femenino. Los recursos psicológicos y jurídicos que ofrecen suponen un modelo insostenible con el súbito aumento de la demanda, por lo que muchas mujeres se ven abocadas a pagar de su bolsillo las terapias más urgentes o se organizan sesiones de forma privada para evitar una desatención perniciosa.

Los esfuerzos institucionales y la indignación colectiva están puestos en el anhelo de una prevención total y efectiva por parte de las mujeres y el logro de condenas punitivas para el agresor. Según datos del Instituto Nacional de Estadística (INE), correspondientes al Registro Central de Penados, 3.010 personas fueron condenadas por sentencia firme en 2016 por delitos contra la libertad e indemnidad sexual, de los cuáles 2.271 eran adultos y 289 menores. Esas cifras suponen unas 300 condenas más que en los dos años anteriores. Los hechos conocidos, entre agresiones y abusos, se calcula que fueron alrededor de 10.800. El resultado: solo el 28% de las agresiones registradas acabaron en condena firme.

Si se pierde de vista a la mujer afectada, erramos con el agresor y no colmamos nuestras ansias de venganza, ¿qué se está haciendo? “Aislar e individualizar el problema”, afirma Margot Pujal, doctora en Psicología Social con una larga carrera académica de perspectiva feminista. “Metiendo al agresor en la cárcel no ganamos nada, todo es una manera de reducir y hacer más fácil de aceptar la problemática”, continua la que es una ardua defensora de abordar la raíz del problema y su “verdadero culpable”: el contrato social.

Luchar contra la historia

Al inicio de la investigación, y durante las charlas que la siguieron, muchas voces me preguntaron por qué violencia sexual y no la violencia machista. Más acotado y menos trabajo, pensaron muchos. No exactamente. Fue *Showgirls*, la película de la lascivia e hipersexualización femenina por excelencia, y la escena de la violación en *Irreversible*, los que abrieron la veda. Una, la primera, por la visión masculina de la mujer que retrataba con más fidelidad de la que nos gustaría reconocer. La otra, la segunda, por acercar todo lo posible al hombre –o eso, al menos, era lo que creía- el horror que supone una agresión sexual.

Resulta que el contrato social del que hablan en *Psicogènere*, en el que los intereses y la identidad sexual y femenina de la mujer están subordinados al poder y la dominación del hombre, es tan antiguo como la democracia. Qué ironía. Desde el *Rapto de las sabinas*, uno de los mitos fundacionales de Roma, hasta nuestros días, únicamente las olas feministas impulsadas entre los siglos XVIII y XIX han conseguido moldear mínimamente esa conciencia. Especialmente incisiva fue la que tuvo lugar entre 1960 y 1980, la primera que puso el foco en la libertad sexual y en la falla de la estructura social del momento.

Dicho de otro modo, la violencia sexual y su dimensión no fueron percibidas como tara social hasta hace menos de 50 años, apenas dos décadas atrás si asociamos la mentalidad actual con una *postfeminista* en la que priman la esfera personal, la libertad individual y un marcado regreso a la reivindicación de la sexualidad femenina. Ahora, al calor del ‘Me Too’ y lo que parece ser una nueva ola feminista que combina acción politizada con la demanda de libertades sexuales, parece, y solo parece, que la sociedad se librará de un lastre milenario.

“Lo que está pasando es que se está disparando el alarmismo social en vez de impulsar un proceso de sensibilización colectivo”, contraría Margot Pujal. Según su propio bagaje como investigadora, en general somos conscientes de la mitología social y cultural machista en la que hemos crecido, pero no la revertimos por miedo a “cuestionarnos” y “perder los privilegios”. Nadie, nunca, quiere salir perdiendo en nada. Desde la familia y los estereotipos de género pasando por la publicidad, los productos culturales y la pornografía, vivimos en un sistema que bombardea nuestras mentes con mensajese ideas de índole machista.

No es un discurso fácil de aceptar para muchos, pero los ejemplos que me han sido revelados por todas las mujeres que se han cruzado en mi camino son abrumadores. Basta solo con acercarse a un aula escolar para ver la distribución de los colores azul y rosa, escuchar en una reunión familiar lo ‘guapa’ que es ella y lo ‘fuerte o valiente’ que es él, buscar en internet *gangbang rape* o *hardcore porn* y observar el reparto de roles de género u observar como el cine y la televisión han vinculado siempre el amor romántico –normalmente adolescente– con el sufrimiento y la pasión con la violencia.

Tan considerable es este influjo que las nuevas generaciones, aún nacidas en una teórica democracia plena, siguen proyectando actitudes machistas preocupantes. En la Universitat Autònoma de Barcelona, tradicionalmente asociada al progresismo y la izquierda, se abrió hace menos de un lustro un servicio, conocido como Psicogènere, orientado tanto a la investigación y formación feminista como a la atención psicológica de aquellas estudiantes que sean violentadas en el campus. Aproximadamente uno de cada cuatro casos que tratan, que se cuentan por decenas cada mes y en especial en fiestas, son casos de violencia sexual. “Los chicos (y las chicas) han crecido en el mismo ecosistema peyorativo que sus padres y abuelos, lo han interiorizado y ahora reproducen esos mismos patrones sociales”, afirma Pujal, una de las impulsoras de un proyecto que inicialmente se consideró “innecesario”.

Para Cèlia Romea Castro, quien ha centrado su larga carrera investigadora en la representación femenina en artes como el cine y la literatura, vivimos en una “inquietante paradoja”: “[Actualmente] los jóvenes beben de un discurso social que habla de igualdad, pero por otro lado recibe una educación emocional, sobre todo a través del cine y la televisión, que alimenta un discurso en el valores tradicionales como el poder, el sexo o la violencia aparecen legitimados en pantalla constantemente”. No se salva ni colosos como Hitchcock, con su *ventana indiscreta*, ni Kerouac, Nabokov o Bourroughs. Todas estas historias, desde los clásicos hasta los referentes contemporáneos, “están protagonizados por hombres y las mujeres que aparecen solo lo hacen como un ser vicario elegido y moldeado por el hombre”, cuenta Cèlia sobre las producciones culturales que consumimos y reverenciamos.

Las tesis mencionadas son, en cualquier caso, representativas de la historia de la violencia sexual en nuestra sociedad. Desde los ámbitos académicos más prestigiosos del mundo, como el *Women's Studies International Forum* o los trabajos de la historiadora británica Joanna Bourke, se han realizado centenares de estudios, investigaciones y reflexiones sobre este fenómeno, muchos de una exhaustividad y calidad excelsa. Estos esfuerzos por dar a la violencia sexual una dimensión adecuada a su incidencia socioeconómica y política no han sido nunca, ni siquiera hoy, acompañados por voluntad política o una presión social generalizada en calles y hogares. “No es suficiente”, afirma la investigadora, que incide en que el cambio real “tiene que ser algo más que pequeñas bolsas de concienciación real que contruyen una muestra teórica muy bonita, pero irreal”.

Toda esta suma de fenómeno estructural, mitología y herencia sociocultural confluye en lo que se conoce como *cultura de la violación*, cultura de la violencia, sistema patriarcal o cualquiera que sea el resultado de un consenso en la nomenclatura que todavía está por llegar. Fina Rubio Serrano, directora y fundadora de una de las organizaciones feministas más antiguas de Barcelona, la Fundació SURT, basa este “problema social” en la idea de masculinidad y la “normalización sistemática” imperante en la mayoría de sociedades de todo el mundo. Una mentalidad, afirma, que provoca el fenómeno conocido como *dobles castigos*.

La singularidad

Existe una particularidad especial en la violencia sexual, un elemento singular que proporciona a este fenómeno la entidad necesaria para ser concebido y percibido por su verdadera magnitud: es el único delito en el que el primer sospechoso es la propia víctima. Se le llama *dobles castigos* por las dos cargas que tiene que soportar la mujer perjudicada: la agresión física y la duda o inculpación que la opinión pública profiere por su aproximación ideológica al agresor o los prejuicios que puedan manifestar contra el testimonio de la víctima.

María José Varela, una de las abogadas feministas más prestigiosas de la historia reciente de Catalunya, ha lidiado con “decenas” de casos en los que la defensa del agresor intentaba poner el foco en el estilo de vida de la víctima. “La mayor parte de las sentencias absolutorias se dan porque a la mujer no se le cree, y ese es el principal obstáculo judicial de todas las mujeres afectadas por un caso de violencia sexual”, sentencia la abogada.

El caso de agresión sexual más polémico de los últimos años en España, el juicio contra ‘La Manada’, ha visibilizado popularmente una práctica que en el mundo judicial se concibe como una “táctica recurrente”. Durante el transcurso del mediático juicio, la defensa llegó a contratar a una detective privada para espíar a la víctima y demostrar, por un lado, que la chica seguía manteniendo el mismo estilo de vida tras la presunta agresión y, por otro, que en redes sociales mostraba actitudes abiertas con el sexo, una personalidad desenfadada y utilizaba expresiones escatológicas. En primera instancia el tribunal aceptó el informe como prueba documental, aunque finalmente fue retirado por la defensa.

“El abogado defensor pone en duda el testimonio de la mujer de forma instantánea para socavar su credibilidad y confianza. Entonces el relato se contradice, la mujer se muestra inconsistente y la absolución o reducción de pena ganan enteros para acabar apareciendo en la sentencia”, relata Varela, quien tacha de “estrategia deleznable, pero efectiva” el uso de esta retórica judicial que ataca el punto más débil de la afectada, su autoestima. Por ese motivo, y no por cualquier otro que sea popularmente esgrimido, el ratio de denuncias por violación en España es uno de los más bajos de toda la Unión Europea, con una cifra de 2,65 casos denunciados por cada 100.000 habitantes según la estadística europea recogida en 2015. Suecia, por ejemplo, tiene un índice 20 veces mayor que el español (56,8).

Resulta inevitable comparar los ecos de este caso con la película que Jonathan Kaplan dirigió en 1988, *Acusados*, considerada un hito feminista en la historia cinematográfica y cultural. En ella, una joven (Jodie Foster) atractiva, descarada y ruda conoce en un bar a unos chicos que, tras un inocuo coqueteo, terminan por asaltarla, forzarla y violarla en grupo. Desesperada por el ultraje, la chica recurre a la policía, pero entre la autoridad nadie la cree, pues piensan que ha sido ella quien ha provocado, con sus flirteos, la violación. La ayudante del distrito, su único apoyo en la causa, es la única que cree su testimonio, a pesar que en prima instancia llega a un acuerdo con la defensa para acusarle de agresión sin tintes sexuales.

Este año 2018 la película cumple 30 años, pero los desafíos que el filme de Kaplan planteaba con más o menos tino siguen sin haberse superado. Sarah Tobias, la protagonista de la película, es una joven que fuma, bebe y le gusta coquetear con chicos. Hace 30 años era una figura que hacía añicos los cánones de comportamiento femenino. Para la defensa de los agresores, solo había que fijarse en su estilo de vida para encontrar una lógica aplastante en los hechos que ocurrieron la noche de la agresión. Casi consiguen su objetivo, pero esto es Hollywood: la película termina con un testimonio (masculino) salvador que manda a una gran parte de los implicados en el suceso a la cárcel por incitación a la violencia.

Esas maniobra judiciales, extrapoladas ya a una parte importante de la población, han cavado profundamente en la mente de muchas mujeres, como A.D.: “[Después de la agresión] Pasé algunas semanas pensando qué hacer, me comparé con casos famosos y tuve muchas dudas. Llegué al punto de preguntarme si había sufrido de verdad una agresión sexual”. Ella, como tantas otras, sintió miedo ante un posible recelo social generalizado.

Uno de los principales mantras de los escépticos son la existencia, o proliferación en algunos casos, de las denuncias falsas realizadas por despecho o venganza personal, lo que en muchos casos puede estigmatizar al hombre por el resto de su vida. Según datos del Ministerio del Interior y la Fiscalía General del Estado, entre 2009 y 2016 las condenas por denuncias falsas fueron 79 frente a las 1.055.912 denuncias por violencia machista presentadas en esos ocho años. O lo que es lo mismo, tan solo el 0,00075% de las denuncias por violencia de género, incluida la violencia sexual, fueron probadas como fraudulentas.

A pesar de de lo categórico de estas cifras, la suspicacia sigue presente en los juicios por agresión sexual, pues ésta se considera un elemento “muy interpretable y tremendamente subjetivo”, según Varela. “Muchas mujeres se sienten intimidadas por el entorno [judicial e institucional] y tienen miedo a no ser creídas, a que su palabra sea puesta en duda. Esto pasa sobre todo en los casos en que el agresor es conocido por la víctima, en violencia psicológica o coacciones, que son extremadamente difíciles de demostrar”, afirma la abogada, que ha tenido que realizar trabajo psicológico añadido en “demasiados” pleitos.

Desde el ecosistema jurídico, los delitos de libertad sexual son recibidos con un rechazo generalizado por su extrema delicadeza y complejidad interpretativa. El proceso judicial de este tipo de casos, en un principio el procedimiento por el que canalizar la rabia y la injusticia por parte de la víctima de agresión, se ha convertido en uno de los mayores temores de toda mujer que denuncia un caso de violencia sexual. Algunas mujeres, incluso, deciden no iniciar un litigio para evitar una “tortura”, un “patíbulo” o “una pesadilla”.

Bajo la lacra del *dobles castigo* y el privilegio de la perspectiva, es fácilmente discernible que la violencia sexual es objeto de una extraña paradoja que todavía hace más enmarañado el análisis que pueda hacerse de este fenómeno. Además de su mencionada singularidad, este tipo de agresión despierta en aquellas personas más emocionales unos evidentes sentimientos maniqueístas altamente discordantes. Los que beben de una influencia misógina más acentuada no dudan en criminalizar a la víctima y mantener sus privilegios sociales, mientras que los objetores de conciencia centran sus esfuerzos en señalar a los culpables y proferir conductas de tolerancia cero para con los agresores, los involuntarios protagonistas finales de su relato. Pero entonces, ¿quién es el verdadero culpable?

Falla conceptual

En *Paulina* (La patota), película que rodó el director argentino Santiago Mitre en 2015 –y remake, a su vez, de la película homónima de Daniel Tinayre de 1961–, una profesora proveniente de la Buenos Aires urbana era violada por un grupo de jóvenes desarraigados, marginados y condenados socialmente por la desigualdad estructural del sistema. Paulina, la mujer agredida, queda embarazada, pero no denuncia a sus agresores ni renuncia a su futuro hijo. Debido a su ambigüedad moral, sus allegados comienzan a rechazarla y encolarizarse por unos cánones de comportamiento que ni entienden ni comparten.

A pesar de sus imprecisiones narrativas, la película de Mitre retrata con una precisión quirúrgica la visión que una gran parte de la opinión pública mantiene sobre este fenómeno: la de la catástrofe individual. Así lo afirma la doctora Pujal: “Incluso hoy, en la era del ‘Me Too’, seguimos sin tratar la violencia machista y sexual desde un ámbito psicosocial. No se trata a los maltratadores y a los agresores sexuales como a enfermos ni al suceso como una patología social porque nadie, por ignorancia o avaricia, quiere perder sus privilegios sociales”. Sin duda se refiere a los agresores ordinarios, los “invisibles” como les llaman con rabia contenida desde este ecosistema feminista. Los monstruos sexuales ya tienen etiqueta.

En un momento de *Paulina*, la joven asume que ha sido una víctima de un problema social de causas profundas y complejas, y decide continuar con su vida ante la estupefacción de su entorno. “Es impensable un comportamiento similar hoy en día”, afirma Arantxa Sabanés, recién incorporada a la unidad Psicogènere ante la creciente demanda del servicio. Como Laia Boixeda y la psicóloga Jordina Tarrès, Arantxa cree que ese comportamiento es “demasiado maduro y lúcido para traspasar la ficción”, pues la individualización sistemática de la violencia sexual inclina a todos los implicados en ella a concebirla como un hecho trágico y puntual. “Psicológicamente es casi imposible disponer de esa capacidad reflexiva”, confirma Tarrès, quien cataloga de “utopía” el caso de Paulina.

En abril de 2017, la doctora Pujal fue más allá en el análisis dimensional de este tipo de violencia machista, relacionando en una polémica ponencia el dolor histórico en el cuerpo de las mujeres (menstrual, nervioso, alimentario) con las *microviolencias* (sic) que sufrían a lo largo de su vida. Además, señalaba al cine, la literatura, la publicidad, la medicina, la psicología y hasta “los hombres que nos quieren” como principales culpables de retratar a la mujer como seres “hipersensibles, desequilibrados y dominados por las emociones” orientados a la “desaparición” o la “subordinación” de sus vidas a la de los hombres. Con más o menos pruebas, aunque con una autoridad en la materia fuera de toda duda, para un sector de la psicología colectiva la violencia sexual no es solo un problema individual: es un *darwinismo* social antiguo y sistémico orientado a la erosión de la fuerza femenina.

Las mujeres afectadas por esta lacra también perciben la agresión sexual, en primera instancia, como una desgracia aleatoria e incluso provocada por su actitud. Para contrarrestar esta idea, psicólogas como Tarrès, Boixeda, Sabanés o Violeta García intentan hacer ver a la afectada que ese suceso “forma parte de su experiencia vital” y que ha ocurrido “por una serie de causas muy complejas” fuera de su alcance, aunque eso supone fregar la línea de la victimización y no siempre sea plausible realizarlo. “Hay mujeres que se marchan seguras porque piensan que si les ocurre algo como eso solo pasa una vez en la vida. Se sienten más seguras ignorando la realidad”, afirma Tarrès, de la AADAS, quien ha dudado siempre sobre si influir un miedo mayor a la afectada es una terapia “beneficiosa”.

Sin embargo, el mayor yerro de todo el fenómeno tiene que ver con su propia esencia, un equívoco que afecta a todas las esferas que participan en la cura de esta insondable herida. En este tipo de violencia no hay búsqueda de placer, frustración sexual o adicción al gozo carnal. El sexo, aquí, es solo un vehículo, un medio, una fórmula con la que asegurar que el golpe sea lo más contundente y brutal posible. Quien agrede utilizando los métodos de la violencia sexual lo hace por imponer su condición y subyugar la voluntad e identidad de su víctima. Lo único que evita el *déjà vu* general es su fragmentación en el espacio y el tiempo.

Las sensaciones de las mujeres que han sido agredidas con penetración o métodos extremadamente violentos van desde la humillación y la debilidad hasta la disolución de la persona en un vacío emocional. No hay otro acto en el mundo, me confirma Fina Rubio cuando reflexionamos sobre el tema, que “desequ бере la balanza igualitaria entre hombres y mujeres” tanto como este crimen. Para esta veterana activista, la violencia sexual es una herramienta usada para “perpetuar un modelo de masculinidad” basado en la “dominación” y el “machismo”, uno lo suficientemente poderoso como para considerarse hegemónico.

Desde la perspectiva masculina, silencio o apoyo moderado. “No es nuestro momento”, sentencian muchos entre la lógica aplastante y la inacción preventiva. Entre el colectivo masculino, gran parte cree que las mujeres exageran para potenciar su mensaje, que los agresores son una minoría y que el hombre, al final, es violento desde que es hombre. “[Esta afirmación] es una lacra milenaria”. Es la agresividad la que forma parte de la naturaleza humana como una emoción o expresión de la ira, no la violencia”, defiende con vehemencia la doctora Pujal, indignada por “una de las peores falacias” sobre el fenómeno.

Desde Psicogènere, así como en Homes Igualitaris, insisten en hacer ver al hombre como ‘verdugo’ y ‘víctima’ al mismo tiempo, una tarea titánica y suicida que resulta indignante para las mujeres afectadas, tanto como para despertar cierta hostilidad velada hacia el mensajero. Según esta teoría, el hombre vive igualmente bajo estereotipos y mitos muy perjudiciales para su persona, tales como el mostrar una fortaleza perenne, no poder expresar emociones por ser un símbolo de debilidad o categorizar como humillación el ser “superado” física o intelectualmente por una mujer. La diferencia, matizan desde ambas entidades, es que “gran parte de los hombres se sienten cómodos con ese envoltorio y no lo cuestionan, porque sería cuestionarse su propia identidad colectiva”.

A pesar de ser considerado como un problema eminentemente masculino, en España siguen siendo las mujeres las protagonistas de las campañas de prevención y captación para la ayuda. Solo una asociación, Homes Igualitaris, ha construido una mirada autocrítica hacia el varón para “inhibir un poder otorgado por defecto”, afirma David Sánchez, su director en Catalunya. Ellos, como muchos otros, consideran que en este fenómeno también existe una chispa que desencadena el incendio estructural, una especie de *casus belli* que permite a los agresores activar sus instintos primarios para agredir de esa manera. Algo como la lascivia.

Sexualidad sexualizada

Si tuviera que escoger un punto de inflexión de toda mi experiencia con la violencia sexual, éste sería, quizá para sorpresa de muchos, el visionado de *Showgirls*. Dirigida por el reputado director holandés Paul Verhoeven, está considerada una de las peores películas de la historia por sus escenas *pornosoft*, sus desnudos integrales, su morbo gratuito y su visión decadente y megahortera del ser humano más alienado con sede en Las Vegas.

Si enseñase algún trozo de metraje a todas las mujeres con las que me he cruzado en la realización de este reportaje de bien seguro que un buen puñado de ellas se escandalizarían. Supongo que con razón, aunque me resisto a considerar el filme como una vileza. Nunca se sabrán los significados que Verhoeven quiso dar a su obra, pero hay algo de verdad incómoda en esos infames diálogos y mujeres ultrasexualizadas que el cineasta quiso retratar. Quizá lo hizo con una intención reveladora, y tanto público y crítica, en presunta fase de negación, quisieron marcar distancia con esa visión primaria y esclavista del hombre moderno.

La realidad es que *Showgirls* vio la luz en un contexto donde muchas voces académicas e historiadas del feminismo sitúan el nacimiento del *postfeminismo*, una nueva y crítica forma de entender las relaciones cambiantes entre feminismo, cultura popular y neoliberalismo. Este corriente origina un marcado regreso a, en resumen, la sexualidad femenina, la esfera personal y la libertad individual y sexual de la mujer. De ahí que el contexto feminista afectara tanto a la recepción de la película.

La cosificación de la mujer que impregna la obra de Verhoeven una de las causas que más se esgrimen en los círculos mediáticos para explicar los motivos de una agresión sexual. En dicha teoría, los hombres perciben a las mujeres como un objeto de uso y disfrute sexual, sintiéndose “llamados” por unas hipotéticas provocaciones o flirteos sexuales a las que tienen que responder por naturaleza. “Ver a una mujer desnuda no es un problema porque su cuerpo también es un campo de batalla como otra cualquiera. El sexo y la sexualidad son un derecho, no son malos, lo que verdaderamente es nocivo es la concepción machista del deseo sexual”, sentencia airadamente Fina Rubio, nacida en la lejana década de los 50 pero con una mentalidad sorprendentemente adaptada a los nuevos tiempos.

La normalización del sexo y la sexualidad es uno de los mantras más extendidos en el pensamiento feminista. Parte de la terapia para revertir los efectos de una agresión sexual, de hecho, están orientados a la recuperación de la vida y libertad sexual del sujeto para evitar la castidad crónica e involuntaria de las mujeres violentadas. En otras palabras, se trabaja para separar el suceso como consecuencia de una presunta sexualidad femenina mal ejecutada. Sin embargo, la libertad sexual sigue siendo una manzana de la discordia en las tesis feministas, aunque gran parte de ellas, como Fina Rubio, nieguen la mayor.

Como siempre en estos casos, la ambigüedad de criterios es lo que plantea las primeras dudas. No hablamos de casos ordinarios, sino de fenómenos o prácticas concretas, como la pornografía o la prostitución. En el caso de la primera el discurso es obvio: siempre que sean relaciones igualitarias y equitativas entre hombre y mujer no debería ser un problema para nadie. Esta retórica, aceptada y ratificada por la mayoría de mujeres que han participado en esta investigación, suena demasiado a utopía en un mundo heteronormativo en que la sumisión, el dominio y el ejercicio del poder masculino son una de las principales atracciones para los consumidores de estos canales.

Hace varios meses, una aspirante a actriz porno acudió a la AADAS tras ser abusada sexualmente durante un cásting en Barcelona. Según su testimonio, canalizado hacia mí persona el consentimiento de la afectada, el actor con el que compartía escena rebasó por mucho los niveles de agresividad durante el coito. “Es lo que hay”, le dijeron los organizadores, mujeres incluídas. “No son casos aislados. Nos creemos que el porno profesional y estilizado que los adolescentes de hoy en día consumen es el estándar y no es verdad. Hay una industria sumergida basada en relaciones de explotación sexual”, afirma Violeta García sobre los casos de mujeres que buscaban dar el salto en este mundo.

Las principales reivindicaciones que tienen que ver con la pronografía demandan más protección y transparencia para las chicas noveles, aunque no es una de las prioridades que los ecos del ‘Me Too’ han establecido a la hora de trastabillar el sistema. “Todo lo que tiene que ver con erotismo y sexualidad no debería ser un problema, forma parte de las relaciones humanas”, afirman desde SURT, quienes no defienden una opinión especialmente formada con esta práctica. Desde la psicología social, sin embargo, muestran una especial preocupación por lo que consideran una importante escuela de educación sexual, dejando entrever un pequeño cisma feminista que, por el momento, sigue adormecido.

Si la industria pornográfica ha estado en un segundo plano en estos meses de efervescencia feminista ha sido por la madre de todos los debates: la prostitución. En España, esta práctica se encuentra en una situación ‘alegal’, pues su ejercicio libre no está penado en todo el territorio español, aunque su consumo está sancionado con graves multas de entre 601 y 30.000 euros. En nuestro país, el primero en tránsito y destino de esclavas sexuales, uno de cada cinco hombres reconoce haber pagado por servicios sexuales, según un estudio reciente de la Universidad Pontificia de Comillas. El consumo es tan habitual y está tan normalizado que expresiones frívolas como “el oficio más antiguo del mundo” son habituales para referirse a una práctica considerada inofensiva, inocua y voluntaria.

La Asociación para la Prevención, Reinserción y Atención a la Mujer Prostituida (APRAMP) lleva más de tres décadas sacando a mujeres de la calles y reinsertándolas en la sociedad. Mujeres que, avisa su coordinadora Rocío Mora, hay que catalogar en el 80% de los casos como “víctimas de trata con fines de explotación sexual”. Cada año entre 600.000 y 800.000 personas cruzan las fronteras internacionales como víctimas de trata. Cuando se trata de fines sexuales, el 98% son mujeres y niñas. Esa es la razón, y las cifras, que me dan desde la entidad para hablar de violencia sexual sistematizada. Y me convencen.

Las víctimas de explotación sexual reciben ese tipo de violencia por el mero hecho de ser mujeres, la misma definición que se vincula con los casos de violencia de género o sexual. En este caso, es una violencia hecha sistema, que une crímenes y fenómenos como las agresiones sexuales, esclavitud sexual y sometimiento masculino mientras se alimenta de otros como la feminización de la pobreza y la vulnerabilidad social de la mujer en el sistema patriarcal. Sin embargo, el foco aquí está más desenfocado que nunca, y la conceptualización presenta los mismos fallos que siempre: la trata se vincula a “mujeres asiáticas o rumanas”, según Mora, y la opinión pública desconoce por lo general que esta industria mueve cantidades de dinero similares al del tráfico de drogas y el tráfico de armas.

Mientras que en SURT abogan por la regulación de la prostitución para “garantizar los derechos de esas mujeres”, la APRAMP considera que “la prostitución no es un oficio o un estilo de vida ni nada que se le parezca, es explotación económica y sexual, un intercambio en el que los hombres reciben gratificación y las mujeres asco y violencia”. Hay cierta amargura cuando este tema sale a la palestra, sobre todo por parte de entidades especializadas como APRAMP, quienes denuncian que no existe perspectiva de género en la lucha contra la trata. Ni se destinan recursos, ni se identifican a las víctimas ni se les presta asistencia personalizada. Se combate al agresor mientras se deshumaniza a las mujeres afectadas.

Según el Ministerio del Interior, en España hay aproximadamente 100.000 mujeres que ejercen la prostitución, de las cuales entre el 30% y el 40% se calcula que están en riesgo de pertenecer a redes de trata. La “cultura de la prostitución”, genuinamente española, “legitima esta forma de esclavitud sexual mediante la ironía, la sorna o la ignorancia, revictimizando a la mujer en el proceso y haciéndola responsable moral de una situación de la que ella es la parte más débil”, concluye una atribulada Rocío Mora.

Tal como no se cansa de repetir Mora, resulta maquiavélicamente irónico que la sociedad española se indigne y movilice con los casos de agresión sexual más mediáticos e ignoren —o al menos no pongan en el mismo nivel de urgencia social— el sometimiento, esclavitud y destrucción sistematizada de mujeres “cuyo unico objetivo es saciar a sus captores con plcer y dinero a cambio de violencia”. Las industrias y estructuras de poder, al final, son mucho más difíciles de ser cuestionadas, cuando no visibilizadas. Esa podría ser una explicación, fundamentación y autoridad moral no le faltan, pero podría haber otras. Por ejemplo, cuestionarse la revolución que todo lo empezó.

Pólvora mojada

De ocho meses a esta parte, la marea feminista contra la violencia machista y la desigualdad de género han trastocado los cimientos del sistema social. Las organizaciones de asistencia no lucrativas han pasado de sudar para captar mujeres afectadas por violencia sexual a verse sobrepasadas por las decenas de solicitudes que llegan cada semana. Las que deciden dar el paso y buscar ayuda destacan por su denuedo y confianza, apoyadas por el contexto más favorable que el colectivo femenino ha tenido en toda la historia de la humanidad, aunque desde estas mismas organizaciones destacan que no es posible establecer un patrón en el perfil de víctimas que acuden a los centros.

Si entrásemos en el juego de la terminología, seguramente deberíamos hablar de consolidación de una tendencia y no de revolución espontánea. Según datos que registra el Ministerio de Interior en sus balances de criminalidad, el número de delitos contra la libertad e indemnidad sexual no han parado de crecer desde el 2015, tres años antes del *terremoto Weinstein*. En ese año, el total de agresiones con penetración denunciadas fue de 1.229, mientras que en 2016 llegaba a las 1.249 y en 2017 la cifra ascendía a 1.382.

En el imaginario colectivo más descolocado y desconectado se instaló, por un tiempo, la creencia que las agresiones sexuales crecían en número y casos por su posición en el centro del debate social y la repercusión de unas cifras antes ignoradas. También con ello creció el miedo de una posible plaga social, que tuvo su eco en la dificultad de las terapias: todo el avance que se alcanzaba con las palabras, el tacto y el sosiego emocional quedaba parcialmente destruido por un exterior desbocado y alarmista.

La algarabía popular y mediática, aunque actuando como un preciso y efectivo lobi social, trae consigo un doble efecto que pasa desapercibido: la revisión del castigo. Mientras que muchas mujeres, la mayoría, se apoyan en la fortalecida comunidad femenina para superar sus experiencias traumáticas, aquellas que fueron una vez violentadas e ignoradas se ven envueltas en una “espiral de sensaciones y dolores abstractos que traen de vuelta un recuerdo previamente eliminado”, afirma la psicóloga Tarrès. De alguna forma son víctimas de otro doble castigo, aunque este no forma parte de un ataque deliberado ni puede ser minimizado desde el punto de vista ético y moral.

Varios son los casos en los que la AADAS, Psicogènere o la consulta de Laia Boixeda han vuelto a tratar mujeres que marcharon hace meses de sus paredes. Ataques de ansiedad, repentinos problemas alimentarios, migrañas o cuadros depresivos son las principales consecuencias de revivir a través del televisor y las redes sociales las experiencias que tardaron semanas y meses en moldear y adaptar a su personalidad. En muchos casos, afirman las profesionales, la búsqueda del morbo o detalles escabrosos perjudica gravemente un proceso de descomposición del recuerdo que puede durar meses, años o toda una vida.

Al margen de los daños colaterales, mujeres y asociaciones critican como este cambio social y cultural está adoptando las características de un “combate de trincheras” en el que declararse neutral no está contemplado y la retaguardia rebosa heridas, abandonadas a su suerte. La sensación final, cuando uno debate sobre el hoy y el ahora con ellas, es que su visión camina más por las vías de la resignación, y de considerar el momento como un bombardeo masivo, inédito y poderoso a un búnker infranqueable. La tesis es incontestable, bajo su percepción de la situación: se ha disparado el alarmismo social, pero eso no significa alterar la sensibilidad individual. Las leyes avanzan más rápido que una mentalidad gregaria.

Uno de los aspectos más lacerantes de toda la parafernalia –ahora sé que, en parte, lo es- para las afectadas son las campañas de prevención, tanto por su enfoque como por su dudosa efectividad. La mayoría de ellas están orientadas a la previsión de riesgos para las mujeres o en alentar su firmeza en rechazar las insinuaciones del acosador, mientras que las posibles advertencias, consejos o alientos dirigidos al colectivo masculino brillan por su ausencia. Las mujeres, al final, se ven obligadas a que tomar medidas –ergo, culparse- por algo provocado única y exclusivamente por las conductas misóginas del hombre.

En los últimos años, de entre las instituciones oficiales más importantes del país solo el Institut Català de la Dona ha puesto al hombre en el foco de sus campañas sociales. Inspirado por el trabajo de colectivos como Homes Igualitaris, en enero de 2018 su novedosa empresa interpelaba directamente a la parte masculina de la sociedad catalana para revertir (si era necesario), identificar y denunciar las practicas constitutivas de agresión sexual por parte de su propio entorno. Su lema: “Alto y claro: los hombres rechazan la violencia sexual”.

Que la mayoría de nosotros la rechazamos es evidente, más en un contexto en el que cualquier otra posición respecto a ella puede significar un linchamiento social implacable. Pero rechazar no significa saber percibir o identificar el fenómeno. Según una investigación de la Comisión Europea en 2016, el 94% de los españoles creía que la violencia sexual era “inaceptable” y debía ser duramente condenada por ley. Un año después, el Informe Nosctàmbul@s de la Fundación Salud y Comunidad sobre drogas y género advertía en sus conclusiones que los chicos tenían “severas dificultades” para percibir las agresiones sexuales “en contextos tan favorables como el ocio nocturno”.

“Falta formación en perspectiva de género” son quizás las dos palabras más repetidas de todo mi viaje. Han insistido en ello mujeres afectadas –tanto por ellas como por su entorno masculino-, psicólogas, académicas, juristas, miembros de ONGs especializadas y analistas psicosociales. Sobre todo, insisten, en los campos de la judicatura, donde una mayoría de magistrados varones interpretan y castigan los casos de agresiones sexuales en función de leyes redactados por manos masculinas; y los servicios psicológicos oficiales, altamente burocráticos, y privados, en los cuáles el tratamiento masculino –preventivo o rehabilitador- es inexistente por el debate moral que representa para cada profesional.

Pasarán años antes que el cambio de la esfera pública respecto a la mujer, el machismo y la violencia sexual tengan efecto en el entorno privado. “Si aligeras una parte de la balanza, la otra se hundirá irremediabilmente con más fuerza”, resume Sabanés, una de las voces expertas más críticas y pesimistas con el *postureo* o la tendencia a pasarse de frenada en un tema tan delicado. “En un bar ya no queda bien hacer bromas sexistas, pero por WhatsApp o a través del anonimato en Twitter se humilla, ridiculiza y veja a la mujer de la misma forma que se ha hecho siempre”, denuncia Margot Pujal, su compañera en Psicogènere.

Un pesimismo recalcitrante impera en los sectores más duramente afectados por la violencia sexual. Es sorprendente, quizá desde la perspectiva de alguien que no lo sufre ni tiene visos de hacerlo. ¿Condena eterna o salvación? Quien sabe. Sorprende, decía, porque un mal endémico de la historia de la humanidad ha cambiado radicalmente de naturaleza en tan solo medio siglo. Desde que fue plenamente identificado durante la segunda mitad del siglo XX hasta hoy, el ideario feminista ha condensado en un puñado de décadas lo que antaño hubiera significado siglos de lucha por la justicia social. Hoy, y a pesar de la ansiedad por conseguir un cambio repentino y abrupto, la quimera está más cerca que nunca de suceder.

El principio del fin

Dudaba A.D. en la génesis de este reportaje sobre si este era el mejor o peor momento para emprender una investigación de estas características. La duda que me sembró me acompañó gran parte del camino, y aunque fuera profesional, y no vital como el de estas mujeres, fue una losa muy cargante. También me creó la ilusión, porque ahora sé que lo es, de poder empatizar con aquellas mujeres con las que coincidí en asociaciones, entrevistas e informales encuentros. En realidad, son dos sensaciones humanamente incomparables.

La mayor incertidumbre de todas, pero, es la que se preguntan todos los implicados en erradicar la violencia sexual en nuestro ecosistema social. ¿Qué ocurrirá ahora? Fina Rubio, quizá la mujer con mayor autoridad moral de todas las citadas, afirmó en un primer instante que estábamos iniciando una carrera de fondo. Al instante se retractó, y marco el ahora como la mitad de un largo camino. Existe una tendencia natural y sincera en subestimar lo grande que es el cambio que se intenta dar, la cantidad de personas que implica y el tipo de esfuerzo que requiere. Y es por culpa del anhelo, de la avidez de alcanzar al fin lo que antes parecía un imposible.

Es un sentimiento sutil, torpemente encubierto, y muy contagioso, alternado con un pesimismo *oficial* y una rectitud moral perfectamente ejecutada. La inconsistente mezcla de emociones es uno de los retazos de la coyuntura en el que se ha llevado a cabo esta investigación, un cóctel *kafkiano* de reacciones que difícilmente podré —y podremos— ser testigos durante el resto de mi carrera. Al final del trayecto, intuyo la respuesta. Parece que, después de todo, ha sido el mejor momento para hacer lo que me proponía hacer.

8. BIBLIOGRAFÍA

- ADRIAENS, F. (2009). Post feminism in popular culture: A potential for critical resistance?. *Politics and Culture*, 4(9). En línea: <https://bit.ly/2kwLL6k> [Consultado en 14/05/2018]
- ALTELL, G. (2017, Nov 19). *La cultura de la violación, también en Hollywood*. El Periódico. En línea: <https://bit.ly/2JfLIdu> [Consultado en 11/05/2018]
- AMINISTÍA INTERNACIONAL (2017). Violencia de género en España. Amnesty.org. En línea: <https://bit.ly/2iNnFV5> [Consultado en 12/05/2018]
- BARKER, M., MATHIJS, E., SEXTON, J., EGAN, K., HUNTER, R., & SELFE, M. (2007). *Audiences and receptions of sexual violence in contemporary cinema*.
- BONORINO, P. R. (2011). *La violación en el cine*. Madrid: Tirant Lo Blanch.
- CABRERA ORDÓÑEZ, O. L. (2016). *Técnicas de entrevista a víctimas de violencia sexual frente a la garantía de no repetición*. Bachelor's thesis, Universidad Militar Nueva Granada. Recuperado de: <https://bit.ly/2GZ2fgr> [Consultado en 10/05/2018]
- CAPELLA, D. (1994). L'erotisme, l'arma secreta dels mitjans de comunicació. *Capçalera*, (53). Recuperado de: <https://bit.ly/2JeNKKH> [Consultado en 11/05/2018]
- DE MIGUEL, A. (1995). Los feminismos a través de la historia. Recuperado de: <https://bit.ly/2xuiFhF> [Consultado en 13/05/2018]
- DE MIGUEL LUKEN, V. (2015). *Macroencuesta de violencia contra la mujer 2015*. Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, Centro de Publicaciones.
- EUROPEA, U. (2002). Directiva 2002/73/CE del Parlamento Europeo y del Consejo, de 23 de septiembre de 2002, que modifica la Directiva 76/207/CEE del Consejo relativa a la aplicación del principio de igualdad de trato entre hombres y mujeres en lo que se refiere al acceso al empleo, a la formación ya la promoción profesionales, y a las condiciones de trabajo. *Diario Oficial de la Unión Europea L*, 269, 5. Recuperado de: <https://bit.ly/2IQ5fBz> [Consultado en 12/05/2018]
- FUNDACIÓN SALUD Y COMUNIDAD (2017). Informe Noctámbul@s 2016-2017. Observatorio cualitativo sobre la relación entre el consumo de drogas y los abusos sexuales en contextos de ocio nocturno. Recuperado de: <https://bit.ly/2L2DHFY> [Consultado en 16/05/2017]

- GALLARDO, À. (2017). *Las agresiones sexuales aumentan el 62% en un decenio en Barcelona*. El Periódico. En línea: <https://bit.ly/2Jex3io> [Consultado en 13/05/2018]
- GARCÍA-MORENO, C., GUEDES, A., KNERR, W., JEWKES, R., BOTT, S., & RAMSAY, S. (2016). Comprender y abordar la violencia sexual contra las mujeres. Organización Mundial de la Salud, WHO/RHR/12.37. Recuperado de: <https://bit.ly/2GWT540> [Consultado en 10/05/2018]
- GIL MILLAN, M. (2015). La violencia sexual como un atentado contra la dignidad de la mujer. Recuperado de: <https://bit.ly/2xl4Ulg> [Consultado en 12/05/2018]
- GUARINOS, V. (2008). Mujer y cine. *Los medios de comunicación con mirada de género* (pp. 103-120). Recuperado de: <https://bit.ly/2yBH3JH> [Consultado en 14/04/2016]
- ORTIZ, J. M. C., NOVAS, F. P., & SAN MARTÍN, J. (2017). La cultura del honor y la inculpação de la mujer en casos de violación. *Revista de Psicología Social*, 32(1), 93-107. Recuperado de: <https://bit.ly/2xIVtBR> [Consultado en 11/05/2018]
- MINISTERIO DEL INTERIOR (2018). Balance de criminalidad. Primer trimestre de 2018. Recuperado de: <https://bit.ly/2x4vH4Z> [Consultado en 20/05/2018]
- MORERA HERNÁNDEZ, C. (2014). Mujer, violencia y cine: la agresión masculina como estrategia narrativa. *Prisma Social*, (13). Recuperado de: <https://bit.ly/2kvVh9R> [Consultado en 10/05/2018]
- NACIONES UNIDAS (1995). Informe de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer. Recuperado de: <https://bit.ly/2xo9mQc> [Consultado en 11/05/2018]
- OSBORNE, R. (1988). Debates actuales en torno a la pornografía ya la prostitución. *Papers: revista de sociologia*, (30), 97-107. Recuperado de: <https://bit.ly/2sgGFzB> [Consultado en 16/05/2018]
- PALLAFOX MENEGAZZI, A. (2017). *Historia y violencia sexual*. En UGR Divulga. Simposio organizado por el Instituto Universitario de Investigación de Estudios de las Mujeres y Género, Universidad de Granada. En línea: <https://bit.ly/2IT8pEQ> [Consultado en 11/05/2018]
- RUSSELL, D. (Ed.). (2010). *Rape in art cinema*. A&C Black.
- VALCÁRCEL, A. (2016). El feminismo. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*. Recuperado de: <https://bit.ly/2GXI7LG> [Consultado en 12/05/2018]